

PACIFICO MAGAZINE



BANCO
ANGLO SUD-AMERICANO
LIMITADO



Oficinas del Banco Comercial de la América Española

afiliado al Banco Anglo Sud-Americano Ltd.



POR OSCAR WILDE

Ilustraciones de Jorge Délano

I

Cuando míster Hiram B. Otis, el ministro de América, compró Canterville-Chase, todo el mundo le dijo que cometía una gran necedad, porque la finca estaba embrujada.

Hasta el mismo lord Canterville, como hombre de la más escrupulosa honradez, se creyó en el deber de participárselo a míster Otis, cuando llegaron a discutir las condiciones.

—Nosotros mismos—dijo lord Canterville—nos hemos resistido en absoluto a vivir en ese sitio desde la época en que mi tía abuela, la duquesa de Bolton, tuvo un desmayo, del que nunca se repuso por completo, motivado por el espanto que experimentó al sentir que dos manos de esqueleto se posaban sobre sus hombros, estando vistiéndose para cenar.

Me creo en el deber de decirle, míster Otis, que el fantasma ha sido visto por varios miembros de mi familia, que viven actualmente, así como por el rector de la parroquia, el reverendo Augusto Dampier, agregado del King's-College de Oxford.

Después del trágico accidente ocurrido a la Duquesa, ninguna de las doncellas quiso quedarse en casa, y con frecuencia lady Canterville no ha podido conciliar el sueño a causa de los ruidos misteriosos que llegan del corredor y de la biblioteca.

—Milord — respondió el Ministro —, adquiriré el mobiliario y el fantasma bajo inventario. Llego de un país moderno, en el que podemos tener todo cuanto el dinero es capaz de proporcionar, y con nuestros empresarios jóvenes y avispados, que recorren de parte a parte el viejo continente, que se llevan los mejores actores de ustedes y sus mejores *prima-donnas*, estoy seguro de que si queda todavía un verdadero fantasma en Europa, podrían ofrecérnoslo en seguida para colocarle en uno de nuestros museos públicos o para pasearle por los caminos como un fenómeno.

—El fantasma existe; me lo temo—dijo lord Canterville sonriendo—, aunque se haya resistido a las ofertas de los intrépidos empresarios de ustedes. Hace más de tres siglos que se le conoce. Data, con precisión, de 1574, y no deja de mostrarse nunca cuando está a punto de ocurrir alguna defunción en la familia.

—¡Bah! Los médicos de cabecera hacen lo mismo, lord Canterville. Amigo mío, un fantasma no puede existir y no creo que las leyes de la naturalezza admitan excepciones en favor de la aristocracia inglesa.

—Realmente son ustedes muy incrédulos en América—dijo lord Canterville, que no acababa de comprender la última observación de míster Otis. Ahora bien, si le gusta a usted tener un fantasma en casa, mejor que mejor. Acuérdese únicamente de que yo le previne.

Algunas semanas después, se cerró el trato y a fines de estación, el Ministro y su familia emprendieron el viaje hacia Canterville.

Mistress Otis, que con el nombre de miss Lucrecia R. Tappan, de la calle West, 52, había sido una ilustre *beldad* de Nueva York, era todavía una mujer guapísima, de edad regular, con unos ojos hermosos y un perfil soberbio.

Muchas damas americanas, cuando abandonan su país natal, adoptan aires de personas atacadas de una enfermedad crónica, y se figuran que eso es uno de los sellos de distinción en Europa, pero mistress Otis no cayó nunca en ese error.

Tenía una naturaleza magnífica y una abundancia extraordinaria de vitalidad.

A decir verdad, era completamente inglesa, bajo muchos aspectos, y hubiese podido citársela en buena lid para sostener la tesis de que tenemos todo en común con América, hoy día, excepto la lengua, como es de suponer.

Su hijo mayor, bautizado con el nombre de Wáshington por sus padres, en un momento de patriotismo, que él no cesaba de lamentar, era un muchacho rubio, de bastante buena figura, que se había erigido en candidato a la diplomacia dirigiendo un cotillón en el casino de Newport durante tres temporadas seguidas; y aun en Londres, pasaba por ser un bailarín excepcional.

Sus únicas debilidades eran las gardenias y la pairia; aparte de eso, era perfectamente sensato.

Miss Virginia E. Otis era una muchachita de quince años, esbelta y graciosa como un cervatillo, con un bonito aire de despreocupación en sus grandes ojos azules.

Era una amazona maravillosa, y, sobre su poney, derrotó una vez en carreras al viejo lord Bilton, dando dos veces la vuelta al parque, ganándole por caballo y medio, precisamente frente a la estatua de Aquiles, lo cual provocó un entusiasmo tan delirante en el joven duque de Cheshire, que la propuso acto continuo el matrimonio y sus tutores tuvieron que expedirle aquella misma noche a Eton, bañado en lágrimas.

Después de Virginia venían dos gemelos, conocidos de ordinario con el nombre de Estrellas y Bandas, porque se les encontraba siempre ostentándolas.

Eran unos niños encantadores, y con el Ministro, los únicos verdaderos republicanos de la familia.

Como Canterville-Chase está a siete millas de Ascot, la estación más próxima, míster Otis telegrafió que fueran a buscarle en coche descubierto, y emprendieron la marcha en medio de la mayor alegría.

Era una noche encantadora de julio en que el aire estaba aromado de olor a pinos.

De vez en cuando oíase a una paloma arrullándose con su voz más dulce, o entreveíase entre la maraña y el frú frú de los helechos, la pechuga, de oro bruñido, de algún faisán.

Ligeras ardillas les espiaban desde lo alto de las hayas, a su paso; unos conejos corrían como exhalaciones a través de los matorrales o sobre los collados herbosos, levantando su rabo blanco.

Sin embargo, no bien entraron en la avenida de Canterville-Chase, el cielo se cubrió repentinamente de nubes. Un extraño silencio pareció invadir toda la atmósfera, una gran bandada de cornejas cruzó calladamente por encima de sus cabezas y antes de que llegasen a la casa ya habían caído algunas gotas.

En los escalones se hallaba para recibirlos, una vieja pulcramente vestida de seda negra, con cofia y delantal blancos.

Era mistress Umney, el ama de gobierno que mistress Otis a vivos requerimientos de lady Canterville, accedió a conservar en su puesto.

Hizo una profunda reverencia a la familia cuando echaron pie a tierra y dijo con un singular acento de los buenos tiempos antiguos:

—Les doy la bienvenida a Canterville-Chase.

La siguieron atravesando un hermoso *hall* de estilo Tudor, hasta la biblioteca, largo salón espacioso, que terminaba en un ancho ventanal acristalado.

Estaba preparado el té.

Luego, una vez que se quitaron los trajes de viaje, sentáronse todos y se pusieron a curiosear en torno suyo, mientras mistres Umney iba de un lado para otro.

De pronto la mirada de mistress Otis cayó sobre una mancha de un rojo obscuro que había sobre el pavimento precisamen-

te al lado de la chimenea y, sin darse cuenta de sus palabras, dijo a mistress Umney.

—Veo que han vertido algo en ese sitio.

—Sí, señora, contestó mistres Umney en voz baja. Ahí se ha vertido sangre.

—¡Es espantoso!—exclamó mistress Otis. —No quiero manchas de sangre en un salón. Es preciso quitar eso inmediatamente.

La vieja sonrió y con la misma voz baja y misteriosa respondió:

—Es sangre de Lady Leonor Canterville, que fué muerta en ese mismo sitio por su propio marido, sir Simón de Canterville, en 1575. Sir Simón la sobrevivió nueve años, desapareciendo de repente en circunstancias misteriosísimas.

Su cuerpo no se encontró nunca, pero su alma culpable sigue embrujando la casa. La mancha de sangre ha sido muy admirada por los turistas y por otras personas, pero quitarla... es imposible.

—Todo eso son tonterías—exclamó Wáshigton Otis. El producto quita-manchas, el limpiador incomparable del campeón Pinkerton hará desaparecer eso en un abrir y cerrar de ojos.

Y antes de que el ama de gobierno, aterrada, pudiese intervenir, ya se había arrodillado y frotaba vivamente el entarimado con una barrita de una sustancia parecida al cosmético negro.

A los pocos instantes la mancha había desaparecido sin dejar rastros.

—Ya sabía yo que el *Pinkerton* la borraría—exclamó en tono triunfal, paseando una mirada circular sobre su familia llena de admiración.

Pero apenas había pronunciado aquellas palabras, cuando un relámpago formidable iluminó la estancia sombría y el retumbar del trueno levantó a todos menos a mistress Umney, que se desmayó.

—¡Qué clima más atroz!—dijo tranquilamente el Ministro encendiendo un largo veguero. Creo que el país de los abuelos está tan lleno de gente, que no hay buen tiempo bastante para todo el mundo. Siempre opiné que lo mejor que pueden hacer los ingleses es emigrar.

—Querido Hiram—replicó mistress Otis— ¿qué podemos hacer con una mujer que se desmaya?

—Descontaremos eso de su salario en caja. Así no se volverá a desmayar.

En efecto, mistress Umney no tardó en volver en sí. Sin embargo veíase que estaba conmovida hondamente; y con voz solemne advirtió a mistress Otis que debía esperarse algún disgusto en la casa.

—Señores, he visto con mis propios ojos unas cosas... que pondrían los pelos de punta a un cristiano. Y durante noches y noches no he podido pegar los ojos a causa de los hechos terribles que pasaban.

A pesar de lo cual, míster Otis y su esposa aseguraron vivamente a la buena mujer que no tenían miedo ninguno de los fantasmas.

La vieja ama de llave, después de haber impetrado la bendición de la Providencia sobre sus nuevos amos, y de arreglárselas para que la aumentasen el salario, se retiró a su habitación renqueando.

II

La tempestad se desencadenó durante toda la noche, pero no produjo nada extraordinario.

Al día siguiente por la mañana, cuando bajaron a almorzar, encontraron de nuevo la terrible mancha sobre el entarimado.

—No creo que tenga la culpa el *Limpiador sin rival*—dijo Wáshington—pues lo he ensayado sobre toda clase de manchas. Debe ser cosa del fantasma.

En consecuencia, borró la mancha después de frotar un poco.

Al otro día por la mañana, había reaparecido.

Y, sin embargo, la biblioteca permaneció cerrada la noche anterior, llevándose arriba la llave mistress Otis.

Desde entonces la familia empezó a interesarse por aquello.

Míster Otis se hallaba a punto de creer que había estado demasiado dogmático negando la existencia de los fantasmas.

Mistress Otis expresó su intención de afiliarse a la sociedad Psíquica, y Wáshington preparó una larga carta a místers Myers y Podmore (1), basada en la persistencia de las manchas de sangre cuando provienen de un crimen.

Aquella noche disipó todas las dudas so-

(1) Autores de los *Phantams of the living*, obra sobre las alucinaciones telepáticas.—(N. del T.)

bre la existencia objetiva de los fantasmas.

El día fué caluroso y soleado.

La familia aprovechó la frescura del día para dar un paseo en coche.

Regresaron a las nueve, tomando una ligera cena. La conversación no recayó ni un momento sobre los fantasmas; de manera que faltaban hasta las condiciones más elementales de *espera* y de *receptividad*, que preceden tan a menudo a los fenómenos psíquicos.

Los asuntos que discutieron, por lo que luego he sabido por mistress Otis, fueron simplemente los habituales en la conversación de los americanos cultos que pertenecen a las clases elevadas, como por ejemplo, la inmensa superioridad de miss Janny Devenport sobre Sarah Bernhardt, como actriz; la dificultad para encontrar maíz verde, galletas de trigo sarraceno y *polenta*, aun en las mejores casas inglesas; la importancia de Boxton en el desenvolvimiento del alma universal; las ventajas del sistema que consiste en anotar los equipajes de los viajeros; así como la dulzura del acento neoyorkino, comparado con el dejo de Londres.

No se trató para nada de lo sobrenatural. No se hizo ni la menor alusión indirecta a sir Simón de Canterville.

A las once la familia se retiró.

A las once y media estaban apagadas todas las luces.

Pocos instantes después míster Otis se despertó con un ruido singular en el corredor fuera de su habitación.

Parecía un ruido de hierros viejos, y se acercaba cada vez más.

Se levantó en el acto, encendió una luz y miró la hora.

Era la una en punto.

Míster Otis estaba perfectamente tranquilo. Se tomó el pulso y no le encontró nada alterado.

El ruido extraño continuaba, al mismo tiempo que se oía claramente un ruido de pasos.

Míster Otis se puso las zapatillas, cogió un frasquito alargado de su tocador y abrió la puerta.

Y vió frente a él, en el pálido claro de luna, a un viejo de aspecto terrible.

Sus ojos parecían carbones encendidos. Una larga cabellera gris caía en mechones revueltos sobre sus hombros. Sus ropas, de corte anticuado, estaban manchadas y en jirones. De sus muñecas y de sus tobillos colgaban unas pesadas cadenas y unos grilletes herrumbrosos.

—Mi distinguido señor—dijo Mister Otis —permítame que le ruegue vivamente que se engrase esas cadenas. Le he traído para ello un botecito del engrasador de *Tammany-Sol-Levante*. Dicen que una sola untura es eficacísima, y en la etiqueta hay varios certificados de nuestros teólogos más ilustres que dan fe de ello. Voy a dejársela aquí, al lado de las mecedoras, y tendré un verdadero placer en proporcionarle más si así lo desea.

Dicho lo cual, el Ministro de los Estados Unidos dejó el frasquito sobre una mesa de mármol, cerró la puerta y se volvió a meter en la cama.

El fantasma de Canterville permaneció algunos minutos inmóvil de indignación.

Después tiró lleno de rabia el frasquito contra el suelo encerado y huyó por el corredor, lanzando gruñidos cavernosos y despidiendo una extraña luz verde.

Sin embargo, cuando llegaba a la gran escalera de roble, se abrió de repente una puerta. Aparecieron dos siluetas infantiles, vestidas de blanco, y una voluminosa almohada le rozó la cabeza.

Evidentemente, no había tiempo que perder, así es que utilizando como medio de fuga la cuarta dimensión del espacio, se desvaneció a través del estuco, y la casa recobró su tranquilidad.

Llegado a un cuartito secreto del ala izquierda, se adosó a un rayo de luna para tomar aliento y se puso a reflexionar para darse cuenta de su situación.

Jamás en toda su brillante carrera, que duraba ya trescientos años seguidos, fué injuriado tan groseramente.

Se acordó de la duquesa viuda, en quien provocó una crisis de terror, estando mirándose al espejo, cubierta de brillantes y de encajes; de las cuatro doncellas a quienes había enloquecido, produciéndoles convulsiones histéricas, sólo con hacerlas visajes entre las cortins de una de las habitaciones destinadas a invitados; del rector de la parroquia, cuya vela apagó de un soplo, cuando volvía el buen señor de la biblioteca, a una hora avanzada, y que desde entonces se



—Mi distinguido señor,—dijo Mr. Otis—permita me que le ruegue vivamente que engrase sus cadenas...."

convirtió en asiduo cliente de sir William Gull, y en mártir de toda clase de alteraciones nerviosas; de la vieja señora de Tremouillac, que, al despertarse a media noche, vió sentado en un sillón, al lado de la lumbre, a un esqueleto entretenido en leer el diario que redactaba ella de su vida, y que, de resultas de la impresión, tuvo que guardar cama durante seis meses, víctima de un ataque cerebral. Una vez curada, se reconcilió con la Iglesia y rompió toda clase de relaciones con el señalado escéptico monsieur de Voltaire.

Recordó igualmente la noche terrible en que el bribón de lord Canterville fué hallado agonizante en su tocador, con una sota de espadas hundida en la garganta, viéndose obligado a confesar que por medio de aquella carta había timado la suma de 10.000 libras a Carlos Fox, en casa de Grockford. Y juraba que aquella carta se la hizo tragar el fantasma.

Todas sus grandes hazañas le volvían a la memoria.

Vió desfilar al mayordomo que se levantó la tapa de los sesos por haber visto una mano verde tamborilear sobre los cristales; y a la bella Lady Steelfied, condenada a llevar alrededor del cuello un collar de terciopelo negro para tapar la señal de cinco dedos, impresos como con un hierro candente sobre su blanca piel, y que terminó por ahogarse en el vivero que había al extremo de la Avenida Real.

Y lleno del entusiasmo ególatra del ver-

dadero artista, pasó revista a sus creaciones más célebres.

Se dedicó una amarga sonrisa al evocar su última aparición en el papel de "Rubén el Rojo, o el rorro estrangulado", su debut en el de "Gibeon el Vampiro flaco del páramo de Bexley" y el furor que causó una tarde encantadora de junio sólo con jugar a los bolos con sus propios huesos sobre el campo de hierba de *lawn-tennis*.

¿Y todo para qué?

¡Para que unos miserables americanos le ofreciesen el engrasador marca "Sol-Levante" y le tirasen almohadas a la cabeza!

Era realmente intolerable.

Además, la historia nos enseña que jamás fué tratado ningún fantasma de aquella manera.

Llegó a la conclusión de que era preciso tomarse la revancha, y permaneció hasta el amanecer en actitud de profunda meditación.

III

A la mañana siguiente, cuando el almuerzo reunió a la familia Otis, se discutió extensamente acerca del fantasma.

El Ministro de los Estados Unidos estaba, como era natural, un poco ofendido viendo que su ofrecimiento no había sido aceptado.

—No quisiera en modo alguno injuriar personalmente al fantasma—dijo—, y reconozco que, dada la larga duración de su estancia en la casa, no era nada cortés tirarle una almohada a la cabeza...

Siento tener que decir que esta observación tan justa provocó una explosión de risa en los gemelos.

—Pero, por otro lado—prosiguió mistress Otis—si se empeña, sin más ni más, en no hacer uso del engrasador marca "Sol-Levante", nos veremos precisados a quitarle las cadenas. No habría manera de dormir con todo ese ruido a la puerta de los dormitorios.

Pero, sin embargo, en el resto de la semana no fueron molestados.

Lo único que llamó algo la atención fué la reaparición continua de la mancha de sangre sobre el *parquet* de la biblioteca.

Era realmente muy extraño, tanto más cuanto que mistress Otis cerraba la puerta con llave por la noche, igual que las ventanas.

Los cambios de color que sufría la mancha, comparables a los de un camaleón, produjeron asímismo frecuentes comentarios.

Una mañana, era de un rojo obscuro, casi violáceo; otras veces era bermellón; luego de un púrpura espléndido; y un día, cuando bajaron a rezar, según los ritos sencillos de la libre Iglesia episcopal reformada de América, la encontraron de un hermoso verde esmeralda.

Como es natural, estos cambios kaleidoscópicos divirtieron grandemente a la reunión, y hacíanse apuestas todas las noches con entera tranquilidad.

La única persona que no tomó parte en la broma fué la joven Virginia.

Por razones ignoradas, sentíase siempre impresionada ante la mancha de sangre, y estuvo a punto de llorar la mañana que apareció verde esmeralda.

El fantasma hizo su aparición un domingo por la noche. Al poco tiempo de estar todos ellos acostados, les alarmó un enorme estrépito que se oyó en el *hall*.

Bajaron apresuradamente y se encontraron con que una armadura completa se había desprendido de su soporte, cayendo sobre las losas.

Cerca de allí, sentado en un sillón de alto respaldo, el fantasma de Canterville se restregaba las rodillas, con una expresión de agudo dolor sobre su rostro.

Los gemelos, que se habían provisto de sus cañas de majuelos, le lanzaron inmediatamente dos huesos con esa seguridad de puntería que sólo se adquiere a fuerza de largos y pacientes ejercicios sobre el profesor de caligrafía.

Mientras tanto el Ministro de los Estados Unidos mantenía al fantasma bajo la amenaza de su revólver, y, conforme a la etiqueta californiana, le intimaba a levantar los brazos.

El fantasma se alzó bruscamente lanzando un grito de furor salvaje y se disipó en medio de ellos, como una niebla, apagando de paso la vela de Wáshington Otis y dejándoles a todos en la mayor obscuridad.

Cuando llegó a lo alto de la escalera, una vez dueño de sí, se decidió a lanzar su célebre repique de carcajadas satánicas.

Había experimentado ya, en diferentes ocasiones, la utilidad de aquel procedimiento.

Contaba la gente que aquello hizo encanecer en una sola noche el peluquín de lord Raker.

Lo cierto es que no necesitaron más las tres amas de gobierno para decidirse a *dimitir* antes de terminar el primer mes en su cargo.

Por consiguiente lanzó su carcajada más horrible, despertando paulatinamente los ecos en las antiguas bóvedas; pero, apenas apagados éstos, se abrió una puerta y apareció, vestida de azul claro, mistress Otis.

—Me temo—dijo la dama—que esté usted indispuesto y aquí le traigo un frasco de la tintura del doctor Dobell. Si se trata de una indigestión, esto le sentará muy bien.

El fantasma la miró con ojos llameantes de furor, y se creyó en el deber de metamorfosearse en un gran perro negro.

Era un truco que le había dado una reputación merecidísima, y al cual atribuía el médico de la familia la idiotez incurable del tío de lord Canterville, el honorable (1) Tomás Horton.

Pero un ruido de pasos que se acercaban le hizo vacilar en su cruel determinación, y se contentó con volverse un poco fosforescente.

En seguida se desvaneció, después de lanzar un gemido sepulcral, porque los gemelos iban a darle alcance.

Una vez en su habitación, sintióse destrozado, presa de la agitación más violenta.

La ordinariez de los gemelos, el grosero materialismo de mistress Otis, todo aquello resultaba realmente vejatorio; pero, lo que más le humillaba era no tener fuerzas para llevar la cota de malla.

Contaba con hacer impresión aun en unos americanos modernos, con hacerles estremecer a la vista de un espectro acorazado, ya que no por motivos razonables, al menos por deferencia hacia su poeta nacional, Longfellow (2), cuyas poesías delicadas y atrayentes habíanle ayudado con frecuencia a matar el tiempo, mientras los Canterville estaban en Londres.

Además, era su propia armadura.

La llevó con éxito en el torneo de Kenilworth, siendo felicitado calurosamente por la *Reina-Virgen* en persona.

Pero cuando quiso ponérsela, quedó aplastado por completo con el peso de la enorme coraza y del yelmo de acero. Y se desplomó pesadamente sobre las losas de piedra, despellejándose las rodillas y contusionándose la muñeca derecha.

Durante varios días estuvo malísimo y no pudo salir de su morada más que lo necesario para mantener en buen estado la mancha de sangre.

No obstante lo cual, a fuerza de cuidados, acabó por restablecerse y decidió hacer una tercera tentativa para aterrorizar al Ministro de los Estados Unidos y a su familia.

Eligió para su reaparición en escena el viernes 17 de agosto, consagrando gran parte del día a pasar revista a sus trajes.

Su elección recayó al fin en un sombrero de ala levantada por un lado y caída del otro, con una pluma roja; en un sudario deshilachado en las mangas y en el cuello, y por último, en un puñal mohoso.

Al atardecer estalló una gran tormenta.

El viento era tan fuerte que sacudía y cerraba violentamente las puertas y ventanas de la vetusta casa.

Realmente, aquél era el tiempo que le convenía.

Hé aquí lo que pensaba hacer.

Iría sigilosamente a la habitación de Wáshington Otis, le musitaría unas frases ininteligibles, quedándose al pie de la cama y le hundiría tres veces seguidas el puñal en la garganta, a los sones de una música apagada.

Odiaba sobre todo a Wáshington porque sabía perfectamente que era él quien acostumbraba a quitar la famosa mancha de sangre de Canterville, empleando el "Limpiador" incomparable de Pinkerton.

Después de reducir a un estado de terror abyecto al temerario, al despreocupado joven, entraría en la habitación que ocupaban el Ministro de los Estados Unidos y su mujer.

Una vez allí, colocaría una mano viscosa sobre la frente de mistress Otis, y al mismo tiempo murmuraría con voz sorda al oído del Ministro tembloroso los secretos terribles del osario.

En cuanto a la pequeña Virginia, aún no tenía decidido nada.

(1) Título de cortesía que se dan entre sí los miembros de la Cámara de los Comunes de Inglaterra.—(N. del T.)

(2) Longfellow publicó "El esqueleto de su coraza", poesía que le inspiró el descubrimiento de un esqueleto acorazado en Newport.—(N. del T.)

No le había insultado nunca. Era bonita y cariñosa.

Unos cuantos gruñidos sordos que saliesen del armario le parecían más que suficientes, y si no bastaban para despertarla, llegaría hasta tirarla de la puntita de la nariz con sus dedos rígidos por la parálisis.

A los gemelos estaba resuelto a darles una lección: lo primero que haría sería sentarse sobre sus pechos, con objeto de producirles la sensación de la pesadilla. Luego, aprovechando que sus camas estaban muy juntas, se alzaría en el espacio libre entre ellas, con el aspecto de un cadáver verde y frío como el hielo, hasta que se quedasen paralizados de terror.

En seguida, tirando bruscamente su sudario, daría la vuelta al dormitorio en cuatro patas, como un esqueleto blanqueado por el tiempo, moviendo los ojos en sus órbitas, en su creación de "Daniel el mudo o el Esqueleto del Suicida", papel en el cual hizo un gran efecto en varias ocasiones. Creía estar tan bien en éste, como en su otro papel de "Martín el demente o el Misterio enmascarado."

A las diez y media oyó subir a la familia a acostarse.

Durante algunos instantes, le inquietaron las tumultuosas carcajadas de los gemelos, que se divertían evidentemente, con su loca alegría de colegiales, antes de meterse en la cama.

Pero a las once y cuarto todo quedó nuevamente en silencio y cuando sonaron las doce, se puso en camino.

La lechuza chocaba contra los cristales de la ventana. El cuervo crascitaba en el hueco de un tejo centenario y el viento gemía vagando alrededor de la casa como un alma en pena; pero la familia Otis dormía sin sospechar la suerte que le esperaba.

Oía con toda claridad los ronquidos regulares del Ministro de los Estados Unidos que dominaban el ruido de la lluvia y de la tormenta.

Se deslizó furtivamente a través del estuco. Una sonrisa perversa se dibujaba sobre su boca cruel y arrugada, y la luna escondió su rostro tras una nube cuando pasó delante de la gran ventana ojival sobre la que estaban representadas en azul y oro sus propias armas y las de su esposa asesinada.

Seguía andando siempre, deslizándose como una sombra funesta, que parecía hacer retroceder de espanto a las mismas tinieblas en su camino.

En un momento dado le pareció oír que alguien le llamaba; se detuvo pero era tan sólo un perro que ladraba en la Granja Roja.

Prosiguió su marcha, refunfuñando extraños juramentos del siglo XVI y blandiendo de vez en cuando el puñal enmohecido, en la brisa de media noche.

Por fin llegó a la esquina del pasillo que conducía a la habitación del infortunado Wáshington.

Allí hizo una breve parada.

El viento agitaba en torno de su cabeza sus largos mechones grises, y ceñía en pliegues grotescos y fantásticos el horror indecible del fúnebre sudario.

Sonó entonces el cuarto en el reloj.

Comprendió que había llegado el momento.

Lanzó una risotada y dió la vuelta a la esquina. Pero, apenas lo hizo, retrocedió lanzando un gemido lastimero de terror y escondiendo su cara lívida entre sus largas manos huesosas.

Frente a él había un horrible espectro, inmóvil como una estatua, monstruoso como la pesadilla de un loco.

La cabeza del espectro era pelada y reluciente; su faz, redonda, carnosa y blanca; una risa horrorosa parecía retorcer sus rasgos en una mueca eterna; por los ojos brotaba a oleadas una luz escarlata; la boca tenía el aspecto de un ancho pozo de fuego, y una vestidura horrible, como la del mismo Simón, envolvía con su nieve silenciosa aquella forma gigantesca.

Sobre el pecho tenía colgado un cartel con una inscripción en caracteres extraños, antiguos.

Quizá era un rótulo infamante, donde estaban escritos delitos espantosos, una terrible lista de crímenes.

Tenía, por último, en su mano derecha una cimitarra de acero resplandeciente.

Como no había visto nunca fantasmas hasta aquel día, sintió un pánico terrible y, después de lanzar a toda prisa una segunda mirada sobre el atroz fantasma, regresó a su habitación, trompicando en el sudario que le envolvía.

Cruzó la galería corriendo y acabó por

dejar caer el puñal enmohecido en las botas de montar del Ministro, donde lo encontró el mayordomo al día siguiente.

Una vez refugiado en su retiro, se desplomó sobre un reducido catre de tijera, tapándose la cabeza con las sábanas. Pero, al cabo de un momento, el valor indomable de los antiguos Canterville se despertó en él y tomó la resolución de hablar al otro fantasma en cuanto amaneciese.

Por consiguiente, no bien el alba plateó las colinas con su contacto, volvió al sitio en que había visto por primera vez al horroroso fantasma.

Pensaba que después de todo dos fantasmas valían más que uno solo, y que, con ayuda de su nuevo amigo, podría contender victoriosamente con los gemelos. Pero cuando llegó al sitio, hallóse en presencia de un espectáculo terrible.

Sucedíale algo indudablemente al espectro, porque la luz había desaparecido por completo de sus órbitas.

La cimitarra centelleante se había caído de su mano y estaba recostado sobre la pared en una actitud forzada e incómoda.

Simón se precipitó hacia delante y le cogió en sus brazos; pero cuál no sería su terror viendo despegarse la cabeza y rodar por el suelo, mientras el cuerpo tomaba la posición supina; y notó que abrazaba una cortina blanca de lienzo grueso, y que yacían a sus pies una escoba, un machete de cocina y una calabaza vaciada.

Sin poder comprender aquella curiosa transformación, cogió con mano febril el cartel, leyendo a la claridad grisácea de la mañana estas palabras terribles:

HE-AQUI-EL-FANTASMA-OTIS
EL UNICO ESPIRITU-AUTENTICO-Y-VERDADERO
¡DESCONFIAD DE LAS IMITACIONES!
TODOS-LOS-DEMAS-ESTAN-FALSIFICADOS

Y la entera verdad se le apareció como en un relámpago.

¡Había sido burlado, chasqueado, engañado!

La expresión característica de los Canterville reapareció en sus ojos; apretó las mandíbulas desdentadas y, levantando por encima de su cabeza sus manos amarillas, juró, según el ritual pintoresco de la antigua escuela, "que cuando el gallo tocase por dos veces el cuerno de su alegre llamada se consumarían sangrientas hazañas y el crimen de callado paso saldría de su retiro."

No había terminado de formular este juramento terrible cuando de una alquería lejana, de tejado de ladrillo rojo, salió el canto de un gallo.

Lanzó una larga risotada, lenta y amarga, y esperó. Esperó una hora, y después otra; pero por alguna razón misteriosa no volvió a cantar el gallo.

Por fin, a eso de las siete y media, la llegada de las criadas le obligó a abandonar su terrible guardia y regresó a su morada, con altivo paso, pensando en su juramento vano, y en su vano proyecto fracasado.

Una vez allí consultó varios libros de caballería, cuya lectura le interesaba extraordinariamente, y pudo comprobar que el gallo cantó siempre dos veces en cuantas ocasiones se recurrió a aquel juramento.

—¡Que el diablo se lleve a ese animal volátil!—murmuró—¡En otro tiempo hubiese caído sobre él con mi buena lanza, atravesándole el cuello y obligándole a cantar otra vez para mí, aunque reventara!

Y dicho esto, se retiró a su confortable caja de plomo y allí permaneció hasta la noche.

IV

Al día siguiente el fantasma se sintió muy débil, muy cansado.

Las terribles emociones de las cuatro últimas semanas empezaban a producir su efecto.

Tenía el sistema nervioso completamente alterado y temblaba al más ligero ruido.

No salió de su habitación en cinco días, y concluyó por hacer una concesión en lo relativo a la mancha de sangre del *parquet* de la biblioteca. Puesto que la familia Otis no quería verla, era indudablemente que no la merecía. Aquella gente estaba colocada a ojos vistas en un plano inferior de vida material, y era incapaz de apreciar el valor simbólico de los fenómenos sensibles.

La cuestión de las apariciones de fantasmas y el desenvolvimiento de los cuerpos astrales eran realmente para ellos cosa desco-

nocida e indiscutiblemente fuera de su alcance.

Constituía para él un deber ineludible mostrarse en el corredor una vez a la semana, y farfullar por la gran ventana ojival el primero y el tercer miércoles de cada mes. No veía ningún medio digno de sustraerse a su obligación.

Verdad es que su vida fué muy criminal, pero quitado eso, era hombre muy concienzudo en todo cuanto se relacionaba con lo sobrenatural.

Así pues, los tres sábados siguientes atravesó, como de costumbre, el corredor entre doce de la noche y tres de la madrugada, tomando todas las precauciones posibles para no ser visto ni oído.

Se quitaba las botas, pisaba lo más ligeramente que podía sobre las viejas maderas carcomidas, envolvíase en una gran capa de terciopelo negro, y no dejaba de usar el "Engrasador Sol Levante" para engrasar sus cadenas. Me veo precisado a reconocer que sólo después de muchas vacilaciones se deslizó en el dormitorio de mistress Otis y se llevó el frasquito.

Al principio se sintió un poco humillado, pero después fué suficientemente razonable para comprender que aquel invento merecía grandes elogios y que cooperaraba en cierto modo, a la realización de sus proyectos.

A pesar de todo, no se vió a cubierto de matracas.

No dejaban nunca de tenderle cuerdas de lado a lado del corredor para hacerle tropezar en la obscuridad, y una vez que se había disfrazado para el papel de "Isaac el Negro, o el Cazador del bosque de Hogsley", cayó cuan largo era al poner el pie sobre una pista de maderas enjabonadas que habían clocado los gemelos desde el umbral de salón de Tapices hasta la parte alta de la escalera de roble.

Esta última afrenta le dió tal rabia, que decidió hacer un esfuerzo para imponer su dignidad y consolidar su posición social, y formó el proyecto de visitar a la noche siguiente a los insolentes chicos de Eton, en su célebre papel de "Ruperto el temerario, o el Conde sin cabeza".

No se había mostrado con aquel disfraz desde hacía setenta años, es decir, desde que causó con él tal pavor a la bella lady Bárbara Modish que ésta retiró su consentimiento al abuelo del actual lord Canterville y se fugó a Gretna Green, con el arrogante Jack Castletown, jurando que por nada del mundo consentiría en emparentar con una familia que toleraba los paseos de un fantasma tan horrible por la terraza, al atardecer.

El pobre Jack fué al poco tiempo muerto en duelo por lord Canterville, en la pradera de Wandsworth, y lady Bárbara murió de pena en Tumbridge Welss, antes de terminar el año; así es que fué un gran éxito por todos conceptos.

Sin embargo, era, permitiéndome emplear un término de *argot* teatral para aplicarlo a uno de los mayores misterios del mundo sobrenatural (o en lenguaje más científico) *del mundo superior a la Naturaleza,* era, repito, una creación de las más difíciles y necesitó sus tres buenas horas para terminar los preparativos.

Por fin, todo estuvo listo, y él contentísimo de su disfraz.

Las grandes botas de montar, que hacían juego con el traje, eran, eso sí, un poco holgadas para él; y no pudo encontrar más que una de las dos pistolas de arzón; pero, en general, quedó satisfechísimo, y a la una y cuarto pasó a través del estuco y bajó al corredor.

Cuando estuvo cerca de la habitación ocupada por los gemelos, y que llamaré el dormitorio azul, por el color de sus cortinajes, se encontró con la puerta entreabierta.

A fin de hacer una entrada sensacional, la empujó con violencia; pero se le vino encima una jarra de agua, que le empapó hasta los huesos, no dándole en el hombro por unos milímetros.

Al mismo tiempo oyó unas risas sofocadas, que partían de la ancha cama con dosel.

Su sistema nervioso sufrió tal conmoción, que regresó a sus habitaciones a todo escape, y al día siguiente tuvo que permanecer en la cama con un fuerte reuma.

El único consuelo que tuvo fué el de no haber llevado su cabeza sobre los hombros; pues sin esto las consecuencias hubiesen podido ser graves.

Desde entonces renunció para siempre a espantar a aquella recia familia de americanos, y se limitó a vagar por el corredor con zapatillas de orillo, envuelto el cuello en una gruesa bufanda, por temor a las corrientes de aire, y provisto de un pequeño arcabuz

para el caso en que fuese atacado por los gemelos.

Hacia el 19 de setiembre fué cuando recibió el golpe de gracia.

Había bajado por la escalera hasta el espacioso *hall*, seguro de que en aquel sitio por lo menos estaba a cubierto de jugarretas; y se entretenía en hacer observaciones satíricas sobre las grandes fotografías del Ministro de los Estados Unidos, y de su mujer, hechas en casa de Sarow.

Iba vestido sencilla pero decentemente, con un largo sudario salpicado de moho de cementerio. Habíase atado la quijada con una tira de tela amarilla y llevaba una linternita y un azadón de sepulturero.

En una palabra, iba disfrazado de "Jonás el desenterrado, o el ladrón de cadáveres de Chertsey Barn".

Era una de sus creaciones más notables, y de la que guardaban recuerdo con mayor motivo, los Canterville, ya que fué la verdadera causa de su riña con lord Rufford, vecino suyo.

Serían próximamente las dos y cuarto de la madrugada, y, a su juicio, no se movía nadie en la casa. Pero cuando se dirigía tranquilamente del lado de la biblioteca para ver lo que quedaba de la mancha de sangre, se abalanzaron hacia él, desde un rincón sombrío, dos siluetas, agitando locamente sus brazos sobre sus cabezas, mientras gritaban a su oído:

—¡Uú! ¡Uú! ¡Uú!

Lleno de un terror pánico, cosa muy natural en aquellas circunstancias, se precipitó del lado de la escalera; pero se encontró frente a Washington Otis, que le esperaba armado con la regadera del jardín; de modo, que cercado por sus enemigos, casi acorralado, tuvo que evaporarse en la gran estufa de hierro colado, que, afortunadamente para él, no estaba encendida, y abrirse paso hasta sus habitaciones por entre tubos y chimeneas, llegando a su domicilio en el tremendo estado en que le pusieron la agitación, el hollín y la desesperación.

Desde aquella noche no volvió a vérsele nunca de expedición nocturna.

Los gemelos se quedaron muchas veces en acecho para sorprenderle, sembrando de cáscaras de nuez los corredores todas las noches, con gran molestia de sus padres y de los criados. Pero fué inútil.

Su amor propio estaba profundamente herido, sin duda, y no quería mostrarse

En vista de ello, míster Otis se puso a trabajar en su gran obra sobre la historia del partido democrático; obra que había empezado tres años antes.

Mistress Otis organizó un *clam-bake* (1) extraordinario, del que se habló en toda la comarca.

Los niños se dedicaron a jugar a la barra, al *écarté*, al *poker* y a otras diversiones nacionales de América.

Virginia dió paseos a caballos por las carreteras, en compañía del duquesito de Cheshire, que se hallaba en Canterville pasando su última semana de vacaciones.

Todo el mundo se figuraba que el fantasma había desaparecido, hasta el punto que míster Otis escribió una carta a lord Canterville para comunicárselo, y recibió en contestación otra carta en la que éste le testimoniaba el placer que le producía la noticia y enviaba sus más sinceras felicitaciones a la digna esposa del Ministro.

Pero los Otis se equivocaban.

El fantasma seguía en la casa; y aunque se hallara muy delicado, no estaba dispuesto a retirarse, sobre todo después de saber que figuraba entre los invitados el duquesito de Cheshire, cuyo tío, lord Francis Stilton, apostó una vez con el coronel Carbury a que jugaría a los dados con el fantasma de Canterville.

A la mañana siguiente se le encontró tendido sobre el suelo de la sala de juego, en un estado de parálisis tal, que a pesar de la edad avanzada que alcanzó, no pudo nunca pronunciar más palabras que éstas:

—¡Seis doble!

Esta historia era muy conocida es su tiempo, aunque en atención a los sentimientos de dos familias nobles, se hiciera todo lo posible por ocultarla; y existe un relato detallado de todo lo referente a ella en el tomo tercero de las *Memorias de lord Tattle sobre el Príncipe Regente y sus amigos.*

Desde entonces el fantasma deseaba vivamente probar que no había perdido su influencia sobre los Stilton, con los que además estaba emparentado por matrimonio, pues

(1) Un *clam-bake* es un plato de cocina improvisado sobre unas piedras, en una gira campestre, a escote, aportando cada cual lo suyo. Mézclanse toda clase de ingredientes para elaborar esta torta.—(N. del T.)

una prima hermana suya se casó en segundas nupcias con el señor de Bulkeley, del que descienden en línea recta, como todo el mundo sabe, los duques de Cheshire.

Por consiguiente, hizo sus preparativos para mostrarse al pequeño enamorado de Virginia en su famoso papel del "Fraile vampiro, o el benedictino desangrado".

Era un espectáculo tan espantoso que, cuando la vieja lady Starbury se lo vió representar, es decir, la víspera del año nuevo 1764, empezó a lanzar chillidos agudos que tuvieron por resultado un fuerte ataque de apoplegía y su fallecimiento al cabo de tres días, no sin que desheredara antes a los Canterville, y legase todo su dinero a su farmacéutico de Londres.

Pero a última hora, el terror que le inspiraban los gemelos le retuvo en su habitación, y el duquesito durmió trannquilo en el gran lecho con dosel coronado de plumas del dormitorio real, soñando con Virginia.

V

Unos días después, Virginia y su adorador de cabello rizado dieron un paseo a caballo por los prados de Brockley, paseo en el que ella se desgarró su vestido de amazona al saltar un seto, de tal manera, que de vuelta a su casa entró por la escalera de detrás para que no la viesen.

Al pasar corriendo por delante de la puerta del salón de Tapices, que estaba abierta de par en par, le pareció ver a alguien dentro.

Pensó que sería la doncella de su madre que iba con frecuencia a trabajar a esa habitación.

Asomó la cabeza para encargarle que la cosiese el vestido.

¡Pero, con gran sorpresa suya, quien allí estaba era el fantasma de Canterville en persona!

Habíase acomodado ante la ventana, contemplando el oro llameante de los árboles amarillentos, que revoloteaba por el aire, las hojas enrojecidas que bailaban locamente a lo largo de la gran avenida.

Tenía la cabeza apoyada en una mano, y toda su actitud revelaba el desaliento más profundo.

Realmente presentaba un aspecto tan abrumado, tan abatido, que la pequeña Virginia en vez de ceder a su primer impulso, que fué echar a correr y encerrarse en su cuarto, se sintió llena de compasión y tomó el partido de ir a consolarle.

Tenía la muchacha un paso tan ligero y él una melancolía tan honda que no se dió cuenta de su presencia hasta que le habló.

—Lo he sentido mucho por usted—dijo,—pero mis hermanos regresan mañana a Eton. y entonces, si se porta usted bien, nadie le atormentará.

—Es inconcebible pedirme que me porte bien—le respondió contemplando estupefacto a la jovencita que tenía la audacia de dirigirle la palabra.—Perfectamente inconcebible. Es necesario que yo sacuda mis cadenas, que gruña por los agujeros de las cerraduras y que corretee de noche. ¿Eso es lo que usted llama portarse mal? No tengo otra razón de ser.

—Eso no es razón de ser. En sus tiempos fué usted muy malo, ¿sabe? Mistress Umney nos dijo el mismo día que llegamos que mató usted a su esposa.

—Sí, lo reconozco—respondió incautamente el fantasma.—Pero era un asunto de familia y nadie tenía que meterse.

—Está muy mal matar a nadie,—dijo Virginia, que a veces adoptaba un bonito gesto de gravedad puritana, heredado quizá de algún antepasado venido de Nueva Inglaterra.

—¡Oh, no puedo sufrir la severidad barata de la moral abstracta! Mi mujer era feísima. No almidonaba nunca lo bastante mis puños y no sabía nada de cocina. Mire usted, un día había yo cazado un soberbio ciervo en los bosques de Hogsley, un hermoso macho de dos años. ¡Pues no puede usted figurarse cómo me lo sirvió! Pero, en fin, dejemos esto. Es asunto liquidado y no encuentro nada bien que sus hermanos me dejasen morir de hambre aunque yo la matase.

—¡Qué le dejaron morir de hambre! ¡Oh, señor fantasma!... Don Simón, quiero decir ¿es que tiene usted hambre ?Hay un *sandwich* en mi costurero. ¿Le gustaría?

—No, gracias, ahora ya no como; pero, de todos modos lo encuentro amabilísimo por su parte. ¡Es usted bastante más atenta que el resto de su horrible, arisca, ordinaria y ladrona familia!

—¡Basta!—exclamó Virginia, dando con el pie en el suelo.—El arisco, el horrible y el ordinario lo es usted. En cuanto a lo de ladrón, bien sabe usted que me ha robado mis colores de la caja de pintura para res-



"Habíase acomodado ante la ventana..."

taurar esa ridícula mancha de sangre en la biblioteca. Empezó usted por coger todos mis rojos, incluso el bermellón, imposibilitándome para pintar puestas de sol. Después agarró usted el verde esmeralda y el amarillo cromo. Y, finalmente, sólo me queda el añil y el blanco china. Así es que ahora no puedo hacer más que claros de luna. Y no lo he acusado aun estando fastidiada y a pesar de que todas esas cosas son completamente ridículas. ¿Se ha visto alguna vez sangre color verde esmeralda?...

—Vamos a ver,—dijo el fantasma, con cierta dulzura,—¿y qué iba yo a hacer? Es dificilísimo en los tiempos actuales agenciarse sangre de verdad, y ya que su hermano empezó con su quitamanchas incomparable, no veo por qué no iba yo a emplear los colores de usted para resistir. En cuanto al tono, es cuestión de gusto. Así, por ejemplo, los Can-

terville tienen sangre azul; la sangre más azul que existe en Inglaterra... Aunque yo sé que ustedes los americanos no hacen el menor caso de esas cosas.

—No sabe usted nada, y lo mejor que puede hacer es emigrar y así se formará idea. Mi padre tendrá un verdadero gusto en proporcionarle un pasaje gratuito y aunque haya derechos de puerto elevadísimos sobre toda clase de ideas, no pondrán dificultades en la Aduana. Y una vez en Nueva York, puede usted contar con un gran éxito. Conozco infinidad de personas que darían cien mil dólares por tener antepasados, y que sacrificarían mayor cantidad aún por tener un fantasma *de familia.*

—Creo que no me divertiría mucho en América.

—Quizá se deba a que allí no tenemos ni ruinas ni curiosidades—dijo burlonamente Virginia.

—¡Qué curiosidades ni qué ruinas—contestó el fantasma.—Tienen ustedes su marina y sus modales.

—Buenas noches; voy a pedir a papá que conceda a los gemelos una semana más de vacaciones.

—¡No se vaya, miss Virginia, se lo suplico!—exclamó el fantasma.—Estoy tan solo y soy tan desgraciado, que no sé qué hacer. Quisiera ir a acostarme y no puedo.

—Pues es inconcebible: no tiene usted más que meterse en la cama y apagar la luz. Algunas veces es dificilísimo permanecer despierto, sobre todo en una iglesia, pero en cambio dormir es muy sencillo. Ya ve usted, los gemelos saben dormir admirablemente, y no son de los más listos.

—Hace trescientos años que no duermo—dijo el anciano tristemente, haciendo que Virginia abriese mucho sus hermosos ojos azules llenos de asombro.—Hace ya trescientos años que no duermo, así es que me siento cansadísimo.

Virginia adoptó un grave continente, y sus finos labios se movieron como pétalos de rosa. Se acercó, y arrodillándose al lado del anciano, contempló su rostro envejecido y arrugado.

—Pobrecito Fantasma—profirió a media voz—¿y no hay ningún sitio dónde pueda usted dormir?

—Allá lejos, pasado el pinar—respondió él con voz baja y soñadora,—hay un jardincillo. La hierba crece en él alta y espesa; allí pueden verse las grandes estrellas blancas de la cicuta; allí, el ruiseñor canta durante la noche. Canta toda la noche y la luna de cristal helado deja caer su mirada y el tejo extiende sus brazos de gigante sobre los durmientes.

Los ojos de Virginia se empañaron de lágrimas y sepultó la cara entre sus manos.

—Se refiere usted al jardín de la Muerte—murmuró.

Sí, de la muerte, ¡que debe ser tan hermosa! ¡Descansar en la blanda tierra oscura, mientras las hierbas se balancean encima de nuestra cabeza, y escuchar el silencio! No tener ni ayer ni mañana. Olvidarse del tiempo y de la vida, morar en paz. Usted puede ayudarme; usted puede abrirme de par en par las puertas de la Muerte, porque el amor la acompaña a usted siempre y el amor es más fuerte que la muerte.

Virginia tembló. Un estremecimiento helado recorrió todo su sér y durante unos instantes hubo un gran silencio.

Parecíale vivir en un sueño terrible.

Entonces el fantasma habló de nuevo con una voz que resonaba como los suspiros del viento:

—¿Ha leído usted alguna vez la antigua profecía que hay sobre las vidrieras de la biblioteca?

—¡Oh, muchas veces!—exclamó la muchacha levantando los ojos.—La conozco muy bien. Está pintada con unas curiosas letras doradas y se lee con dificultad. No tiene más que estos seis versos:

Cuando una joven rubia logre hacer brotar
una oración de los labios del pecador,
cuando el almendro estéril dé fruto
y una niña deje correr su llanto,
entonces, toda la casa recobrará la tranquilidad
y volverá la paz a Canterville.

Pero no sé lo que significan.

—Significan que tiene usted que llorar conmigo mis pecados, porque no tengo lágrimas, y que tiene usted que rezar conmigo por mi alma, porque no tengo fe, y entonces, si ha sido usted siempre dulce, buena y cariñosa, el ángel de la muerte se apoderará de mí. Verá usted seres terribles en las tinieblas, y voces funestas murmurarán en sus oídos, pero no podrán hacerle ningún daño,

porque contra la pureza de una niña, no pueden nada las potencias infernales.

Virginia no contestó y el fantasma retorcióse las manos en la violencia de su desesperación, sin dejar de mirar la rubia cabeza inclinada.

De pronto se irguió la joven muy pálida, con un fulgor extraño en los ojos.

—No tengo miedo—dijo con voz firme— y rogaré al ángel que se apiade de usted.

Levantóse el fantasma de su asiento lanzando un débil grito de alegría, cogió la blonda cabeza entre sus manos con una gentileza que recordaba los tiempos pasados, y la besó.

Sus dedos estaban fríos como el hielo, y sus labios abrasaban como el fuego, pero Virginia no flaqueó; después la hizo atravesar la estancia sombría.

Sobre el tapiz de un verde apagado estaban bordando unos pequeños cazadores. Soplaban en sus cuernos adornados de flecos y con sus lindas manos hacíanle gestos de que retrocediese.

—Vuelve sobre tus pasos, Virginita. ¡Vete, vete!—gritaban.

Pero el fantasma la apretaba en aquel momento la mano con más fuerza, y ella cerró los ojos para no verlos.

Horribles animales de colas de lagarto y de ojazos saltones parpadearon maliciosamente en las esquinas de la chimenea, mientras la decían en voz baja:

—Ten cuidado, Virginita, ten cuidado. Podríamos no volver a verte.

Pero el fantasma apresuró entonces el paso y Virginia no oyó nada.

Cuando llegaron al extremo de la estancia, el viejo se detuvo murmurando unas palabras que ella no comprendió. Volvió a abrir los ojos y vió disiparse el muro lentamente, como una neblina, y abrirse ante ella una negra caverna.

Un áspero y helado viento los azotó, sintiendo la muchacha que la tiraban del vestido.

—De prisa, de prisa—gritó el fantasma— o será demasiado tarde.

Y en el mismo momento el muro se cerró de nuevo detrás de ellos, y el salón de tapices quedó desierto.

VI

Unos diez minutos después, sonó la campana para el té y Virginia no bajó.

Mistress Otis envió a uno de los criados a buscarla.

No tardó en volver diciendo que no había podido descubrir a miss Virginia por ninguna parte.

Como la muchacha tenía la costumbre de ir todas las tardes al jardín a coger flores para la cena, mistress Otis no se inquietó lo más mínimo. Pero sonaron las seis y Virginia no aparecía.

Entonces su madre se sintió seriamente intranquila y envió a sus hijos en su busca, mientras ella y su marido recorrían todas las habitaciones de la casa.

A las seis y media volvieron los gemelos diciendo que no habían encontrado huellas de su hermana por parte alguna.

Entonces se conmovieron todos extraordinariamente y nadie sabía qué hacer cuando míster Otis recordó de repente que pocos días antes había permitido acampar en el parque a una tribu de gitanos.

Así es que salió inmediatamente para Blackfell-Hollow, acompañado de su hijo mayor y de dos criados de la granja.

El duquesito de Cheshire, completamente loco de inquietud, rogó con insistencia a míster Otis que le dejase acompañarle, mas éste se negó temiendo algún jaleo. Pero cuando llegó al sitio en cuestión, vió que los gitanos se habían marchado.

Se dieron prisa a huir sin duda alguna, pues el fuego ardía todavía y quedaban platos sobre la hierba.

Después de mandar a Wáshington y a los dos hombres que registrasen los alrededores, se apresuró a regresar, y envió telegramas a todos los inspectores de policía del condado, rogándoles que buscasen a una joven raptada por unos vagabundos o gitanos.

Luego hizo que le trajeran su caballo y después de insistir para que su mujer y sus tres hijos se sentaran a la mesa, partió con un *groom* por el camino de Ascot.

Había recorrido apenas dos millas cuando oyó un galope a su espalda.

Se volvió, viendo al duquesito que llegaba en su *poney* con la cara sofocada y la cabeza descubierta.

—Lo siento muchísimo—le dijo el joven con voz entrecortada,—pero me es imposible comer mientras Virginia no parezca. Se lo ruego, no se enfade conmigo. Si nos hubiera usted permitido casarnos el año último, no



Horribles animales con colas de lagartos y de ojazos saltones, parpadearon maliciosamente...

habría pasado esto nunca. ¿No me rechaza usted, verdad? ¡No puedo ni quiero irme!

El ministro no pudo menos de dirigir una sonrisa a aquel mozo guapo y atolondrado, conmovidísimo ante la abnegación que mostraba por Virginia.

Inclinándose sobre su caballo, le acarició los hombros bondadosamente y le dijo:

—Pues bien, Cecil, ya que insiste usted en quedarse, no me queda más remedio que admitirle en mi compañía; pero eso sí, tengo que comprarle un sombrero en Ascot.

—¡Al diablo sombreros! ¡Lo que quiero es Virginia!—exclamó el duquesito riendo.

Y acto seguido galoparon hasta la estación.

Una vez allí, mister Otis preguntó al jefe si no habían visto en el andén de salida a una joven cuyas señas correspondiesen con las de Virginia, pero no averiguó nada sobre ella.

No obstante lo cual, el jefe de la estación expidió telegramas a las estaciones del trayecto, ascendentes y descendentes, y le prometió ejercer una vigilancia minuciosa.

En seguida, después de comprar un sombrero para el duquesito en una tienda de novedades que se disponía a cerrar, mister Otis cabalgó hasta Bexley, pueblo situado cuatro millas más allá, y que, según le dijeron, era muy frecuentado por los gitanos.

Hicieron levantarse al guarda rural, pero no pudieron conseguir ningún dato de él.

Así es que después de atravesar la plaza, los jinetes tomaron otra vez el camino de casa, llegando a Canterville a eso de las once, rendidos de cansancio y con el corazón desgarrado por la inquietud.

Se encontraron allí con Wáshington y los gemelos esperándoles a la puerta con linterna, porque la avenida estaba muy oscura.

No se había descubierto la menor señal de Virginia. Los gitanos fueron alcanzados en el prado de Brockley, pero no estaba la joven entre ellos.

Explicaron la prisa de su marcha diciendo que habían equivocado el día que debía cele-

brarse la feria de Chorton y que el temor de llegar demasiado tarde les obligó a darse prisa.

Además, parecieron desconsolados por la desaparición de Virginia pues estaban agradecidísimos a míster Otis por haberles permitido acampar en su parque. Cuatro de ellos se quedaron detrás para tomar parte en las pesquisas.

Se hizo vaciar el estanque de las carpas, registraron la finca en todos sentidos pero no consiguieron nada.

Era evidente que Virginia estaba perdida, al menos por aquella noche, y fué con un aire de profundo abatimiento como entraron en casa de míster Otis los jóvenes seguidos del *groom*, que llevaba de las bridas al caballo y al *poney*.

En el *hall* encontráronse con el grupo de los criados, llenos de terror.

La pobre mistress Otis estaba acostada sobre un sofá de la biblioteca, casi loca de espanto y de ansiedad, y la vieja ama de gobierno le humedecía la frente con agua de Colonia.

Fué una comida tristísima.

No se hablaba apenas, y hasta los mismos gemelos parecían despavoridos y consternados, pues querían mucho a su hermana.

Cuando terminaron, míster Otis, a pesar de los ruegos del duquesito, mandó que todo el mundo se acostase, ya que no podía hacerse cosa alguna aquella noche; al día siguiente telegrafiaría a Scotland Yard para que pusieran inmediatamente varios detectives a su disposición.

Pero, he aquí que en el preciso momento en que salían del comedor, sonaron las doce en el reloj de la torre.

Apenas acababan de extinguirse las vibraciones de la última campanada, cuando oyóse un crujido acompañado de un grito penetrante.

Un trueno formidable bamboleó la casa, una melodía que no tenía nada de terrenal flotó en el aire. Un lienzo de pared se despegó bruscamente en lo alto de la escalera, y sobre el rellano, muy pálida, casi blanca, apareció Virginia llevando en la mano una cajita.

Inmediatamente se precipitaron todos hacia ella.

Mistress Otis la estrechó apasionadamente contra su corazón.

El duquesito casi la ahogó con la violencia de sus besos, y los gemelos ejecutaron una danza de guerra salvaje alrededor del grupo.

—¡Ah! ¡hija mía! ¿dónde te habías metido?—dijo míster Otis bastante enfadado, creyendo que les había querido dar una broma a todos ellos—Cecil y yo hemos registrado toda la comarca en busca tuya, y tu madre ha estado a punto de morirse de espanto. No vuelvas a dar bromitas de ese género a nadie.

—¡Menos al fantasma, menos al fantasma! —gritaron los gemelos continuando sus cabriolas.

—Hija mía querida, gracias a Dios que te hemos encontrado; ya no nos volveremos a separar—murmuraba míster Otis besando a la muchacha, toda trémula, y acariciando sus cabellos de oro que se desparramaban sobre sus hombros.

—Papá—dijo dulcemente Virginia,—estaba con el fantasma. Ha muerto ya. Es preciso que vayáis a verle. Fué muy malo, pero se ha arrepentido sinceramente de todo lo que había hecho y antes de morir me ha dado esta caja de hermosas joyas.

Toda la familia la contempló muda y aterrada, pero ella tenía un aire muy solemne y muy serio.

En seguida, dando media vuelta, les precedió a través del hueco de la pared y bajaron por un corredor secreto.

Washington les seguía llevando una vela encendida que cogió de la mesa. Por fin, llegaron a una gran puerta de roble, erizada de recios clavos.

Virginia la tocó y entonces la puerta giró sobre sus goznes enormes, y se hallaron en una habitación estrecha y baja, con el techo abovedado y que tenía una ventanita.

Junto a una gran argolla de hierro empotrada en el muro, y a la cual estaba encadenado, veíase un largo esqueleto, extendido cuan largo era sobre las losas.

Parecía estirar sus dedos descarnados como intentando llegar a un plato y a un cántaro de forma antigua, colocados de tal forma que no pudiese alcanzarlos.

El cántaro había estado lleno de agua indudablemente, pues tenía su interior tapizado de moho verde.

Sobre el plato no quedaba más que un montón de polvo.

Virginia se arrodilló junto al esqueleto, y uniendo sus manitas, se puso a rezar en silencio, mientras la familia contemplaba con

asombro la horrible tragedia cuyo secreto acababa de serle revelado.

—¡Atiza!—exclamó de pronto uno de los gemelos, que había ido a mirar por la ventanita queriendo adivinar hacia qué lado del edificio caía aquella habitación.—¡Atiza! El antiguo almendro que estaba seco ha florecido. Se ven admirablemente las hojas a la luz de la luna.

—¡Dios le ha perdonado!—dijo gravemente Virginia levantándose. Y un magnífico resplandor parecía iluminar su rostro.

—¡Eres un ángel!—exclamó el duquesito, ciñéndole el cuello con sus brazos y besándola.

VII

Cuatro días después de estos curiosos sucesos, a eso de las once de la noche, salía un fúnebre cortejo de Canterville-House.

El carro iba arrastrado por ocho caballos negros, cada uno de los cuales llevaba adornada la cabeza con un gran penacho de plumas de avestruz, que se balanceaban.

La caja de plomo iba cubierta por un rico paño de púrpura, sobre el cual estaban bordadas en oro las armas de los Canterville.

A cada lado del carro y de los coches marchaban los criados, llevando antorchas encendidas.

Toda aquella comitiva tenía un aspecto grandioso e impresionante.

Lord Canterville presidía el duelo; había venido del país de Gales expresamente para asistir al entierro y ocupaba el primer coche con la pequeña Virginia.

Después iban el ministro de los Estados Unidos, y su esposa, y detrás Washington y los tres muchachos.

En el último coche iba mistress Umney. Todo el mundo convino en que, después de haber sido atemorizada por el fantasma por espacio de más de cincuenta años, tenía realmente derecho a verle desaparecer para siempre.

Cavaron una profunda fosa en un rincón del cementerio, precisamente bajo el tejo centenario; y dijo las últimas oraciones del modo más patético, el reverendo Augusto Dampier.

Una vez terminada la ceremonia, los criados, siguiendo una antigua costumbre establecida en la familia Canterville, apagaron sus antorchas.

Luego, al bajar la caja a la fosa, Virginia se adelantó colocando encima de ella una gran cruz hecha con flores de almendro, blancas y rojas.

En aquel momento salió la luna de detrás de una nube e inundó el cementerio con sus silenciosas oleadas de plata; y de un bosquecillo cercano se elevó el canto de un ruiseñor.

Virginia recordó la descripción que le hizo el fantasma del jardín de la Muerte; sus ojos se llenaron de lágrimas y apenas pronunció una palabra durante el regreso.

A la mañana siguiente, antes que lord Canterville partiese para la ciudad, mistress Otis conferenció con él, respecto de las joyas entregadas por el fantasma a Virginia.

Eran soberbias, magníficas.

Había, sobre todo, un collar de rubíes en antigua montura veneciana, que era un espléndido trabajo del siglo XVI, y el conjunto representaba tal cantidad, que míster Otis sentía vivos escrúpulos en permitir a su hija que se quedase con ellas.

—Milord—dijo el Ministro,—sé que en este país se aplica la mano muerta lo mismo a los objetos menudos que a las tierras, y es evidente, evidentísimo para mí, que estas joyas deben quedar en manos de usted como legado de familia. Le ruego, por lo tanto, que consienta en llevárselas a Londres, considerándolas simplemente como una parte de su herencia que le fuera restituída en circunstancias extraordinarias. En cuanto a mi hija, no es más que una chiquilla, y hasta hoy, me complace decirlo, siente poco interés por esas futilezas de lujo superfluo. He sabido igualmente por mistress Otis, cuya autoridad no es despreciable en cosas de arte, dicho sea de paso, pues ha tenido la suerte de pasar varios inviernos en Boston siendo muchacha, que esas piedras preciosas tienen un gran valor monetario, y que si se pusieran en venta producirían una bonita suma. En estas circunstancias, lord Canterville, reconocerá usted, indudablemente, que no puedo permitir que queden en manos de ningún miembro de la familia. Además de que todos esos *bibelots* y todos esos juguetes, por muy apropiados y necesarios que sean a la dignidad de la aristocracia británica, estarían fuera de lugar entre personas educadas según los severos principios, según los inmortales prin-

cipios, pudiera decirse, de la sencillez republicana. Quizás me atrevería a asegurar que Virginia tiene gran interés en que la deje usted la cajita que encierre esas joyas en recuerdo de las locuras y de los infortunios de su antepasado. Y como esa caja está muy vieja y por consiguiente deterioradísima, quizás encuentre usted razonable acoger favorablemente su petición. En cuanto a mí, confieso que me sorprende grandemente ver a uno de mis hijos demostrar interés por una cosa de la edad media, y la única explicación que le encuentro es que Virginia nació en un barrio de Londres al poco tiempo de regresar mistress Otis de una excursión a Atenas.

Lord Canterville escuchó imperturbable el discurso del digno ministro, atusándose de vez en cuando su bigote gris, para ocultar una sonrisa involuntaria.

Una vez que hubo terminado míster Otis. le estrechó cordialmente la mano, y contestó:

—Mi querido amigo, su encantadora hijita ha prestado un servicio importantísimo a mi desgraciado antecesor. Mi familia y yo la estamos reconocidísimos por su maravilloso valor, y por la sangre fría que ha demostrado. Las joyas la pertenecen sin duda alguna, y, creo a fe mía, que si tuviese yo la suficiente insensibilidad para quitárselas. el viejo tunante saldría de su tumba al cabo de quince días, para infernarme la vida. En cuanto a que sean joyas de familia, no podrían serlo sino después de estar especificadas como tales en un testamento, en un acto legal; y la existencia de estas joyas permaneció siempre ignorada. Le aseguro que son tan mías como de su mayordomo. Cuando Miss Virginia sea mayor, le aseguro que le encantará tener cosas tan lindas que llevar. Además, míster Otis, olvida usted que adquirió el inmueble y el fantasma bajo inventario. De modo que todo lo que pertenece al fantasma le pertenece a usted. A pesar de las pruebas de actividad que ha dado Sir Simon por el corredor, no por eso deja de estar menos muerto desde el punto de vista legal, y su compra le hace a usted dueño de lo que le pertenecía a él.

Míster Otis se quedó muy preocupado ante la negativa de lord Canterville, y le rogó que reflexionara nuevamente en su decisión; pero el excelente Par se mantuvo firme y terminó por convencer al ministro de que aceptase el regalo del fantasma.

Cuando, en la primavera de 1890, la duquesita de Cheshire fué presentada por primera vez en la recepción de la reina, con motivo de su casamiento, sus joyas fueron motivo de general admiración. Porque Virginia fué agraciada con el tortil o lambrequín (1) de baronía, que se otorga como recompensa a todas las americanitas juiciosas, y se casó con su novio en cuanto éste tuvo la edad para ello.

Eran ambos tan agradables y se amaban de tal modo, que a todo el mundo le encantó aquel matrimonio, menos a la vieja marquesa de Dumbleton, que venía haciendo todo lo posible por atrapar al duquesito y casarle con una de sus siete hijas.

Para conseguirlo, dió lo menos tres grandes comidas costosísimas.

Cosa rara: míster Otis sentía una viva simpatía personal por el duquesito; pero, teóricamente, era enemigo del *particularismo*, y, según sus propias palabras, "era de temer que, entre las influencias debilitantes de una aristocracia ávida de placer, fueran olvidados los verdaderos principios de la sencillez republicana".

Pero nadie hizo caso de sus observaciones, y cuando avanzó por la nave de la iglesia de San Jorge, en Hanover-Square, llevando a su hija del brazo, no había hombre más orgulloso en toda Inglaterra.

Después de la luna de miel, el duque y la duquesa regresaron a Canterville Chase, y al día siguiente de su llegada, por la tarde, fueron a dar una vuelta por el cementerio solitario, próximo al pinar.

Al principio les preocupó mucho lo relativo a la inscripción que debía grabarse sobre la losa fúnebre de Sir Simón, pero concluyeron por decidir que se pondrían simplemente las iniciales del viejo gentilhombre y los versos escritos en la ventana de la biblioteca.

La duquesa llevaba unas rosas magníficas que desparramó sobre la tumba; después de permanecer allí un rato, pasearon por las ruinas del claustro de la antigua abadía.

La duquesa se sentó sobre una columna caída, mientras su marido, recostado a sus pies, y fumando un cigarrillo contemplaba sus lindos ojos.

(1) Cinta que enlaza alrededor de una corona, y es la insignia de barón.—(N. del T.)



"...veíase un largo esqueleto extendido cuan largo era sobre las losas."

De pronto, tiró el cigarrillo, y cogiéndole una mano, le dijo:

—Virginia, una mujer no debe tener secretos con su marido.

—Y no los tengo, querido Cecil.

—Sí los tienes—respondióle sonriendo.—No me has dicho nunca lo que sucedió mientras estuviste encerrada con el fantasma.

—Ni se lo he dicho nunca a nadie—replicó gravemente Virginia.

—Ya lo sé; pero bien me lo podías decir a mí.

—Cecil, te ruego que no me lo preguntes. No puedo realmente decírtelo. ¡Pobre Sir Simon! Le debo mucho. Sí, no te rías, Cecil, le debo mucho, realmente. Me hizo ver lo que es la vida. lo que significa la muerte y por qué el amor es más fuerte que la muerte.

El duque se levantó para besar amorosamente a su mujer.

—Puedes guardar tu secreto mientras posea yo tu corazón—dijo a media voz.

—Siempre fué tuyo.

—Y se lo dirás algún día a nuestros hijos, ¿verdad?

Virginia se ruborizó.



AÑO I

Nº 5

PHAROS

Revista mensual ilustrada

MAYO 1912

50 Céntimos



LOLA VELA

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES

EL GIGANTE

DE OSCAR WILDE

Todas las tardes, al volver de la escuela, acostumbraban los niños á jugar en el jardín del gigante.

Era un gran jardín solitario, cubierto de suave césped verde. Aquí y allá, entre el césped, bellas flores brillaban como estrellas, y había doce duraznos que en la primavera floreaban en delicadas inflorescencias blancas y rosadas, y en otoño cargaban hermosos frutos.

Los pájaros se posaban en los árboles y cantaban tan deliciosamente, que los niños interrumpían el juego para escuchar.

— ¡Cuán dichosos somos aquí! — se decían unos á otros.

Un día regresó el gigante.

Habíase ido á visitar á su amigo el ogro de Cornualles, y habíase pasado siete años con él. Al cabo de los siete años, habiendo dicho cuanto tuviera que decir, porque su conversación tenía un límite, resolvió volver á su castillo.

Al llegar, vió que los niños invadían el jardín.

— ¿Qué hacéis aquí? — gritó con voz avinagrada.

Y los niños huyeron.

— Mi jardín es solo mío — prosiguió el gigante—. Todo el mundo debe comprenderlo, y nadie, sino á mí, permitiré la entrada.

Lo rodeó, pues, de un alto muro, y colocó sobre éste un aviso:

«Se prohibe la entrada, bajo pena de acusación.»

Era un gigante muy egoísta.

Los pobres niños no tenían ya lugar de recreo.

Trataron de jugar en el camino: pero el camino estaba lleno de polvo y de piedras duras, y no fué de su agrado.

Acostumbraron entonces, cuando la lección concluía, á pasear en torno del alto muro y hablar del hermoso jardín cerrado.

— ¡Qué dichosos éramos! — se decían unos á otros.

Llegó en tanto la primavera, y en toda la región hubo florecitas y pajarillos.

Sólo en el jardín del gigante egoísta persistía el invierno.

Los pájaros no se cuidaban de cantar en él desde que no había niños, y los árboles olvidaron florecer.

Una vez una linda flor alzó la cabeza sobre el césped; mas, al mirar el aviso, tanto se entristeció pensando en los chiquillos, que volvió á dejarse caer en tierra y se durmió.

Los únicos que se regocijaron fueron el hielo y la nieve.

— La primavera ha olvidado este jardín — se decían —. Vamos, pues, á vivir en él por todo un año.

Invitaron al viento del Norte á pasar una temporada. Aceptó y vino. Llegó cubierto de pieles. Rugía el día entero en el jardín y derribaba las chimeneas.

— Es un lugar delicioso—exclamaba—. Pediremos al granizo que nos haga una visita.

Y llegó también el granizo.

Todos los días, tres horas seguidas, tamborileaba en el techo del castillo, y entonces hacía la ronda del jardín tan presto como podía.

Estaba vestido de gris y su aliento era de hielo.

— ¡No comprendo porqué tardará tanto la primavera!—decía el gigante egoísta cuando desde la ventana miraba su jardín, blanco y glacial. — Quisiera que cambiara el tiempo.

Pero la primavera no venía, ni el estío tampoco.

A todos los jardines llevaba el otoño frutos de oro, mas no tenía ninguno para el jardín del gigante.

— Es demasiado egoísta — dijo.

Y había siempre invierno en la casa del gigante, y el viento del Norte y la nieve y el hielo y el granizo danzaban entre los árboles.

Una mañana el gigante, ya despierto, permanecía en el lecho, cuando oyó una música deliciosa. Tan dulce sonó á sus oídos, que supuso pasasen por allí los músicos del rey.

En realidad, era uu chorlito que cantaba á su ventana; pero desde tanto tiempo atrás no oía el canto de un pájaro en su jardín, que le pareció la más bella música del mundo.

Entonces el granizo dejó de danzar sobre la cabeza del gigante y el viento del Norte también dejó de rugir. Un delicioso perfume llegó hasta él, á través de la vidriera entornada.

— Creo que al fin llegó la primavera— se dijo.

Y el gigante saltó del lecho y miró. Miró un extraño espectáculo. Por una brecha del muro habíanse colado los niños al jardín, y se habían trepado á las ramas de los árboles. En todos los árboles que podía ver, había un chiquillo; y tan felices eran los árboles con soportar nuevamente á los niños, que estaban cubiertos de flores y agitaban graciosamente sus brazos sobre las cabezas infantiles.

Los pájaros volaban de una rama á otra y charloteaban con embeleso, y las flores sacaban las cabezas de las hierbas y reían.

En un solo rincón duraba aún el invierno, en el más lejano del jardín.

Allí estaba un pequeñito. Tan pequeño, que no pudo alcanzar las ramas del árbol y daba vueltas alrededor, llorando amargamente.

El pobre árbol estaba todo cubierto de nieve, y el hielo se tendía á sus pies, y el viento del Norte lo azotaba.

— Sube — decía el árbol.

Y le tendía las ramas hasta abajo cuanto podía; mas el chico era demasiado pequeño.

El corazón del gigante se oprimió cuando lo hubo visto.

— ¡Cuán egoísta he sido! — pensó. — Ahora sé ya porqué no ha querido venir la primavera. Subiré á aquel niño á la cima de él, derribaré el muro, y mi jardín siempre servirá de recreo para los niños.

Y se arrepentía verdaderamente de lo que había hecho.

Entonces bajó las escaleras, abrió suavemente la puerta de entrada y se dirigió al jardín.

Pero apenas le vieron los chicuelos, se aterrorizaron tanto, que emprendieron la fuga, y el jardín volvió á ser invernal.

Sólo el más pequeño no había huido, porque llenos de lágrimas estaban sus ojos y no pudo ver que el gigante se acercaba.

Y el gigante se deslizó tras de él, lo tomó delicadamente en brazos, y lo subió al árbol.

Y el árbol floreció al punto; los pájaros vinieron á posarse en él y cantaron, y el niño echó los brazos al cuello del gigante y lo besó.

Y los otros niños, así que vieron que el gigante no era ya malo, acudieron, y con ellos acudió la primavera.

— Vuestro es el jardín desde ahora, pequeños — dijo el gigante.

Y con una enorme hacha derribó el muro.

Y cuando las gentes se dirigían al mercado, al mediodía, encontraron al gigante que jugaba con los niños en el más bello jardín que se haya visto.

Todo el día estuvieron jugando; y al anochecer fueron á despedirse del gigante.

— ¿Adónde está vuestro compañero — les dijo —, el que yo he trepado al árbol?

Era á él á quien más amaba el gigante, porque lo había besado.

— No sabemos — respondieron los niños. — Se ha marchado.

— Decidle que no deje de venir mañana — recomendó el gigante.

Pero los niños replicaron que no sabían dónde habitaba y nunca antes lo habían visto.

Y el gigante se entristeció del todo.

En las tardes, á la salida de la escuela, los niños venían á jugar con el gigante; mas no volvió á verse á aquel pequeño á quien el gigante amaba. Y era bueno, y los quería á todos; pero echaba de menos á su primer amigo, y con frecuencia hablaba de él.

— ¡Cómo desearía verle!—decía á menudo.

Pasaron los años, y el gigante envejeció, debilitándose. No podía tomar parte en los juegos, permanecía sentado en un gran sillón y miraba á los niños, y admiraba su jardín.

— Tengo flores muy bellas—se decía—. Pero los niños son las más bellas de las flores.

Una mañana de invierno, á tiempo que se vestía, miró por la ventana.

No detestaba ya el invierno: sabía que no es sino el sueño de la primavera y el reposo de las flores.

De súbito se frotó los ojos sorprendido, y miró con atención.

Cierto; era una visión maravillosa.

Al extremo del jardín había un árbol casi cubierto de lindas flores blancas. Sus ramas eran todas de oro; los frutos, de plata, y bajo el árbol estaba el pequeñín á quien amaba.

El gigante bajó de un salto la escalera, transportado de gozo, y penetró al jardín.

Á toda prisa atravesó los prados y se llegó hasta el niño. Y cuando estuvo junto á él, se enrojeció de ira su rostro y le dijo:

— ¿Quién te ha herido?

En las palmas del niño había la huella de dos clavos, y asimismo las había en los pies.

— ¿Quién ha osado herirte? — gritó el gigante—. Dímelo, que traeré una gran espada y lo mataré.

— No—dijo el niño—. Son heridas de amor.

— ¿Qué es?—dijo el gigante.

É invadido de un respetuoso temor, se arrodilló ante el niño.

Y el niño le sonrió, y dijo:

— Me has dejado jugar una vez en tu jardín. Hoy vendrás conmigo al mío, que está en el Paraíso.

Y cuando los niños llegaron aquella tarde, encontraron al gigante muerto bajo el árbol, todo cubierto de blancas flores.

Oscar WILDE.



nazador, diciendo: «Si no os calláis, os rompo la crisma.» Tolstoi exigió explicaciones, y ante la negativa de Turguenieff, le desafió. El duelo, sin embargo, no llegó á efectuarse, porque Turguenieff, recobrada la calma, envió una carta de disculpa.

Los amigos de Turguenieff han negado que éste pronunciara la expresión soez que se le atribuye en el relato (suavizada en nuestra traducción), pero Tolstoi, según la *Revue Suisse*, ha confirmado la autenticidad de la narración.

***

Un cuento de Oscar Wilde.—Andrés Gide, que ha dedicado á Oscar Wilde un interesante estudio lleno de recuerdos personales, reconoce que si no fuera por su conversación, Oscar Wilde hubiera quedado entre sus amigos con la consideración debida á un talento vulgar; sus escritos, en efecto, valen poco, y su prestigio es principalmente debido al encanto de su palabra hablada. Por eso su pensamiento revestía á veces bellos disfraces para encantar á su auditorio, como se ve en el cuento siguiente:

«Había en cierta ocasión un hombre á quien querían en su aldea porque contaba cuentos. Todas las mañanas salía del pueblo, y cuando volvía por la noche, todos los trabajadores del pueblo, fatigados de su labor diaria, se reunían en derredor suyo, y decían: Vamos, cuenta: ¿qué es lo que has visto hoy?—El contaba:—He visto en el bosque un fauno que tocaba la flauta y que hacía bailar á un corro de pequeños gnomos.—Sigue contando: ¿qué has visto?—decían los hombres.—Cuando llegué á la orilla del mar, vi tres sirenas, al borde de las olas, que peinaban con peines de oro sus verdes cabellos.—Y los hombres le querían porque les contaba cuentos.

»Una mañana dejó, como todas las mañanas, su aldea, y he aquí que cuando llegó á orillas del mar vió tres sirenas, tres

sirenas al borde de las olas, que peinaban con peines de oro sus verdes cabellos. Y como prosiguiera su paseo, vió al llegar cerca del bosque un fauno que tocaba la flauta en un corro de gnomos... Aquella noche, cuando volvió á su pueblo, le preguntaron, como las demás noches:—¿Qué has visto?—Y el respondió:—No he visto nada.»

Fernando Araujo

JUNIO 7 1913.

CARAS Y CARETAS

AÑO XVI. NUM. 766.

Cerrado por votación

La mayoría. — ¡Todavia pesamos mucho!...
La minoría. — ¡Sí; pero hemos dejado al descubierto muchas erratas!



Dib. de Málaga Grenet.

EL PRÍNCIPE FELIZ



RRIBA, dominando la ciudad, sobre una alta columna, estaba la estatua del Príncipe Feliz. Era toda dorada, cubierta con delgadas láminas de oro fino; tenía por ojos dos relucientes zafiros; y un gran rubí rojo brillaba en la empuñadura de su espada.

Todos la admiraban mucho.

— Es tan hermoso el Príncipe como un gallo de veleta — hizo notar uno de los consejeros municipales, que deseaba ganar fama de tener gustos artísticos; — sólo que no es tan útil, — agregó, temeroso de que el pueblo le juzgara poco práctico, lo que en realidad no era.

— ¿Por qué no eres como el Príncipe Feliz? — preguntó una madre sensible a su nene, que lloraba por la luna. — El Príncipe Feliz ni piensa siquiera en llorar por nada.

— Me place que haya en el mundo alguien completamente feliz, — murmuró un desengañado, al mirar por primera vez la maravillosa estatua.

— Parece un ángel — dijo un Espósito, saliendo de la catedral, con su sotanilla roja y su blanca y limpia sobrepelliz.

— ¿Cómo lo sabes? — le preguntó el Maestro de Matemáticas, — nunca los has visto.

— ¡Ah! Es que a los ángeles los vemos en sueños, — contestó el chico; y el Maestro de Matemáticas frunció el ceño y le miró severamente, porque no le gustaba que los niños soñaran.

Un día, al caer la tarde, voló sobre la ciudad una pequeña Golondrina. Sus compañeras se habían ido a Egipto hacía seis semanas; pero ella se había quedado atrás porque se había hecho muy amiga de la Caña más hermosa. La había encontrado en los comienzos de la primavera, mientras volaba río abajo, en persecución de una gran mariposa amarilla, y la sedujo tanto su esbelto talle, que se detuvo para hablar con ella.

— ¿Quiéres que seamos buenos amigos? — preguntó la Golondrina, que no gustaba de circunloquios, y la Caña se inclinó elegantemente. Después, la Golondrina voló varias veces en torno de la Caña, rozando el agua con las alas, que levantaban plateada espuma. Esa era su manera de manifestarse satisfecha, y su amistad duró todo el verano.

— Es un cariño ridículo — murmuraban las otras Golondrinas — la Caña es pobre y además tiene muchos parientes — y, en efecto, el rio estaba lleno de Cañas. Después, cuando llegó el otoño, todas las Cañas fueron arrastradas por el río.

La Golondrina quedó sola con su amiga y empezó a aburrirse de ella.

— No sabe conversar — decía — y temo mucho que sea coqueta, porque siempre está flirteando con el viento. Y, en verdad, hacia donde quiera que el viento soplara, la Caña le hacía las más graciosas cortesías. Reconozco que es muy casera — continuaba diciendo la Golondrina — pero a mi me gusta viajar y mi amiga, por lo tanto, debe amar también los viajes.

— ¿Quiéres venir conmigo? — le preguntó por fin; pero la Caña movió negativamente la cabeza; estaba arraigada a su hogar. Te has estado burlando de mí — le gritó la Golondrina. Me voy a las Pirámides. ¡adiós! — y emprendió el vuelo.

Voló todo el día, y al caer la tarde, llegó a la ciudad.

— ¿En dónde pasaré la noche? — se preguntó. Espero que la ciudad me ofrecerá alojamiento.

Entonces vió la estatua en la alta columna.

— Me instalaré allí — pensó — es un lindo sitio, con mucho aire. Y se acostó precisamente entre los pies del Príncipe Feliz.

— Tengo un dormitorio dorado — se decía a sí misma, mirando en torno y preparándose a dormir; pero precisamente cuando iba a meter la cabeza debajo del ala, sintió que le caía encima una gran gota de agua.

— ¡Cosa curiosa! — exclamó — no hay una sola nube en el cielo, las estrellas están todas claras y brillantes, y, sin embargo, está lloviendo. El clima del norte de Europa es verdaderamente temible. A la Caña le gustaba la lluvia; pero es que era una egoista.

Cayó otra gota.

— ¿Para qué sirve una estatua si no puede guarecerla a una de la lluvia? Me voy a buscar una chimenea — y la Golondrina se preparó para volar otra vez.

Pero antes de que hubiera abierto las alas, cayó una tercera gota. Entonces, miró para arriba y vió... ¡Ah! ¡Lo que vió!

Los ojos del Príncipe Feliz estaban llenos de lágrimas, y lágrimas corrían por sus doradas mejillas. Su rostro aparecía tan hermoso a la luz de la luna, que la pequeña Golondrina se llenó de lástima.

— ¿Quién eres? — dijo.

— Soy el Príncipe Feliz.

— Y entonces, ¿por qué lloras? — preguntó la Golondrina. Me has mojado completamente.

— Cuando estaba vivo y tenía un corazón humano — contestó la estatua — no sabía lo que eran las lágrimas, porque vivia en el Palacio de Sinpenas, al cual no se permite entrar a la tristeza. Durante el día, jugaba con mis compañeros en el jardín, y en la noche dirigía los bailes en el Gran Salón. El jardín estaba rodeado por una muralla muy alta; pero nunca me atreví a preguntar lo que había más allá, porque todo lo que veía era muy hermoso. Mis cortesanos me llamaban el Príncipe Feliz, y efectivamente era feliz, si el placer es la felicidad. Así viví y así morí. Y ahora que estoy muerto, me han puesto aquí, tan alto, que puedo ver toda la fealdad y toda la miseria de mi ciudad, y aunque mi corazón es hecho de plomo, no puedo, sin embargo, dejar de llorar.

— ¡Cómo! ¿No es de oro macizo? — se dijo la Golondrina.—Era demasiado bien educada para hacer en voz alta alguna observación de carácter personal.

— Allá, lejos — continuó diciendo la estatua, con su baja voz musical — muy lejos, en una callejuela, hay una pobre casa. Una de las ventanas está abierta, y por ella veo una mujer sentada en una mesa. Tiene el rostro flaco y fatigado, y rudas manos rojas, todas picadas por la aguja, porque

es costurera. Está bordando flores de la pasión en un vestido de seda que la más hermosa de las damas de honor de la reina llevará en el próximo Baile de la Corte. En una cama, en un rincón de la pieza, yace un niño enfermo. Tiene fiebre y quiere naranjas. Su madre no tiene sino agua del río que darle, y el niño llora. Golondrina, Golondrina, pequeña Golondrina, ¿quiéres llevarles el rubí de la empuñadura de mi espada? Tengo los pies clavados en este pedestal y no puedo moverme.

— Me están esperando en Egipto — dijo la Golondrina. — Mis amigas vuelan sobre el Nilo y conversan con las flores de loto. Pronto irán a dormir en la tumba del Gran Rey. El Rey mismo está allí, en su pintado ataúd. Está envuelto en género amarillo de hilo, y embalsamado con especias. En el cuello tiene una cadena de esmeraldas verde pálido, y sus manos parecen hojas secas.

— Golondrina, Golondrina, pequeña Golondrina, — repuso el Príncipe — ¿no quieres pasar conmigo una noche y ser mi mensajera? El niño está tan sediento y la madre está tan triste...

— No me gustan mucho los niños — replicó la Golondrina. — El verano pasado, cuando me paseaba por el río, dos chicos groseros, los hijos del molinero, me tiraban siempre piedras. Nunca me acertaron, por supuesto, las golondrinas volamos demasiado bien para eso y, además, yo soy de una familia famosa por su agilidad; pero de todos modos era una falta de respeto.

Pero el Príncipe Feliz parecía tan triste que la pequeña Golondrina también se entristeció.

— Aquí hace mucho frío — dijo — pero pasaré una noche contigo y seré tu mensajera.

— Gracias, pequeña Golondrina, — dijo el Príncipe.

Luego la Golondrina sacó el gran rubí de la espada del Príncipe, y voló con él en el pico sobre los techos de la ciudad.

Pasó por la torre de la catedral, en donde hay ángeles esculpidos en mármol blanco. Pasó por el Palacio y oyó los rumores de un baile. Una hermosa muchacha se asomó a un balcón con su novio.

— ¡Qué maravillosas son las estrellas — dijo el joven — y cuán maravilloso es el poder del amor!

— Espero que mi vestido estará concluído para el Baile de la Corte — contestó la muchacha. — He ordenado que lo adornen con flores de la pasión bordadas; pero las costureras son tan perezosas...

Pasó la Golondrina sobre el río, y vió los faroles balanceándose en los mástiles de los buques. Pasó por el Ghetto y vió a los viejos judíos negociando unos con otros y pesando su dinero en balanzas de cobre. Por fin, llegó a la pobre casa y miró. El niño tosía angustiosamente en su cama, y la madre se había quedado dormida, de cansada que estaba. Entró la Golondrina y dejó el gran rubí en la mesa, al lado del dedal de la mujer. Luego voló gentilmente hacia la cama, y empezó a abanicar la frente del niño con las alas.

— ¡Qué fresco siento! — dijo el niño. — Debo estar mejor; y cayó en una deliciosa somnolencia.

Después, la Golondrina emprendió el vuelo de regreso, y le contó al Príncipe lo que había hecho.

— Es curioso — observó en seguida, — pero ahora siento calor, a pesar de que hace frío.

— Es porque has hecho una buena acción — dijo el Príncipe. — Y la pequeña Golondrina empezó a pensar, y a poco se quedó dormida. El pensar siempre llama al sueño.

Al rayar el alba, voló al río y tomó un baño.

— ¡Qué notable fenómeno! — exclamó el profesor de Ornitología, que pasaba por el puente. — ¡Una golondrina en invierno!

Y escribió una larga carta sobre el particular al periódico de la localidad. Todo el mundo habló de ella, que estaba llena de palabras que nadie entendía.

— Esta noche me voy a Egipto — pensaba la Golondrina,—y la espectativa la llenaba de contento. Visitó todos los monumentos públicos, y permaneció largo rato en la aguja del campanario de la Iglesia. Algunos gorriones volaron en torno suyo, gorjeando: — ¡Qué forastera tan distinguida! — y gozó mucho con eso.

Cuando la luna salió, volvió a donde el Príncipe Feliz.

— ¿Tienes algo que mandar para Egipto? — le preguntó. — Ahora mismo me voy.

— Golondrina, Golondrina, pequeña Golondrina, — dijo el Príncipe, — ¿por qué no te quedas conmigo una noche más?

— Me esperan en Egipto, — contestó la Golondrina. — Mañana mis compañeras estarán volando sobre la segunda Catarata. Allá, los hipopótamos duermen entre las plantas del río, y en un gran trono de granito está sentado el Dios Memnon. Toda la noche mira las estrellas, y cuando brilla la estrella de la mañana, lanza un grito de alegría y después se queda silencioso. A media noche, leones dorados van a la orilla del río a beber. Tienen ojos que parecen grandes aguamarinas, y su rugido es más fuerte que el rugido de la catarata.

— Golondrina, Golondrina, pequeña Golondrina, — dijo el Príncipe, — allá lejos, al otro lado de la ciudad, veo un joven en una boardilla. Está inclinado sobre una mesa cubierta de papeles, y a su lado, en un vaso, hay un ramillete de violetas marchitas. Tiene el pelo obscuro y crespo, y los labios rojos como una granada. Quiere concluir un drama para el director del teatro; pero tiene mucho frío y no puede escribir más. En la chimenea no hay fuego y el hambre le ha puesto pálido.

— Me quedaré contigo una noche más — dijo la Golondrina, que efectivamente tenía buen corazón. — ¿Pero en dónde hay otro rubí?

— ¡Ay! No tengo más rubíes, — dijo el Príncipe, — sólo me quedan los ojos. Están hechos de zafiros preciosos, traídos de la India hace mil años. Saca uno y llévaselo. Lo venderá a un joyero y podrá comprar pan y leña y concluir su drama.

— Querido Príncipe, — dijo la Golondrina, — yo no puedo hacer eso, — y rompió a llorar.

— Golondrina, Golondrina, pequeña Golondrina, — dijo el Príncipe, — haz lo que te mando.

Y la Golondrina sacó un ojo al Príncipe y voló a la boardilla del estudiante. Era fácil entrar porque en el techo había un agujero. El joven tenía enterrada la cabeza en las manos, de suerte que no oyó el rumor de las alas del pájaro, y cuando alzó la cabeza, encontró el hermoso zafiro encima de las violetas marchitas.

— Empiezan a apreciarme, — exclamó; — esto debe ser de algún gran admirador. Ahora puedo concluir mi drama.

Y parecía completamente feliz.

Al día siguiente la Golondrina fué a pasear al puerto. Se posó en el mástil de un barco muy grande y vió a los marineros izando de las bodegas, con cuerdas, grandes cajones. «Pesan estos diablos», gritaban a cada cajón que sacaban. «Yo me voy a Egipto», gritó la Golondrina; pero nadie la entendió, y cuando salió la luna, volvió adonde el Príncipe Feliz.

— Vengo a decirte adiós — le dijo.

— Golondrina, Golondrina, pequeña Golondrina, — dijo el Príncipe, — ¿no te quedarás otra noche conmigo?

— Ya estamos en invierno — contestó la Golondrina — y pronto caerá la nieve. En Egipto, el sol es cálido sobre las verdes palmeras, y los cocodrilos se tienden en el lodo y miran perezosamente en torno suyo. Mis compañeras están construyendo un nido en el Templo de Baalbec, mientras los claveles les miran y las palomas blancas, arrúllanse unas a otras. Querido Príncipe, debo dejarte; pero nunca te olvidaré, y en el próximo verano, te traeré dos hermosas piedras en reemplazo de las que has dado. El rubí será más rojo que una rosa roja, y el zafiro será tan azul como el inmenso mar.

— Abajo, en la plaza — dijo el Príncipe — hay una chicuela vendedora de fósforos. Los fósforos se le han caído al canal y ya no sirven. Su padre le pegará si no llega a la casa con algunas monedas, y la chicuela llorará. No tiene zapatos ni medias, y lleva la cabecita desnuda. Sácame el otro ojo y dáselo, para que su padre no le pegue.

— Pasaré contigo una noche más — dijo la Golondrina — pero no puedo sacarte el otro ojo. Te quedarías completamente ciego.

— Golondrina, Golondrina, pequeña Golondrina, — dijo el Príncipe — haz lo que te mando.

La Golondrina le sacó el otro ojo al Príncipe, y voló con él. Descendió sobre la chicuela y le dejó caer la joya en la palma de la mano.

— ¡Qué lindo vidriecito! — gritó la chicuela, y se fué a su casa, riendo.

La Golondrina volvió adonde el Príncipe.

— Ahora estás ciego — le dijo — y me quedaré para siempre contigo.

— No, pequeña Golondrina — dijo el Príncipe. — Debes ir a Egipto.

— Me quedaré siempre contigo — dijo la Golondrina, — y se durmió a los pies del Príncipe.

Todo el día siguiente lo pasó en el hombro del Príncipe, contándole historias de lo que había visto en extrañas tierras. Le habló de los ibis rojos, que, formados en largas filas a las orillas del Nilo, cogen peces dorados con el pico; de la Esfinge, que es tan vieja como el mundo mismo, y vive en el desierto, y no sabe nada; de los mercaderes que caminan lentamente al lado de sus camellos, y llevan cuentas de ámbar en las manos; del Rey de las montañas de la Luna, que es negro como el ébano y adora un enorme cristal; de la gran serpiente verde que duerme en una palmera, y tiene veinte sacerdotes que la alimentan con panes de miel; de los pigmeos que, en un extenso lago, navegan en anchas hojas sutiles, y están siempre en guerra con las mariposas.

— Querida pequeña Golondrina — dijo el Príncipe — tú me hablas de cosas maravillosas; pero más maravilloso que todo es el sufrimiento de los hombres y de las mujeres. No hay Misterio tan grande como la Miseria. Vuela por la ciudad, pequeña Golondrina, y dime lo que veas.

Y la Golondrina tendió el vuelo sobre la gran ciudad, y vió a los ricos gozando en sus hermosas casas, mientras los mendigos se acurrucaban en las puertas. Voló por callejuelas obscuras, y vió pálidas caritas de niños hambrientos que buscaban algo en las negras calles. Debajo del arco de un puente, dos niños abrazados procuraban calentarse el uno al otro. — «¡Qué hambre tenemos!», decían. «¡Fuera de ahí!», les gritó el vigilante, y tuvieron que seguir vagando bajo la lluvia.

Volvió la Golondrina a donde el Príncipe, y le dijo lo que había visto.

— Estoy cubierto de láminas de oro fino — dijo el Príncipe. — Sacámelas, una por una, y dáselas a mis pobres. Los vivos creen siempre que el oro puede hacerlos felices.

La Golondrina sacó una tras otra las láminas de oro fino, hasta que el Príncipe Feliz quedó completamente opaco y gris. Llevó una tras otra las láminas de oro fino a los pobres, y las caritas de los niños se pusieron encarnadas, y rieron y jugaron sus juegos en las calles.—«¡Ya tenemos pan!», gritaban.

Luego cayó la nieve, y después de la nieve vino el hielo. Las calles parecían como si estuvieran hechas de plata, tan blancas y brillantes estaban; largos carámbanos, que parecían de cristal, pendían de los aleros de las casas; toda la gente andaba envuelta en pieles; y los chicos, con gorritas escarlatas, patinaban en el hielo.

La pobre pequeña Golondrina, sentía más y más frío; pero no quería separarse del Príncipe. Lo amaba mucho. Picoteaba migas a la puerta de la panadería cuando el panadero no la veía, y procuraba entrar en calor agitando las alas.

Pero, al fin, conoció que se moría. Tuvo apenas fuerza para volar una vez más al hombro del Príncipe.

— ¡Adiós, querido Príncipe! — balbuceó. — ¿Quierés permitirme que te bese la mano?

— Mucho me place que, por fin, te vayas a Egipto — dijo el Príncipe. — Has permanecido demasiado tiempo aquí; pero dame un beso en los labios, porque te amo.

— No es a Egipto a donde voy — dijo la Golondrina. — Me voy a la Casa de la Muerte. La Muerte es hermana del Sueño, ¿verdad?

Y besó al Príncipe Feliz en los labios, y cayó muerta a sus pies.

En ese instante un extraño crugido sonó en el interior de la estatua, como si algo se hubiera roto. El hecho es que el corazón de plomo se había partido en dos. El frío, en realidad, era terrible.

A la mañana siguiente, muy temprano, el alcalde paseaba, abajo, en la plaza, en compañía de dos consejeros municipales. Al pasar frente a la columna, el alcalde alzó la vista y miró la estatua.

— ¡Amigo mío! — exclamó. — ¡Qué feo está el Príncipe Feliz!

— ¡Qué feo, en verdad! — repitieron ambos consejeros municipales, que siempre estaban de acuerdo con el alcalde; y continuaron mirando.

— El rubí se le ha caído de la espada, no tiene ojos, y el dorado se le ha ido — dijo el alcalde. — Lo cierto es que casi parece un mendigo.

— Casi parece un mendigo — dijeron los dos consejeros municipales.

— ¡Y hay un pájaro muerto a sus pies! — continuó el alcalde. — Hay que dictar un decreto para prohibir a los pájaros que se mueran allí. — Y el secretario municipal tomó nota de la idea.

Concluyeron por quitar la estatua.

— Como ya no es hermosa, ya no es útil — dijo el profesor de Artes de la Universidad.

Luego fundieron la estatua, y el alcalde citó a la Municipalidad para resolver qué se hacía con el metal.

— Debemos tener otra estatua, por supuesto — dijo — y será una estatua de mi mismo.

— De mi mismo — repitieron los consejeros municipales, y se pelearon. La última vez que oí hablar de ellos todavía estaban discutiendo.

— ¡Qué extraño es esto! — dijo el capataz de los obreros de la fundición. — Este corazón roto, de plomo, no se funde. *Tirémoslo.*

Y lo arrojaron a un montón de basura en donde yacía también la Golondrina.

— Tráeme las dos más preciosas cosas de la ciudad — dijo Dios a uno de sus Angeles; y el Angel llevó el corazón de plomo y el pájaro muerto.

— Han escogido bien — dijo Dios — porque en mi jardín del Paraíso este pajarito cantará eternamente, y en mi ciudad de oro, dirá mis alabanzas el Príncipe Feliz.

OSCAR WILDE.

⊙⊙⊙

EL TALISMÁN

I



LA noche estaba fría y húmeda, pero en la salita de la *villa* Laburman las persianas estaban echadas y el fuego ardía alegremente en la chimenea. Padre é hijo jugaban al ajedrez, y el primero, que tenía ideas propias radicalísimas acerca de este juego, exponía su rey a peligros tan terribles e innecesarios, que su esposa, sentada al amor de la lumbre, dejaba de cuando en cuando su calceta para comentarlos.

— ¿Oyes el viento? — dijo Mr. White, que acababa de advertir un error fatal, cuando ya era demasiado tarde y quería impedir que su hijo lo viese.

— Ya oigo — contestó éste sin apartar la vista del tablero, al mismo tiempo que movía sus peones. — ¡Jaque!

—No creo que venga esta noche—repuso el padre.

— ¡Mate! — replicó el hijo.

— Esto es lo malo que tiene vivir tan lejos — murmuró Mr. White, con repentina e inesperada violencia. — De todos los sitios feos y extraviados este es el peor. La senda es un pantano y el camino un lodazal. No sé en qué está pensando la gente. Se creen que porque no hay más que dos casas alquiladas en este camino las cosas deben dejarse tal y como están.

— No te enfades — dijo su esposa con dulzura, — quizás ganes en este juego que viene.

Mr. White la miró, al mismo tiempo que la madre y el hijo cambiaban una mirada de inteligencia. Las palabras murieron en sus labios e hizo una mueca.

— Ahí está — dijo Herbert White al oir que la puerta de entrada se cerraba.

El anciano se levantó con hospitalario apresuramiento, abrió la puerta, salió al pasillo y habló con el recién llegado, lamentándose de la inclemencia del tiempo. El recién llegado se lamentó también de aquella circunstancia y entró en la salita, precedido por Mr. White. Era un hombre de elevada estatura, ojos grandes y cara rubicunda.

— El sargento mayor Morris — dijo Mr. White, presentándole.

El sargento estrechó las manos de la madre y del hijo, y, ocupando el sitio que le ofrecían junto a la chimenea, esperó con semblante satisfecho a que su huésped trajese whiskey y colocase en el fuego una pequeña cacerola.

Al tercer vaso de *punch* sus ojos se animaron y empezó a hablar, contemplado por la familia, que observaba con gran interés a aquel visitante de lejanas tierras, que contaba escenas terroríficas de guerras y epidemias, de pueblos raros.

— Hace veintiún años — dijo Mr. White, dirigiéndose a los suyos, — cuando se marchó, era un chiquillo. Miradle ahora.

— No parece haber sufrido mucho — dijo cortésmente Mrs. White.

— De buena gana iría yo a la India — repuso el viejo, — nada más que por ver qué es aquello.

— Más vale que se quede usted aquí — dijo el sargento, moviendo la cabeza. Dejó el vaso vacío en el platillo y suspiró.

— Me gustaría ver aquellos templos con sus faquires y juglares — prosiguió el viejo. — ¿Qué empezó usted a contarme el otro día de una pata de mono?

— Nada — replicó apresuradamente el soldado, — nada que merezca la pena.

— ¿La pata de un mono? — preguntó curiosamente Mrs. White.

— Sí, es una de esas cosas que aquí se llaman mágicas — contestó distraídamente el sargento.

Sus tres oyentes se inclinaron hacia él. El visitante, distraído, se llevó a la boca el vaso vacío, y al verlo púsolo en la bandeja. Su huésped volvió a llenarlo.

— A primera vista — dijo el sargento, echando mano a un bolsillo — no parece más que una pata ordinaria, seca, como una momia.

Sacó una cosa del bolsillo y la enseñó. Mrs. White se echó hacia atrás con disgusto, pero su hijo cogió el objeto y lo examinó con interés.

— ¿Y qué tiene esto de particular? — preguntó

UNA OBRA PÓSTUMA DE OSCAR WILDE

LA SANTA CORTESANA
ó
LA MUJER CUBIERTA DE ALHAJAS

He aquí los términos en que Mr. Robert Ross, el amigo fiel y ejecutor testamentario de Oscar Wilde, se expresa á propósito de *La Santa Cortesana*, de cuya obra publicamos hoy los únicos fragmentos encontrados entre los papeles póstumos del célebre escritor inglés:

"En la época del proceso de Wilde, el manuscrito casi completo de *La Santa Cortesana* fué confiado á la conocida novelista Mrs. Leverson, la cual en 1897 fué á París á devolvérselo á Wilde.

Olvidó éste la única copia casi inmediatamente en un coche de punto, y á los pocos días me escribía informándome en broma de la pérdida y añadiendo que un coche de punto era el lugar que le convenía. Ya he explicado el desdén con que miraba sus obras en sus últimos años, aunque no abandonaba sus muchos proyectos de escribir otras. Todas mis tentativas para encontrar la obra perdida fueron vanas. Los pasajes que quedan los encontré en unas hojas volantes de un primer borrador. Tiene alguna analogía con *Salomé*, aunque fué escrita en inglés. Desenvuelve la teoría favorita de Wilde, á saber: que

si uno convierte á otro á una idea, pierde su fe en esa idea.

El mismo argumento está tratado en *Mr. W. H.* El eremita Honorio se enamora de la cortesana que ha ido á tentarle y le revela el secreto del amor de Dios. En seguida ella se hace cristiana y es asesinada por unos bandidos. Honorio se vuelve á Alejandría á continuar una vida de placer."

La escena representa un rincón de un valle de la Tebaida. A la derecha hay una caverna. Delante de la caverna se alza un gran crucifijo. A la izquierda dunas de arena. El cielo azul; las colinas, de arena rojiza. Aquí y allá en las colinas, algunas matas de espinos.

Primer hombre.—¿Quién es? Me da miedo. Tiene un manto de púrpura y sus cabellos son como hilos de oro. Creo que es la hija del Emperador. He oído decir á los bateleros que el Emperador tiene una hija que usa un manto de púrpura.

Segundo hombre.—Tiene alas de pájaro sobre sus sandalias y su túnica es del color del trigo verde. Se asemeja al trigo de la primavera, cuando se queda de pie inmóvil. Cuando se mueve se parece al trigo naciente que obscurecen las sombras de los halcones. Las perlas sobre su túnica parecen lunas.

Primer hombre.—Son como los astros que se ven en el agua cuando el viento sopla de las colinas.

Segundo hombre.—Pienso que es una de las diosas. Creo que viene de la Nubia.

Primer hombre.—Estoy seguro de que es la hija del Emperador. Sus uñas están teñidas con beleño. Son como los pétalos de una rosa. Viene aquí á llorar por Adonis.

Segundo hombre.—Es una de las diosas. No sé por qué ha dejado su templo. Las diosas no deberían dejar sus templos. Si nos habla no le respondamos y pasará.

Primer hombre.—No nos hablará. Es la hija del Emperador.

Mirrina.—¿No vive aquí el joven y hermoso eremita que no quiere mirar la cara de la mujer?

Primer hombre.—En verdad, aquí es donde mora ese eremita.

Mirrina.—¿Por qué no quiere mirar el rostro de la mujer?

Segundo hombre.—No lo sabemos.

Mirrina.—¿Por qué tampoco vosotros me miráis?

Primer hombre.—Estáis cubierta de piedras preciosas y deslumbráis nuestros ojos.

Segundo hombre.—Quien mira al sol se queda ciego. Sois demasiado brillante para nuestras miradas. No es prudente mirar lo que brilla demasiado. Muchos sacerdotes en los templos están ciegos y tienen esclavos que los guían.

Mirrina.—¿Dónde está el joven y hermoso eremita que no quiere mirar el rostro de la mujer? ¿Tiene una casa de rosas ó de arcilla ó duerme en la pendiente de la colina? ¿Hace su lecho en los espinos?

Primer hombre.—Habita esa caverna de ahí abajo.

Mirrina.—¡Vaya un sitio para vivir!

Primer hombre.—En otro tiempo vivía en ella un centauro. Cuando llegó el eremita, el centauro lanzó un grito penetrante, lloró y gimió y huyó á lo lejos galopando.

Segundo hombre.—No. Era un unicornio blanco quien vivía en la caverna. Cuando vió venir al eremita, el unicornio se arrodilló y le adoró. Muchas gentes lo vieron adorándole.

Primer hombre.—Yo he hablado con gentes que lo vieron.

. . . .

Segundo hombre.—Algunos dicen que era un leñador y que se alquilaba para trabajar.

. . . .

Mirrina.—¿Entonces, qué Dios adoráis vosotros? Hay gentes que no tienen dioses que adorar. Los filósofos que gastan las barbas largas y los mantos obscuros no tienen Dios que adorar. Se querellan entre ellos bajo el pórtico. El (......) se ríe de ellos.

Primer hombre.—Nosotros adoramos siete dioses. No podemos decir sus nombres. Es cosa muy peligrosa decir los nombres de los dioses. Nadie debe decir nunca el nombre de su Dios. Ni aun los sacerdotes que alaban los dioses todo el

día y comen de sus alimentos con ellos los llaman por sus verdaderos nombres.

Mirrina.—¿Dónde están los dioses que vosotros adoráis?

Primer hombre.—Los ocultamos en los pliegues de nuestras túnicas. No los enseñamos á nadie. Si los mostrásemos á alguien podría quitárnoslos.

Mirrina.—¿Dónde los habéis encontrado?

Primer hombre.—Nos fueron dados por un embalsamador de muertos que los encontró en una tumba. Le servimos durante siete años.

Mirrina.—Los muertos son terribles; yo tengo miedo de la Muerte.

Primer hombre.—La Muerte no es una diosa. No es más que la servidora de los dioses.

Mirrina.—Es la única diosa que yo temo. ¿Habéis visto muchos dioses?

Primer hombre.—Hemos visto muchos. Se les ve principalmente por la noche. Pasan dulcemente cerca de nosotros. Una vez vimos dioses al despuntar la aurora. Atravesaban una llanura.

Mirrina.—Una vez, al pasar por la plaza del mercado, oí decir á un sofista de Sicilia que no había más que un Dios. Lo decía delante de mucha gente.

Primer hombre.—Eso no puede ser verdad. Nosotros hemos visto muchos, aunque no seamos sino humilde gente sin importancia. Cuando los vi me oculté en un espino. No me hicieron ningún daño.

....

Mirrina.—Decidme algo más sobre el joven y hermoso eremita que no quiere mirar el rostro de la mujer. ¿Cuál es la historia de sus días? ¿Qué género de vida lleva?

Primer hombre.—No te comprendemos.

Mirrina.—¿Qué hace el joven y hermoso eremita? ¿Siembra ó cosecha? ¿Cultiva un jardín ó coge peces con anzuelo? ¿Teje el lino? ¿Prepara la carreta de madera y anda detrás de los bueyes?

Segundo hombre.—Como es un santo hombre, no hace

nada. Nosotros somos humildes hombres sin importancia. Trabajamos al sol todo el día. A veces el sol es bien duro.

Mirrina.—¿Le nutren los pájaros del aire? ¿Comparten los chacales su botín con él?

Primer hombre.—Cada noche le traemos alimento. No creemos que le nutran los pájaros del aire.

Mirrina.—¿Por qué le alimentáis? ¿Qué provecho obtenéis al obrar así?

Segundo hombre.—Es un hombre muy santo. Un dios, á quien ha ofendido, lo ha vuelto loco. Creemos que ha ofendido á la Luna.

Mirrina.—Id y decidle que alguien que ha llegado de Alejandría desea hablarle.

Primer hombre.—No nos atrevemos á decírselo. A esta hora ruega á su Dios. Te suplicamos que nos perdones por no ejecutar tus órdenes.

Mirrina.—¿Le tenéis miedo?

Primer hombre.—Le tenemos miedo.

Mirrina.—¿Por qué le tenéis miedo?

Primer hombre.—No lo sabemos.

Mirrina.—¿Cuál es su nombre?

Primer hombre.—La voz que le habla por la noche en la caverna le llama Honorio. Ese mismo nombre le dieron los tres leprosos que un día pasaron por ahí. Creemos que su nombre es Honorio.

Mirrina.—¿Para qué le llamaron los tres leprosos?

Primer hombre.—Para que los curara.

Mirrina.—¿Los curó?

Segundo hombre.—No. Habían cometido un pecado; por esta razón estaban leprosos. Sus manos y sus caras eran como de sal. Uno de ellos llevaba una máscara de lino. Era el hijo de un rey.

Mirrina.—¿Cuál es la voz que le habla por la noche en la caverna?

Primer hombre.—No lo sabemos. Creemos que es la voz de su Dios. Porque no hemos visto á ningún hombre entrar en esa caverna ni salir.

. . . .

Mirrina.—Honorio.

Honorio (desde el interior).—¿Quién llama á Honorio?

Mirrina.—Ven, Honorio.

....

Mi alcoba está artesonada de cedro y embalsamada de mirra. Las columnas de mi cama son de cedro y las colgaduras de púrpura. Mi lecho está cubierto de púrpura y los escalones son de plata. Los broches de las colgaduras son granadas de plata, y los escalones de plata están barnizados con azafrán y mirra. Mis amantes colocan guirnaldas en los pilares de mi casa. Por la noche vienen con tocadores de flauta y de arpas. Me cortejan con manzanas, y sobre el dintel de mi verjel escriben mi nombre con vino.

De las más lejanas partes del mundo llegan mis amantes. Los reyes de la tierra vienen hasta mí y me traen ricos presentes.

Cuando el Emperador de Bizancio oyó hablar de mí, dejó su cámara de pórfido y dió á la vela sus galeras. Los esclavos no trajeron antorchas, á fin de que nadie supiera su llegada. Cuando el Rey de Chipre oyó hablar de mí me envió sus embajadores. Los dos reyes de Libia, que son hermanos, me trajeron presentes de ámbar. Arrebaté su efebo á César, y lo hice mi compañero de juegos. Vino á mi casa en una litera. Estaba pálido como un Narciso, y su cuerpo era como de miel.

El hijo del Prefecto se mató en mi honor, y el Tetrarca de Sicilia se flageló por mi gusto delante de mis esclavos.

El Rey de Hierápolis, que es un sacerdote y un bandido, extendió tapices para que yo pasara.

A veces me siento en el circo y los gladiadores combaten debajo de mí. Una vez un tracio que era mi amante, fué preso en la red. Di la señal para que muriera, y el teatro aplaudió. A veces atravieso el gimnasio y miro á los jóvenes luchar ó correr. Sus cuerpos están brillantes de aceite, y sus frentes están coronadas de ramas de sauces y de mirtos. Patinan sobre la arena cuando luchan y cuando corren, y la arena les sigue como una pequeña nube. Aquel á quien sonrío, deja á sus compañeros y me sigue á mi casa. Otras veces bajo al puerto y miro á los comerciantes descargando sus navíos. Los que vienen de

Tiro traen mantas de seda y pendientes de esmeralda. Los que vienen de Marsella traen mantas de lana fina y pendientes de bronce. Cuando me ven se colocan en las proas de sus navíos y me llaman; pero yo no les respondo. Voy á las tabernas donde los marineros están todo el día bebiendo, y me siento con ellos. Hice del Príncipe un esclavo, y de su esclavo que era un tirio, mi señor durante toda una luna. Puse un anillo ficticio en su dedo y le llevé á mi casa. Tengo en mi casa maravillosas cosas.

El polvo del desierto cubre vuestros cabellos, y vuestros pies están desgarrados por los espinos y vuestro cuerpo está enrojecido por el sol. Venid conmigo, Honorio, y os vestiré con túnica de seda. Embalsamaré vuestro cuerpo con mirra y verteré bálsamo sobre vuestros cabellos. Os adornaré con jacintos y pondré miel en vuestra boca. El amor...

Honorio.—No hay otro amor que el amor de Dios.

Mirrina.—¿Quién es ese cuyo amor es más grande que el de los mortales?

Honorio.—Es Aquel que ves sobre la Cruz, Mirrina. Es el Hijo de Dios y nació de una virgen. Tres sabios que eran reyes le llevaron presentes, y los pastores que dormían en las colinas fueron despertados por una gran luz.

Las Sibilas conocieron Su venida. Los bosquecillos y los oráculos hablaron de El. David y los profetas Lo anunciaron No hay amor como el amor de Dios, ni ningún amor puede comparársele.

El cuerpo es vil, Mirrina. Dios te resucitará con un nuevo cuerpo que no conocerá la corrupción, y habitarás en la Corte del Señor y verás Aquel cuyos cabellos son como la lana fina y cuyos pies son de bronce.

Mirrina.—La belleza...

Honorio.—La belleza del alma crece hasta que puede ver á Dios. Por esto, Mirrina, arrepiéntete de tus pecados. El arrepentimiento condujo al Paraíso al ladrón que fué crucificado cerca de El.

Mirrina.—¡Qué extrañamente me habla y con qué desprecio me mira! Me pregunto por qué me habla así.

....

Honorio.—Mirrina, las conchas han caído de mis ojos y desde ahora veo claramente lo que antes no veía. Condúceme á Alejandría y hazme gustar tus siete pecados.

Mirrina.—No te burles de mí ni me digas palabras tan amargas. Me he arrepentido de mis pecados y buscaré una caverna en el desierto donde yo también pueda habitar á fin de que mi alma se haga digna de ver á Dios.

Honorio.—El sol se pone, Mirrina. Vente conmigo á Alejandría.

Mirrina.—Yo no iré á Alejandría.

Honorio.—Adiós, Mirrina.

Mirrina.—Adiós, Honorio. No, no te vayas.

....

He maldecido mi belleza por lo que ha hecho y maldigo el esplendor de mi cuerpo por el daño que os ha hecho.

Señor, este hombre me lleva á Tus pies. Me habla de Tu venida á la tierra, de la maravilla de Tu nacimiento y también de la gran maravilla de Tu muerte. Por él, ¡oh Señor! Tú me fuistes revelado.

Honorio.—Hablas como una niña, Mirrina, y sin saber. No juntes las manos. ¿Por qué has venido á este valle con tu belleza?

Mirrina.—El Dios que tú adoras me ha conducido aquí á fin de que pueda arrepentirme de mis iniquidades y conocerle como nuestro Señor.

Honorio.—¿Por qué me has tentado con tus palabras?

Mirrina.—Para que tú pudieras ver el Pecado bajo su máscara pintada, y mirar la Muerte en su vestido de Vergüenza.

OSCAR WILDE.

LAS CORTESANAS GRIEGAS

Por EMILE DESCHANEL

TERCERA PARTE

XLV

Para acabar de estudiar las cortesanas griegas bajo sus diversos aspectos, necesitamos ahora desflorar ó espumar dos pequeñas colecciones que nos han dejado dos escritores griegos, Luciano y Alcifrón, y que son extremadamente curiosas.

Son éstas los *Diálogos* y las *Cartas* de cortesanas. Los primeros son obra de Luciano; las segundas de Alcifrón. Una y otra obra han sabido poner en escena hetairas de todas clases, de la manera más picante, más viva y más real.

Imagínese algo así como la colección de las *Lorèttes* de Gavarni, en griego.

Los *Diálogos de hetairas* son en número de quince. Recorrámoslos rápidamente.

XLVI

Lo que va á encontrarse en ellos no es, como en las poesías de Safo, la pasión, el delirio, la llama; es la observación de las costumbres, la verdad de los caracteres, la finura, el espíritu cómico.

EL CUMPLEAÑOS DE LA INFANTA

CUENTO

Era el día aniversario del nacimiento de la infanta. Cumplía doce años, y el sol iluminaba brillantemente los jardines del palacio.

Aunque fuese una verdadera princesa é infanta de España, no celebraba su natalicio sino una vez al año, lo mismo que las demás hijas de los pobres; de suerte que era cosa importante que el país entero tuviese un hermoso día con tal motivo. Y era verdaderamente un hermoso día. Las esbeltas tulipas abigarradas se erguían en sus tallos, como largas filas de soldados, y desafiaban, desde el otro lado del césped, á las rosas, diciendo: «¡Ahora somos tan espléndidas como vosotras!» Las mariposas purpúreas voltejeaban aquí y allí, con polvillo de oro en sus alas, visitando una por una todas las flores; las lagartijas se deslizaban afuera de las resquebrajaduras de la pared y se dejaban cocer en la luz blanca; y las granadas se abrían y crujían por el calor, dejando al descubierto sus corazones rojos. Hasta los limones, de un amarillo pálido, que colgaban á racimos sobre los enrejados ruinosos y á lo largo de las sombrías arcadas, parecían tomar un color más rico del maravilloso esplendor del sol, y las magnolias abrían sus grandes flores de marfil en forma de globos é impregnaban el aire de un perfume penetrante y suave.

La princesita iba y venía por el terrado con sus compañeras y sus compañeros, y jugaba al escondite alrededor de los jarrones de piedra y de las viejas estatuas recubiertas de musgo. En los días ordinarios, le era permitido solamente ju-

gar con niños de su propio rango, de suerte que había de jugar siempre sola; pero el día de su cumpleaños constituía una excepción, y el rey había dado órdenes para que ella invitase á todas aquellas amiguitas y á todos aquellos amiguitos suyos que desease ver á su lado para divertirse con ella. Había en aquellos esbeltos niños españoles, mientras correteaban por aquí y por allí, cierta gracia majestuosa: los muchachos, con sus grandes sombreros empenachados y sus cortas capas flotantes; las niñas, alzando las colas de sus largos trajes de brocado y preservándose los ojos de la viva claridad del sol mediante anchos abanicos en negro y plata. Pero la infanta era la más graciosa de todas y la mejor vestida, con arreglo á la moda un tanto embarazosa de la época. Su traje era de raso gris, con el borde y las mangas de amplios bullones pesadamente bordados de plata, y con el rígido peto todo guarnecido de filas de hermosas perlas. Dos diminutos chapines, con gruesas rosetas de color de rosa, parecían dirigir una ojeada desde debajo de su falda mientras ella andaba. Rosa y perla era su gran abanico de gasa, y en sus cabellos, que rodeaban como una aureola de oro su carita, llevaba una bella rosa blanca.

Desde una ventana del palacio, el rey, melancólico, les miraba. Tras él se hallaba su hermano Don Pedro de Aragón, al que odiaba, y su confesor, el Gran Inquisidor de Granada, estaba á su lado. Más triste aún que de costumbre estaba el rey, porque mientras contemplaba á la infanta, que se inclinaba con gravedad infantil hacia la asamblea de cortesanos, ó se burlaba, tras su abanico, de la indigesta duquesa de Alburquerque, que siempre la acompañaba, pensaba él en la joven reina, la madre de la infanta, que bien poco tiempo antes—á lo que le parecía—llegaba del alegre país de Francia, y se marchitaba en el sombrío esplendor de la corte de España, justamente seis meses después del nacimiento de su hija, y antes de haber visto florecer dos veces el verjel en donde cogió dos veces los frutos de la vetusta higuera nudosa que se

alzaba en el patio, lleno de hierba ahora. Tan grande fué su amor hacia ella, que no permitió á la tumba que se la ocultara para siempre. Fué embalsamada por un médico moro, que, en recompensa de tal servicio, salvó su vida (porque, por herejía y sospechoso de practicar la magia, se decía que había sido entregado ya al Santo Oficio), y su cuerpo continuaba acostado en el fondo de su ataúd recubierto de tapices, en la capilla de mármol negro del palacio, tal como los frailes le habían allí transportado en aquel día ventoso de Abril, cerca de doce años antes. Una vez al mes, el rey, envuelto en una capa oscura y con una linterna sorda en la mano, iba á la capilla y se arrodillaba junto al féretro, exclamando: «¡Mi reina! ¡Mi reina!» (1); y á veces, rompiendo con las formalidades de la etiqueta que en España rige el menor acto de la vida y pone límites hasta al dolor de un rey, estrujaba, en una loca agonía de desesperación, las pálidas manos ornadas de joyas, y trataba de despertar con sus ansiosos besos el frío rostro húmedo.

En la actualidad le parecía verla aún, tal como la había visto la primera vez en el castillo de Fontainebleau, cuando no tenía él sino quince años y ella era más joven todavía. Fueron oficialmente desposados en aquella ocasión por el nuncio del Papa, en presencia del rey de Francia y de toda la corte, y él volvió á El Escorial, trayéndose consigo un ricito de cabellos rubios y el recuerdo de dos labios infantiles tendidos para besarle la mano, mientras él montaba en su carroza. Después siguió la boda, prematuramente celebrada en Burgos, una pequeña ciudad de la frontera entre ambos países, y la alegre entrada en Madrid, con la habitual celebración de la misa mayor en la iglesia de Atocha, y un auto de fe especialmente solemne, para el cual unos trescientos herejes, y entre ellos numerosos ingleses, fueron entregados al brazo secular con el fin de ser quemados.

Ciertamente, él la había amado con locura, para ruina,

(1) En castellano en el original.

muchos lo pensaban, de su país, que disputaba entonces á Inglaterra la posesión del imperio del Nuevo Mundo. Apenas le había permitido encontrarse nunca fuera del alcance de sus miradas; por ella había olvidado, ó parecía haber olvidado, todos los graves asuntos de Estado, y con esa terrible ceguedad que da la pasión á los que somete á su ley, no había observado que la complicación del ceremonial con el que trataba de agradarle, no hacía sino agravar la extraña enfermedad de que sufría. Cuando murió ella, estuvo él durante un instante como presa de la locura. En verdad, no es dudoso que hubiera formalmente abdicado y se habría retirado al gran monasterio de los trapenses de Granada, del que era ya prior honorario, si no hubiese sido por el temor de dejar á la infantita á merced del hermano de él, cuya crueldad hasta en España era notoria, y que era sospechoso á muchas personas de haber causado la muerte de la reina, ofreciéndole un par de guantes envenenados con ocasión de la visita á su castillo de Aragón. Aun después de finalizar los tres años de duelo público, hizo él proclamar en toda la extensión de sus dominios, por edicto real, la prohibición á sus ministros de que le hablasen de un nuevo matrimonio, con quienquiera que fuese; y cuando el emperador en persona le ofreció la mano de la bella archiduquesa de Bohemia, su sobrina, dijo á los embajadores que respondieran á su amo que el rey de España estaba ya unido con el Dolor, y que, si bien era estéril, lo amaba más que á la belleza; respuesta que costó á la Corona las ricas provincias de los Países Bajos, las cuales, á instigación del emperador, no tardaron en rebelarse, teniendo como jefes á algunos fanáticos de la Iglesia Reformada.

Toda su vida de hombre casado, con sus alegrías fogosas y ardientes, y la terrible agonía de su fin súbito, parecía volver á él mientras miraba á la infanta jugar en el terrado. Tenía ella toda la petulancia de la reina, la misma manera determinada de menear la cabeza, el mismo gesto altivo y bello de la boca, la misma sonrisa maravillosa—verdadera sonrisa de

Francia—al levantar los ojos de cuando en cuando hacia la ventana, ó al dar su manecita á besar á los majestuosos grandes de España. Pero la penetrante risa de los niños hacía daño á sus oídos, el brillo implacable del sol parecía burlarse de su tristeza, y un vago olor de varias especias, como las que emplean los embalsamadores, parecía—¿ó bien era pura imaginación?—flotar en la clara atmósfera matinal. Escondió su cara entre las manos; y cuando la infanta alzó de nuevo los ojos hacia la ventana, las cortinas habían sido corridas y el rey había desaparecido.

Hizo ella un gestecillo de contrariedad y se encogió de hombros. Seguramente hubiera podido permanecer con ella el día de su cumpleaños. ¿Qué importaban los estúpidos negocios del Estado? ¿O bien se había ido á aquella lúgubre capilla, en donde los cirios jamás cesaban de arder, y en donde no le permitían entrar á ella? ¡Valiente tontería por parte de él, cuando el sol brillaba tan espléndidamente y todo el mundo estaba alegre! Y además, iba á faltar al simulacro de una corrida de toros, para el cual había sonado ya el clarín, sin hablar de la representación de marionetas y de todas las otras maravillas. Su tío y el Gran Inquisidor eran mucho más sensatos. Habían salido al terrado para dirigirle bonitos cumplimientos. Movía ella su fina cabeza, y cogiendo á Don Pedro de la mano, bajó lentamente la escalinata hacia un largo pabellón que había sido erigido en la extremidad del jardín, seguida de los otros niños, por orden de alcurnia, marchando delante los que tenían nombres más largos.

***

Una procesión de nobles jovencillos, fantásticamente vestidos de toreros, salió á su encuentro; y el joven conde de Tierra Nueva, un muchacho de unos catorce años, maravillosamente hermoso, descubriéndose con toda la innata gracia de un hidalgo y de un grande de España, la condujo solemnemente á una sillita de oro y de marfil, dispuesta de manera

que dominase el ruedo. Las niñas se agruparon en torno, agitando sus grandes abanicos y hablando en voz baja, y Don Pedro y el Gran Inquisidor se quedaron riendo en la entrada. Hasta la duquesa—la camarera mayor, como la llamaban,—una mujer flaca, de facciones duras, con un lunar amarillo, parecía no estar de tan mal humor como de costumbre, y se hubiera dicho que algo como una sonrisa glacial pasaba por su arrugado rostro y vagaba en sus labios exangües y delgados.

Ciertamente, era una magnífica corrida de toros, mucho más bonita, pensaba la infanta, que la corrida de toros de veras que le habían hecho ver en Sevilla, con motivo de la visita del duque de Parma á su padre. Algunos de los muchachitos evolucionaban sobre caballos de niños con ricos caparazones, blandiendo largas javelinas en las que flotaban alegres guirnaldas de cintas de vivos colores; otros iban á pie, agitando sus capas escarlatas ante el toro, y saltaban prestamente la barrera cuando les acometía; y en cuanto al toro, era de mimbre y cuero curtido, y á veces se obstinaba en correr por el ruedo sobre sus patas traseras, en lo que ningún toro viviente hubiera pensado nunca. Se comportó también magníficamente, y las niñas se animaron hasta el punto de que se pusieron de pie sobre los bancos y agitaron sus pañuelos de encajes, gritando: «¡Bravo toro! ¡Bravo toro!» (1) con la misma seriedad que las personas mayores. Al final, tras una lucha prolongada, en el transcurso de la cual varios caballos fueron atravesados de parte á parte y desmontados sus jinetes, el joven conde de Tierra Nueva obligó al toro á doblar las rodillas; y habiendo obtenido de la infanta el permiso para dar el golpe de gracia, hundió su espada de madera en el cuello del animal, con tal violencia que la cabeza cayó en una pieza, dejando al descubierto la faz riente del señorito de Lorraine, hijo del embajador de Francia en Madrid.

(1) En castellano en el original.

El ruedo quedó entonces vacío en medio de los aplausos, y los cadáveres de los caballos llevados solemnemente por dos pajes moros con libreas amarillas y negras; después, tras un breve intermedio, durante el cual un bailarín francés ejecutó sus habilidades en la cuerda floja, hicieron su aparición unas marionetas italianas en la tragedia semiclásica de *Sofonisbes*, en el escenario de un teatrito que había sido instalado para esta ocasión. Representaban tan bien, y sus gestos eran tan naturales, que al final de la pieza los ojos de la infanta estaban llenos de lágrimas. En verdad, algunas de las niñas lloraron, y hubo que calmarlas dándoles golosinas; el mismo Gran Inquisidor se impresionó de tal manera, que no pudo menos de decir á Don Pedro que le parecía intolerable que personajes hechos sencillamente de madera y trapos de colores, que maniobran merced á unos hilillos, pudiesen ser tan desgraciados y estar expuestos á tan terribles infortunios.

Presentóse en seguida un juglar africano, que llevaba una gran cesta cubierta con un paño rojo; sacó de su turbante una curiosa flauta de caña, en la que se puso á soplar. Poco después el paño comenzó á moverse; y como la flauta daba sonidos cada vez más agudos, dos serpientes verde y oro sacaron sus cabezas extrañas y comenzaron á enderezarse lentamente, balanceándose á un lado y á otro al ritmo de la música, como se balancea una planta en el agua. Los niños, sin embargo, tenían cierto miedo de sus cabezas manchadas y de sus lenguas rápidas, y se sintieron mucho más tranquilos cuando el juglar hizo brotar de la arena del ruedo un minúsculo naranjo, que dió inmediatamente hermosas flores blancas y verdaderos frutos; y cuando cogió el abanico de la nietecita de la marquesa de Las Torres y le cambió en un pájaro azul que se puso á revolotear en torno del pabellón y á cantar, su entusiasmo no conoció límites. También el solemne minué, ejecutado por los pequeños bailarines de la iglesia de Nuestra Señora del Pilar, fué encantador. La infanta no había visto nunca todavía esa magnífica ceremonia que se cele-

bra todos los años ante el gran altar de la Virgen, y en su honor; y en verdad, ningún miembro de la familia real de España había vuelto á entrar en la gran catedral de Zaragoza, desde que un sacerdote atacado de locura, á quien se suponía generalmente vendido á Isabel de Inglaterra, intentó administrar una hostia envenenada al príncipe de Asturias. De suerte que no conocía sino de oídas la «Danza de la Virgen Nuestra Señora», como la llamaban, y verdaderamente era bello el espectáculo. Los niños llevaban antiguos trajes de corte de terciopelo blanco, y sus curiosos tricornios estaban guarnecidos de plata y coronados por grandes plumas de avestruz. La deslumbradora blancura de sus trajes, mientras evolucionaban al sol, se acentuaba más todavía por sus atezados rostros y sus largos cabellos negros. Todo el mundo estaba fascinado por la grave dignidad de sus danzas de complicadas figuras, por la gracia refinada de sus gestos y majestuosas reverencias; y cuando hubieron concluído sus evoluciones y saludado con sus sombreros empenachados á la infanta, ésta les devolvió el saludo con mucha cortesía, é hizo voto de enviar un hermoso cirio á Nuestra Señora del Pilar, á título de agradecimiento, por el placer que le había proporcionado.

Avanzaron en seguida unos bellos egipcios—como se llamaba á los gitanos en aquel tiempo,—y se instalaron en círculo, con las piernas cruzadas en el suelo, y se pusieron á tocar dulcemente la cítara, haciendo seguir á sus cuerpos el ritmo de la música, y canturriando, casi imperceptiblemente, una tonada soñadora y lenta. Cuando vieron á Don Pedro fruncieron el ceño, y algunos parecieron aterrorizados, porque pocas semanas antes había hecho ahorcar á dos ó tres miembros de la tribu, por brujería en la plaza del mercado de Sevilla; pero la linda infanta les cautivó, echada hacia atrás, mirando por encima de su abanico, con sus grandes ojos azules, y tuvieron la impresión plena y completa de que una criatura tan bonita no podría jamás ser cruel para nadie en el mundo. Continuaron, pues, tocando dulcemente, sin pulsar apenas las cuerdas

de las cítaras con sus largas uñas puntiagudas, y sus cabezas comenzaron á vacilar como si fueran á dormirse. De repente, con un grito tan penetrante que todos los niños se sobresaltaron y que Don Pedro empuñó el pomo de ágata de su puñal, se levantaron de un solo salto, y formando una rueda loca dieron vuelta á la arena golpeando sus tamboriles y cantando salvajes canciones de amor en su lengua gutural. Después, á otra señal, se arrojaron de nuevo al suelo y permanecieron así en una inmovilidad completa; solamente el vago zangarreo de las cítaras rompía el silencio. Después de haber repetido esto varias veces, desaparecieron un instante y volvieron trayendo por la cadena á un oso pardo de pelo rubio y que traía á cuestas algunos monos pequeños de Berbería. El oso se tenía de cabeza con la más perfecta gravedad, y los monos sabios hicieron toda clase de habilidades con los dos gitanillos que parecían ser sus amos: combatieron con minúsculos sables de madera, tiraron con el cañón, y maniobraron como verdaderos soldados de la Guardia de Corps del rey. En suma, los egipcios tuvieron un gran éxito.

Pero la más regocijada de las diversiones de la mañana fué sin disputa el baile del Enano. Cuando llegó á regañadientes al ruedo, balanceándose sobre sus piernas torcidas y moviendo á compás su cabeza deforme, los niños prorrumpieron en una carcajada general, y la misma infanta se vió acometida de un tal acceso de hilaridad, que la camarera se creyó obligada á recordarla que, si bien había precedentes en España de que una reina hubiese llorado ante sus iguales, no existían para autorizar á una persona de sangre real el exhibir tanta alegría ante personas de un nacimiento inferior. El Enano, sin embargo, era en realidad completamente risible, y aun en la misma corte de España, reputada siempre por su pasión cultivada de lo horrible, no se había visto nunca un pequeño monstruo hasta tal punto fantástico. Era además su primera aparición. Había sido descubierto la víspera, corriendo salvajemente al través de los bosques, por dos de los señores á quienes

les sucedió cazar en una parte alejada del gran encinar que rodeaba la ciudad, y fué traído por ellos al palacio á título de sorpresa para la infanta, pues el padre, un pobre carbonero, se encontraba harto feliz con desembarazarse de un niño tan feo y tan inútil. Tal vez lo más divertido que había en él era la completa inconsciencia de su grotesco aspecto. Verdaderamente parecía completamente feliz y de excelente humor. Cuando los niños reían, reía él con tanta libertad, con tanta alegría como cualquiera de ellos, y al final de cada baile hacía á cada uno la más chusca de las reverencias, sonriéndoles, saludándoles con la cabeza, exactamente como si hubiera sido uno de ellos y no un mísero sér contrahecho, al que la naturaleza, por algún capricho, había creado para servir de juguete á la burla. En cuanto á la infanta, le fascinaba en absoluto. No podía apartar los ojos de ella, y parecía bailar para ella sola; y cuando, al final de la representación, acordándose de haber visto á las grandes damas de la corte arrojar flores á Caffarelli, el famoso cantor italiano, á quien el Papa había enviado desde su propia capilla á Madrid con la esperanza de curar la melancolía del rey por la dulzura de su voz, cogió de sus cabellos la hermosa rosa blanca, y mitad por juego mitad por hacer rabiar á la camarera, se la arrojó dirigiéndole la más encantadora sonrisa, él tomó la cosa completamente en serio, y, aplicando la flor contra sus rudos labios, se puso una mano en el corazón, y cayó sobre una rodilla ante ella, con una mueca que iba de una oreja á otra, brillando sus ojuelos de placer.

Esto trastornó de tal manera la gravedad de la infanta, que continuó riendo mucho tiempo después de que Enano se hubiera marchado; expresó á su tío el deseo de ver de nuevo el baile. Sin embargo, la camarera, bajo pretexto de que el sol quemaba demasiado, decidió que valía más para su alteza volver sin más tardar al palacio, en donde estaba ya preparada para ella una magnífica comida, en la que había un verdadero pastel de cumpleaños, con sus iniciales en todas partes, en azú-

car de color, y un bello pabellón de plata en el vértice. En consecuencia, la infanta se levantó muy dignamente, y habiendo dado órdenes para que el Enanito bailase de nuevo en su obsequio inmediatamente después de la siesta, y hecho presente al joven conde de Tierra Nueva su agradecimiento por su encantadora recepción, volvió á sus habitaciones, siguiéndola los niños en el mismo orden que á la entrada.

***

Cuando el Enanito supo que había de bailar por segunda vez ante la princesa, y por mandato expreso suyo, se sintió tan orgulloso que corrió al jardín, sin dejar de besar la rosa blanca en un absurdo éxtasis de placer, y haciendo los gestos más extraños y más grotescos.

Las flores estaban absolutamente indignadas de aquella intrusión en su bello dominio; y cuando vieron que corría aquí y allí por los caminos, agitando de una manera ridícula sus brazos por encima de su cabeza, no pudieron contenerse más.

—Es verdaderamente demasiado feo para que se le permita jugar en cualquier lugar en que nosotras nos encontremos—exclamaron las tulipas.

—Debería beber jugo de adormideras, é irse á dormir por un millar de años—dijeron los lirios escarlatas, y se inflamaban de furor.

—¡Es un perfecto horror!—vociferó el cacto.—¡Qué deforme y grotesco es, y qué absolutamente desproporcionada es su cabeza con relación á sus piernas! Realmente siento que todos mis pinchos se me enderezan; y si se acerca, ¡ay de su piel!

—Y tiene verdaderamente en su mano una de mis más bellas flores—exclamó el rosal blanco.—Se la dí yo mismo esta mañana á la infanta, como regalo por su cumpleaños, y se la ha robado.

Y el rosal se puso á gritar:—¡Ladrón, ladrón, ladrón!—tan alto como pudo.

Hasta los rojos geranios, que no acostumbran á darse importancia, y que eran conocidos por la pobreza de sus relaciones, tomaron un aire de disgusto al verle; y cuando las violetas hicieron observar dulcemente que si era ciertamente feo, muy feo, no podía remediarlo, replicaron los geranios, con bastante justicia, que ése era precisamente su principal defecto, y que no había razón alguna para admirar á una persona porque fuese incurable; y, verdaderamente, algunas violetas se dijeron que la fealdad del Enano era casi ostentación, y que hubiera dado pruebas de mejor gusto tomando un aire triste, ó por lo menos pensativo, en lugar de entregarse á saltos de desordenada alegría y descomponerse en actitudes tan grotescas y tan tontas.

En cuanto al viejo cuadrante solar, que era una pesonalidad por extremo notable, y había indicado en otro tiempo la hora del día nada menos que al mismo emperador Carlos V, estaba tan desconcertado por la aparición del Enanito, que casi se olvidó dese ñalar dos plenos minutos con su largo dedo de sombra, y no pudo menos de decir al gran pavo real blanco que se calentaba en la balaustrada, que todos sabían que los hijos de los reyes son reyes y que los hijos de los carboneros son carboneros, y que era absurdo pretender lo contrario; afirmación cuya perfecta exactitud reconoció el pavo real exclamando:—¡Ciertamente, ciertamente!—con voz de tal manera penetrante, que los peces de colores que vivían en el estanque, sobre el que esparcía su chorro el surtidor, sacaron la cabeza fuera de su morada y preguntaron, por amor de Dios, á los grandes tritones de piedra, lo que pasaba.

Sin embargo, los pájaros sentían simpatía hacia él. Le habían visto á menudo en el bosque, danzando aquí y allí, como un diablillo, tras las hojas que giraban, ó bien instalado en cuclillas en el hueco de alguna vieja encina, compartiendo sus nueces con las ardillas. No se ocupaban para nada en saber si era hermoso ó feo. El mismo ruiseñor, que por la noche cantaba tan suavemente en el bosque de naranjos, que á veces se

inclinaba la luna para escucharle, tampoco era muy hermoso; y además, el Enano había sido bueno para ellos, y durante aquel invierno terrible, en el que no se encontraban bayas en los árboles, cuando la tierra estaba dura como el hierro, y los lobos habían bajado hasta las mismas puertas de la ciudad para buscar qué comer, él no les olvidó ni una vez, sino que les distribuyó siempre algunas migajas de su mendrugo de pan negro, y compartió con ellos su comida, por pobre que fuese.

Fueron, pues, á volar y revolotear alrededor de él, rozándole, al pasar, la mejilla con las alas, y charlando entre ellos; y el Enanito se sintió tan satisfecho, que no pudo contenerse y les enseñó la bella rosa blanca, confiándoles que era la misma infanta la que se la había dado, porque le amaba.

Ellos no comprendían ni una sola palabra de lo que decía; pero no importaba nada, porque inclinaban la cabeza á un lado, tomando un aire grave, lo que vale tanto como comprender una cosa, y, ciertamente, es mucho más fácil.

También los lagartos le amaban inmensamente; y cuando estaba cansado de haber corrido por todos lados, y se echaba en la hierba para gustar del descanso, jugaban é iban á hacer sus habilidades cerca de él, tratando de divertirle lo mejor posible.—Todo el mundo no puede ser tan bello como un lagarto—exclamaban;—sería pedir demasiado. Y, aunque esto parezca extraño, no es en realidad tan feo, después de todo, con tal, entiéndase bien, de que se cierre los ojos y no se le mire.—Los lagartos eran en extremo filósofos por naturaleza, y á menudo permanecían horas y horas todos juntos, meditando, cuando no había otra cosa que hacer ó el tiempo era demasiado lluvioso para salir.

Sin embargo, á las flores les enojaba extraordinariamente su conducta y la de los pájaros.—Esto demuestra solamente —dijeron—las malas consecuencias de todo ese vagamundeo. Las gentes bien educadas permanecen siempre en el mismo lugar, como nosotras. Jamás se nos ve correr como locas por los caminos, ó galopar salvajemente por los céspedes para

perseguir á las libélulas. Cuando tenemos necesidad de cambiar de aire, hacemos venir al jardinero y nos transporta á otros cuadros. He aquí una digna manera de conducirse, y como todo el mundo debería obrar. Pero los pájaros y los lagartos no tienen el sentido del reposo, y verdaderamente, los pájaros ni siquiera tienen residencia fija. Son simples vagabundos, como los gitanos, y deberían ser tratados de la misma manera.—Alzaron, pues, la nariz y tomaron un aire de los más altaneros, y su alegría llegó al colmo cuando poco después vieron que el Enanito dejaba con esfuerzo el césped y atravesaba el terrado para volver al palacio.—Deberían, ciertamente, tenerle bajo llave por el resto de los días que la Naturaleza le conceda—dijeron.—Mirad esa joroba de su espalda y lo torcido de sus piernas—y lanzaron una carcajada ahogada.

Pero el Enanito no sabía nada de todo aquello. Amaba á los pájaros y á los lagartos inmensamente, y pensaba que las flores eran las criaturas más maravillosas del mundo entero, salvo, naturalmente, la infanta; pero también ella le había dado la bella rosa blanca, y ella le amaba, y esto era muy diferente. ¡Cuánto deseaba estar de nuevo con ella! Ella le colocaría á su derecha, le sonreiría, y él no la abandonaría nunca, enseñándole toda clase de juegos divertidos. Porque, aun cuando nunca hubiera estado en palacio, sabía muchas cosas, y cosas maravillosas. Fabricaba jaulitas de caña para los grillos, y fabricaba flautas tales como el dios Pan gusta de oir. Conocía el grito de todos los pájaros, y podía llamar desde la copa de los árboles á los estorninos, ó desde el estanque á la garza real. Conocía las sendas de cada animal, y seguía á la liebre por la pista, examinando sus finas huellas, y al jabalí observando el destrozo de su carrera sobre los matorrales. Sabía todos los bailes del viento: el baile rojo del otoño, el baile ligero con sandalias azules sobre los trigos, el baile de blancas guirnaldas de nieve del invierno y la danza florida por los verjeles en primavera. Sabía en dónde construían los nidos las palomas torcaces; y un día que un cazador de pájaros cogió

con lazo al padre y á la madre, crió á los pichones y edificó para ellos un pequeño palomar en el hueco de un olmo. Estaban completamente domesticados, y comían en su mano todas las mañanas. Ella los amaría, y también á los conejos que pululaban entre las altas matas, y á los grajos, con su plumaje azul como el acero y sus picos negros, y á los erizos, que podían ponerse como bolas cubiertas de púas, y á las grandes y graves tortugas, que circulaban lentamente, hocicando y mordisqueando las hojas tiernas. Sí, ciertamente; ella debía ir al bosque á jugar con él. Le daría su propia camita, y él velaría hasta el amanecer para que el ganado cornudo no le hiciese daño, ó que los lobos no se acercasen demasiado á la choza. Y al amanecer llamaría ligeramente en la ventana para despertarla, y saldrían y danzarían juntos todo el santo día. No se sentía en modo alguno la soledad en el bosque. A veces un obispo pasaba en su mula blanca, leyendo en un breviario iluminado. A veces, con sus gorras de terciopelo verde y sus sayos de gamo curtido, cruzaban los halconeros, empuñando los halcones encapuchados. En la época de las vendimias llegaban los pisadores de uva, con sus pies y sus manos encarnados, coronados de hiedra reluciente y llevando odres llenos de vino; y los carboneros se instalaban en círculos en torno de sus inmensos braseros, por la noche, mirando cómo los troncos de leña se transformaban lentamente en carbón de encina, y asando castañas en la cocina; los bandidos salían de sus cavernas é iban á charlar con ellos. Una vez también había visto una hermosa procesión por el largo y polvoriento camino de Toledo. Los frailes iban delante cantando dulcemente y llevando brillantes estandartes y cruces de oro, y después, con armaduras de plata, empuñando picas y arcabuces, venían los soldados, y en medio de ellos marchaban, con los pies descalzos, tres hombres con túnicas amarillas muy extrañas, cubiertas por completo de maravillosas figuras pintadas, y llevando en la mano cirios encendidos. Ciertamente había mucho que ver en el bosque, y cuando la infanta se fati-

gara encontraría para ella un blando asiento de musgo, al que la llevaría en sus brazos, porque era muy fuerte, aunque sabía, sin embargo, que no era muy alto. Le haría un collar de rojas bayas de brionas, que serían tan bonitas como las bayas blancas que tenía en su traje; y cuando ya no le agradaran, no tenía más que tirarlas, y él encontraría otras. Le llevaría bellotas y anémonas llenas de rocío, y gusanitos de luz que brillarían como estrellas en el oro pálido de sus cabellos.

*
* *

Pero, ¿dónde estaba ella? Interrogó á la rosa blanca, y no le dió ninguna respuesta. Todo el palacio parecía dormido, y aun allí en donde no habían sido cerradas las persianas, se habían corrido pesados cortinones para quitar la luz. Circuló de un lado á otro en busca de una entrada, y, por último, descubrió una puertecilla particular que había sido dejada abierta. Se deslizó por aquella puerta y se encontró en una sala espléndida, mucho más espléndida todavía, se dijo con espanto, que el mismo bosque; había allí enorme cantidad de dorados por todas partes, y hasta el piso estaba hecho de grandes piedras de colores, que figuraban, por su ensambladura, una especie de figura geométrica. Pero la infantita no estaba allí; no había más que maravillosas estatuas blancas, que le miraban desde lo alto de sus pedestales de jaspe con ojos vacíos y tristes y una extraña sonrisa en los labios.

En el extremo de la sala colgaba una cortina de terciopelo negro, ricamente bordada, espolvoreada de soles y estrellas, los emblemas favoritos del rey, y del color que prefería. ¿Estaría acaso ella oculta allí detrás? En todo caso, había que verlo.

Se dirigió, pues, á la cortina, y la descorrió. No; había allí otra cámara solamente, pero más hermosa aún, se dijo, que la que acababa de dejar. Las paredes estaban cubiertas por verdes tapices de Arras con muchas figuras, que representaban

una cacería, obra de algunos artistas flamencos que habían empleado más de siete años en componerla. Aquella cámara había sido en otro tiempo la habitación de Juan el Loco, como le llamaban, aquel rey demente que tenía una pasión tal por la caza, que á menudo se imaginaba, en su delirio, cabalgar sobre inmensos corceles encabritados, y derribar al ciervo, sobre el que caían los lebreles, tocando la trompa y apuñalando á visiones de corzos que huían. Estaba destinada actualmente á cámara del Consejo, y sobre la mesa del centro estaban colocadas las rojas carteras de los ministros, con las tulipas de oro de España y las armas emblemas de la casa de Hapsburgo.

El Enanito miraba maravillado en rededor, y tenía cierto temor de seguir adelante. Los extraños jinetes silenciosos, que galopaban tan de prisa por los amplios claros sin hacer el menor ruido, le parecían aquellos terribles fantasmas de que había oído hablar á los carboneros — los Comprachos, que no cazan sino durante la noche, y que si encuentran á un hombre le cambian en cierva y le persiguen. Pero pensó en la bonita infanta, y recobró valor. Quería encontrarse á solas con ella, para decirle que él también la amaba. Tal vez se encontraba en la habitación siguiente.

Corrió sobre lo blando de los tapices morunos, y abrió la puerta. ¡No! tampoco estaba allí. La habitación estaba absolutamente vacía.

Era la sala del trono, destinada á la recepción de los embajadores extranjeros, cuando el rey, lo que no había sucedido sino raras veces desde algún tiempo, consentía en concederles una audiencia personal; la misma sala en la que, muchos años antes, fueron introducidos los enviados de Inglaterra para concluir el arreglo de matrimonio de su reina, entonces una de las soberanas católicas de Europa, con el hijo mayor del emperador. Las paredes estaban cubiertas de cuero de Córdoba dorado, y una pesada araña de plata, con brazos para soportar trescientas luces, descendía del techo blanco y negro. Bajo un

gran dosel de paño de oro, sobre el que los leones y castillos de España estaban bordados de perlas, se alzaba el trono, recubierto de un rico terciopelo negro guarnecido de tulipas de plata. En la segunda grada del trono estaba colocado el reclinatorio de la infanta, con su almohadón de paño de plata, y debajo, en el límite justo del dosel, el sillón para el nuncio del Papa, único que tenía el derecho de permanecer sentado en presencia del rey en toda ceremonia pública, y cuyo sombrero de cardenal, con sus bellotas de escarlata, se encontraba depositado enfrente, sobre un taburete de color de púrpura. En la pared frontera al trono colgaba un retrato, de medio tamaño natural, de Carlos V en traje de caza, con un gran mastín á su lado, y un retrato de Felipe II recibiendo los homenajes de los Países Bajos ocupaba el centro de la otra pared. Entre las ventanas se alzaba una mesa de escritorio de ébano, con incrustaciones de marfil, en la que estaban grabados los personajes de la *Danza Macabra*, de Holbein, por mano, según se decía, del mismo famoso maestro.

Pero el Enanito no se cuidaba para nada de toda aquella magnificencia. No hubiera cambiado su rosa por todas las perlas del baldaquino, ni ningún pétalo por el mismo trono. Lo que quería era ver á la infanta antes de que bajase al pabellón, y pedirla que se fuera con él cuando hubiera concluído de bailar. Allí, en el palacio, el aire estaba encerrado, pesaba; pero en el bosque el viento soplaba libremente, y el sol, con sus manos de oro, apartaba las titilantes hojas. También había flores en el bosque, no tan espléndidas, quizá, como las flores del jardín, pero más perfumadas en todo caso: jacintos de la temprana primavera que llenaban de una púrpura ondulante la frescura de los valles y los verdes oteros; prímulas amarillas que se apelotonaban en pequeños grupos en torno de las sudosas raíces de las encinas; brillantes celandinas, verónicas azules, iris lila y oro. Había candedas grises en los nogales, y las digitales se inclinaban bajo el peso de sus cálices tachonados que llenaban las abejas. Sí, seguramente iría ella, ¡si es

que podía encontrarla! Iría con él al bosque hermoso, y todo el santo día bailaría él para agradar á ella. Una sonrisa iluminó su mirada al pensar esto, y pasó á la siguiente habitación.

De todas, aquélla era la más brillante y la más bella. Las paredes estaban cubiertas de damasco de Luca con flores rosadas, lleno de pájaros y de delicadas flores de plata; el mobiliario era de plata maciza, festoneado con guirnaldas floridas y cupidos balanceándose; ante las dos grandes chimeneas se alzaban amplias pantallas bordadas de loros y pavos reales, y el enlosado, que era de ónice verde mar, parecía prolongarse hasta el infinito. Y no estaba solo. En la semioscuridad de la puerta, al otro extremo de la habitación, veía una figurita que le miraba. Su corazón se puso á temblar; un grito de alegría brotó de sus labios, y avanzó en la luz. Y al avanzar, la figura avanzó igualmente: la veía de lleno.

¡La infanta! Era un monstruo, el monstruo más grotesco que se haya contemplado nunca. Formado, no como todo el mundo, sino con una joroba, las piernas torcidas, una cabeza inmensa y colgante, una crin negra. El Enanito frunció las cejas; el monstruo, igualmente. Rió, y el monstruo rió con él, con sus manos á lo largo del cuerpo, exactamente como las tenía él. Hizo una irónica reverencia, que le fué devuelta. Avanzó, y la figura fué á su encuentro, copiando cada uno de sus pasos, deteniéndose cuando se detenía. Dió un grito de alegría, y tomó carrera tendiendo la mano, y tocó la del monstruo, que estaba fría como el hielo. Sintió que le embargaba el miedo, hizo un ademán de defensa, y el monstruo le imitó al punto. Trató de ir adelante, pero algo suave y duro al mismo tiempo le contuvo. La faz del monstruo estaba ahora contra la suya, y parecía aterrorizada. Bruscamente apartó los cabellos de sus ojos. El monstruo le imitó. Golpeó en su dirección, le devolvió golpe por golpe. Tomó un aire de enfado; el monstruo le hizo horribles gestos. Se volvió; el monstruo, también.

¿Quién era, pues? Reflexionó un momento, y miró en torno de la sala. Era extraño, pero todo parecía doble en aquella invisible pared de agua clara. Sí, los cuadros, los muebles. El fauno dormido que estaba acostado en la alcoba cerca de la puerta, tenía su otro que dormía; y la Venus de plata que se erguía en la luz del sol, tendía los brazos á otra Venus tan hermosa como ella misma.

¿Era Eco? Él había un día llamado á Eco en el valle, y le respondió palabra por palabra. ¿Podía ilusionar la mirada lo mismo que la voz? ¿Podía dar nacimiento á un mundo quimérico exactamente semejante al mundo real? ¿Podían tener color, vida y movimiento las sombras de las cosas? ¿Era que...?

Se estremeció, y apretando contra su pecho la bella rosa blanca, dió media vuelta y la imprimió un beso. ¡El monstruo también tenía una rosa exactamente igual, pétalo por pétalo! Le daba los mismos besos y la oprimía contra su corazón con gestos horribles.

La verdad se hacía luz en él; el Enano dió un grito salvaje de desesperación y cayó sollozando al suelo. Era él el sér deforme y giboso, horrible y grotesco. Era él mismo el monstruo y era de él de quien se habían burlado los niños, y la princesita, en cuyo amor había creído, no había hecho tampoco más que mofarse de su fealdad y reirse de sus piernas torcidas. ¿Por qué no le habían dejado en el bosque, donde no había espejo que le revelase su fealdad? ¿Por qué no le había matado su padre, antes que venderle para su vergüenza? Lágrimas ardientes corrían por sus mejillas, é hizo pedazos la blanca rosa. El monstruo hizo lo mismo y desparramó los delicados pétalos. Se arrastraba por el suelo; y cuando el Enano alzó los ojos hacia él, le miró con un rostro convulsionado por el dolor. Se alejó arrastrándose por temor á verle, y se tapó los ojos con ambas manos. Llegó como una criatura herida á la sombra, y permaneció allí gimiendo.

Y precisamente en aquel mismo momento llegaba la infanta con sus compañeras y sus compañeros de juego al cruce-

ro abierto; y cuando vieron al horrible Enanito en el suelo, golpeando el suelo con sus crispadas manos, con movimientos de una exageración fantástica, hubo una verdadera explosión de risas, y todos hicieron círculo para mirarle.

—El baile era divertido—dijo la infanta,—pero su manera de representar lo es más todavía. En verdad, es casi tan bueno como las marionetas, salvo, por supuesto, la naturalidad que le falta.

Y agitó su gran abanico y aplaudió.

Pero el Enanito no levantaba los ojos; sus sollozos se hacían cada vez más débiles, y de pronto lanzó un extraño suspiro y se llevó la mano convulsivamente á un costado. Después cayó hacia atrás para no volver á moverse.

—Está perfectamente—dijo la infanta después de una pausa,—pero ahora hay que bailar para mí.

—Sí—exclamaron todos los niños,—tienes que levantarte y bailar, porque eres tan malicioso como los monos de Berbería y mucho más divertido.

Pero el Enano no respondía.

Y la infanta se puso á golpear con el pie, y llamó á su tío, que se paseaba en el terrado con el chambelán, leyendo unos despachos acabados de llegar de Méjico, en donde se había establecido el Santo Oficio.

—Mi divertido Enanito se enfurruña; hay que avivarle y decirle que baile para mí.

Los dos hombres cambiaron una sonrisa y llegaron con paso indolente; Don Pedro se bajó y dió un bofetoncito al Enano en la mejilla con su guante bordado.

—Hay que bailar, pequeño monstruo. Hay que bailar. La infanta de España y de las Indias quiere que la diviertan.

Pero el Enanito no se meneaba.

—Que vayan á buscar á maese azotador—dijo Don Pedro con tono de incomodidad, y se volvió al terrado.

Pero el chambelán tomó un aire grave, se arrodilló junto al Enanito y le puso una mano en su corazón. Y á los pocos

momentos se encogió de hombros y se levantó; con una profunda reverencia á la infanta, le dijo:

—Mi bella princesa (1), vuestro divertido Enanito no bailará más. Es un fastidio, porque es tan feo que hubiera podido lograr el distraer al rey.

—¿Pero por qué no ha de bailar más?—preguntó la infanta riendo.

—Porque su corazón se ha roto—respondió el chambelán.

La infanta frunció el ceño, y sus labios, finos como pétalos de rosas, hicieron un bonito gesto de desdén.

—En lo sucesivo, que los que vengan á jugar conmigo no tengan corazón—exclamó, y corrió al jardín.

OSCAR WILDE

(1) En castellano en el original.

AÑO I.-NÚM. 1 200 PAGINAS DE TEXTO ENERO 1919

COSMÓPOLIS

REVISTA MENSUAL

Director: E. GÓMEZ CARRILLO

SUMARIO

PRECIO DEL NÚMERO: 2 PESETAS

SUSCRIPCION POR AÑO

España............. 20 pesetas. Extranjero.......... 25 pesetas.

Concesionaria exclusiva para la venta:

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERIA

Ferraz, 21.—MADRID

DIRÍJASE LA CORRESPONDENCIA AL SECRETARIO DE LA REDACCIÓN

ALFONSO DE SOLA, CALLE DE ALARCÓN, 14, MADRID

SEIS POEMAS INÉDITOS DE OSCAR WILDE

Los seis divinos poemas de Oscar Wilde que damos á continuación, son, según todos los indicios, inéditos, no sólo en castellano, sino hasta en inglés.

La historia de estas primicias es curiosa y vagamente caprichosa ó fantástica, como otras muchas que gustaba de contar el propio Oscar. Nos lo refiere Mr. Ritter, al enviarnos el texto que hoy publicamos.

Todo el mundo sabe que el poeta en sus años de gloria estuvo en España y vivió muchos días en Granada. Allí compró una arqueta moruna, una de esas labores de taracea características del arte árabe y que él afirmaba haber pertenecido á uno de los desventurados Abencerrajes. Sobre ella construyó una leyenda que—como suya—valía más que la historia auténtica de la arquilla.

Lo cierto es que en ella se encontraron luego, después de muerto el vate inglés, esos admirables poemas en prosa. ¿Existen otras versiones de las mismas obras en la lengua original de Wilde? No es probable.

Nosotros, al menos, no conocemos sino el texto que Mr. Ritter nos envía de Granada y que ofrecemos como un regalo precioso á nuestros lectores.

La imagen del Placer.

Una tarde, el deseo vino á su alma de modelar una imagen de *El placer que sólo dura un momento*. Y se fué por el

mundo á buscar bronce. Porque sólo en bronce podía pensar.

Pero todo el bronce del mundo entero había desaparecido; y en ninguna parte, en el mundo entero, podía encontrarse ningún bronce sino el de la imagen de *El dolor que dura siempre.*

Esta imagen la había él mismo modelado con sus propias manos y colocado sobre la tumba de la sola cosa que hubiese amado en su vida. Sobre la tumba de la cosa muerta que él había amado más, había colocado esta imagen formada por él para que ella fuese un signo del amor del hombre, que no muere, y un símbolo del dolor del hombre, que dura para siempre. Y en el mundo entero no había otro bronce, sino el bronce de esta imagen.

Y tomó la imagen que había formado y la puso en un gran horno y la entregó á las llamas.

Y del bronce de la imagen de *El dolor que dura siempre* hizo una imagen de *El placer que sólo dura un momento.*

Parábola.

Era de noche y Él estaba solo. Y vió á lo lejos las murallas de una ciudad circular y caminó hacia la ciudad.

Y cuando estuvo cerca, oyó en la ciudad el ruido de los pies de la alegría y la risa de la boca del placer y el son ruidoso de muchos laúdes.

Llamó á la puerta y ciertos guardianes le abrieron. Y vió una casa que era de mármol y tenía en la fachada hermosos pilares de mármol. En los pilares había guirnaldas suspendidas y dentro y fuera ardían antorchas de cedro. Y Él entró en la casa.

Y cuando hubo atravesado la sala de calcedonia y la sala de jaspe y entró en la larga sala del festín, Él vió tendido sobre un lecho, teñido de púrpura marina, á un hombre cuyos cabellos estaban coronados de rosas y cuyos labios estaban rojos de vino. Y Él se acercó al hombre y, tocándole en el hombro, le dijo:

"¿Por qué vivís así?"

Y el joven se volvió y, reconociéndolo, le contestó y dijo:

"En otro tiempo yo era un leproso y vos me habéis curado. ¿Cómo vivir de otro modo?"

Y Él salió de la casa y se encontró de nuevo en la calle.

Y pocos instantes después, vió á una mujer cuyo rostro y vestidos estaban pintados y los pies los tenía calzados de perlas. Y detrás de ella iba con pasos lentos, como un cazador, un joven que llevaba una capa bicolor.

La cara de la mujer era semejante al hermoso rostro de un ídolo y los ojos del joven centelleaban de deseo.

Y Él siguió con paso rápido y tocó la mano del joven y le dijo:

"¿Por qué miráis así á esta mujer?"

Y el joven se volvió y, reconociéndolo, dijo:

"Antes era yo ciego y vos me habéis dado la vista. ¿Qué podré mirar mejor?"

Y Él siguió adelante y tocó el vestido pintado de la mujer y le dijo:

"¿No hay otro camino por donde tú vayas sino el del pecado?"

Y la mujer se volvió y, reconociéndolo, dijo:

"Vos me habéis perdonado mis pecados y este camino es deleitable."

Y Él salió de la ciudad.

Y cuando estuvo fuera de la ciudad vió sentado al final del camino á un joven que lloraba.

Fué hacia él y tocó los largos bucles de su cabellera y le dijo:

"¿Por qué lloráis?"

Y el joven levantó los ojos, y lo reconoció, y dijo:

"Yo estaba muerto y vos me habéis resucitado de entre los muertos. ¿Qué puedo hacer sino llorar?"

El espejo.

Cuando Narciso murió, el estanque de su placer se trocó de una copa de agua dulce en una copa de lágrimas saladas, y las Orcades llegaron llorando, á través de los bosques, para decirle canciones al estanque y consolarlo.

Y cuando ellas vieron que el estanque se había convertido de una copa de agua dulce en una copa de lágrimas saladas, deshicieron las trenzas verdes de sus cabelleras y clamaron al estanque, diciendo:

"No nos sorprende que lloréis así á Narciso: ¡era tan bello!"

"¿Era bello Narciso?"—dijo el estanque.

"¿Quién puede saberlo mejor que vos?—respondieron las Orcades—. Junto á nosotras pasaba sin detenerse; pero á vos os buscaba; á vuestra orilla se tendía, bajaba sus ojos hacia vos, y en el espejo de vuestra onda miraba su hermosura."

Y el estanque respondió:

"Pero yo amaba á Narciso porque cuando se tendía en mi orilla y bajaba los ojos hacia mí, en el espejo de sus ojos veía yo el reflejo de mi hermosura."

Otra parábola.

Y cuando las tinieblas vinieron sobre la tierra, José de Arimatea, encendiendo una antorcha de pino, bajó de la colina al valle, camino de su casa.

Y, arrodillado sobre los duros guijos del Valle de la Desolación, vió á un joven que estaba desnudo y que lloraba. Era su cabello del color de la miel, y era su cuerpo como una flor blanca; pero tenía el cuerpo herido de espinas, y coronada de cenizas la cabellera.

Y el que poseía grandes bienes dijo al mancebo que estaba desnudo:

"No me asombra que vuestro dolor sea tan grande, porque ciertamente era un justo."

Respondió el joven:

"No lloro por él, sino por mí. Yo también he trocado el agua en vino y he curado al leproso y he devuelto la vista al ciego. Anduve sobre las aguas y arrojé los demonios de los que habitan en las tumbas; alimenté á los hambrientos en el desierto donde no había comida, é hice levantar á los muertos de sus casas estrechas; y, á una orden mía, ante una gran multitud, se secó una higuera estéril. Todas las cosas que ese hombre ha hecho, las hice yo también, y, sin embargo, no me han crucificado."

Allá arriba.

Y hubo un silencio en la Casa del Juicio. Y el Hombre llegó desnudo ante Dios.

Y Dios abrió el Libro de la Vida del Hombre.

Y Dios dijo al Hombre:

"Tu vida ha sido mala y te has mostrado cruel hacia aquellos que tenían necesidad de socorros, y para los que pedían apoyo has sido amargo y duro de corazón. El pobre te ha llamado y no lo has escuchado, y tus oídos se cerraron al grito de Mi afligido. Has guardado para ti tu herencia y has enviado los zorros al campo de tu vecino. Has tomado el pan de los niños y se lo has echado á los perros, y Mis leprosos, que vivían en los pantanos y estaban en paz y Me alababan, los has arrojado á los caminos; y sobre Mi tierra, la tierra que Yo he formado, has derramado la sangre inocente."

Y el Hombre respondió y dijo:

"Sí, eso hice."

Y Dios volvió á abrir el Libro de la Vida del Hombre.

Y Dios dijo al Hombre:

"Tu vida ha sido mala, y la Belleza que Yo he revelado tú la has perseguido, y has pasado cerca del Bien que Yo he ocultado. Las paredes de tu cámara estaban pintadas de imágenes,

y del lecho de tus abominaciones te levantabas al son de las flautas. Has edificado siete altares á los pecados que Yo he sufrido, y has comido de lo que no se debe comer, y la púrpura de tu vestido estaba bordada de los tres signos de la vergüenza. Tus ídolos no eran ni de oro ni de plata, que duran, sino de carne, que muere. Has teñido su cabellera con perfumes y puesto granadas en sus manos. Has teñido sus pies de azafrán y tendido alfombras ante ellos. Con antimonio has teñido sus párpados, y has untado sus cuerpos de mirra. Te has prosternado en tierra ante ellas, y los tronos de tus ídolos estaban colocados en el sol. Has mostrado al sol tu vergüenza y tu locura á la luna."

Y el Hombre respondió y dijo:

"Sí, eso hice."

Y por tercera vez Dios abrió el Libro de la Vida del Hombre.

Y Dios dijo al Hombre:

"Mala ha sido tu vida, y por el mal exigías el bien y por la iniquidad la bondad. Las manos que te han nutrido has herido, y los pechos que te amamantaron has menospreciado. El que vino á pedirte agua se ha vuelto con su sed, y á los perseguidos que te ocultaron en sus tiendas los has traicionado antes del alba. Al enemigo qne te perdonó lo hiciste caer en la emboscada, y al amigo que iba contigo vendiste por una suma de dinero, y á los que te traían el Amor has dado el Libertinaje en cambio."

Y el Hombre contestó y dijo:

"Sí, eso hice."

Y Dios cerró el Libro de la Vida del Hombre y dijo:

"Ciertamente te mandaré al Infierno. Sólo al Infierno te enviaré."

Y el Hombre exclamó:

"No puedes."

Y Dios dijo al Hombre:

"¿Por qué no puedo Yo mandarte al Infierno y por qué razón?"

"Porque nunca dejé de vivir en él" —contestó el Hombre.

Y hubo un silencio en la Casa del Juicio.

Y en seguida Dios habló y dijo al Hombre:

"Viendo que no puedo mandarte al Infierno, te enviaré al Cielo."

Y el Hombre exclamó:

"No puedes."

Y Dios dijo al Hombre:

"¿Por qué no puedo mandarte al Cielo y por qué razón?"

"Porque nunca y en ninguna parte he podido imaginarlo."

Y hubo un silencio en la Casa del Juicio.

El amor de Dios.

Desde su infancia había sido él un hombre lleno del perfecto conocimiento de Dios y, aún adolescente, gran número de santos y santas mujeres que habitaban la libre Ciudad de su nacimiento, se habían visto sobrecogidos de una gran emoción por la grave sabiduría de sus respuestas.

Y cuando sus padres le entregaron la túnica y el anillo de virilidad, él los besó, los dejó y se fué por el mundo á fin de hablarle de Dios. Porque en aquel tiempo había gentes en el mundo que no conocían á Dios y no tenían de El sino un conocimiento imperfecto, ó adoraban falsos dioses que residían en los bosques y no tenían ningún cuidado de sus adoradores. Volvió su rostro hacia el Sol y se puso en camino, los pies desprovistos de sandalias, y llevando en su cinto un saco de cuero y una pequeña calabaza de barro cocido.

Y mientras andaba por el camino, iba lleno de la alegría que viene del perfecto conocimiento de Dios, y cantaba, sin parar, las alabanzas de Dios; y al cabo de algún tiempo llegó á una tierra extranjera donde había numerosas Ciudades.

Y atravesó once Ciudades. Unas se encontraban en los valles, otras á orillas de grandes ríos y otras en las colinas. Y en cada Ciudad encontró un discípulo que lo amó y lo siguió, y una gran multitud de personas le siguieron de cada Ciudad, y el conocimiento de Dios se derramó en toda aquella tierra, y

un gran número de jefes fueron convertidos, y los sacerdotes de los templos que tenían ídolos se encontraron que la mitad de su ganancia había desaparecido, y cuando tocaban sus tambores al mediodía, casi nadie acudía con pavos ú ofrendas de carne, como era costumbre en el país antes de su llegada.

Sin embargo, mientras más le seguía la gente y mayor era el número de sus discípulos, más crecía su tristeza. Y él no sabía por qué su tristeza era tan grande. Porque siempre hablaba de Dios y con la plenitud del perfecto conocimiento de Dios que Él mismo le había dado.

Y una noche salió de la undécima Ciudad, que era una Ciudad de Armenia, y sus discípulos le siguieron con una gran multitud de gentes, y subió á una montaña y se sentó en una roca que había en la cumbre y sus discípulos se pusieron en corro á su alrededor y la multitud se arrodilló en el valle.

Y él ocultó la cabeza entre las manos y lloró y dijo á su alma:

"¿Por qué estoy lleno de tristeza y de temor y por qué veo un enemigo en cada uno de mis discípulos?"

Y su alma le respondió y dijo:

"Dios te llenó del perfecto conocimiento de Él mismo y tú has entregado ese conocimiento á los demás. Tú has fragmentado la perla de gran valor, y has partido en dos la túnica sin costura. El que entrega la sabiduría se roba á sí mismo y es semejante al que da su tesoro á un ladrón. ¿No es Dios más sabio que tú? ¿Quién eres tú para confiar el secreto que Dios te ha confiado? Yo era antes rica y tú me has hecho pobre. Antes veía yo á Dios y ahora me lo has escondido."

Lloró él de nuevo, comprendiendo que su alma le decía la verdad; que él había entregado á los otros el perfecto conocimiento de Dios y, que, como el que se agarra á las faldas de la veste de Dios, su fe lo abandonaba en razón del número de aquellos que creían en él.

Y se dijo:

"No hablaré más de Dios. El que entrega la sabiduría se roba á sí mismo."

Y, transcurridas varias horas, se le acercaron sus discípu-

los diciéndole: "Maestro, háblanos de Dios, tú que posees el perfecto conocimiento de Dios que ningún hombre tiene."

Y él les respondió y dijo:

"Os hablaré de todas las cosas del cielo y de la tierra, pero de Dios no os hablaré. Ni ahora ni nunca os hablaré de Dios."

Ellos, irritados contra él, le dijeron:

"Nos has traído al desierto para que te escucháramos. ¿Nos despedirás hambrientos, y con nosotros á la gran multitud á quien has hecho seguirte?"

El les respondió y dijo:

"No os hablaré de Dios."

Y la multitud murmuró contra él, diciéndole:

"Nos has conducido al desierto y no nos has dado á comer ningún alimento. Háblanos de Dios y eso nos bastará."

Pero él no les dió palabra alguna en respuesta. Porque sabía que, si les hablaba de Dios, entregaba su tesoro.

Y sus discípulos se fueron tristemente, y la multitud de gentes volvió á sus moradas. Algunos murieron en el camino.

Y cuando estuvo solo se levantó y volvió su cara hacia la luna y viajó durante siete lunas sin hablar á nadie y sin dar ninguna respuesta. Y cuando declinó la séptima luna llegó á un desierto, que es el desierto del Gran Río.

Y, encontrando una caverna habitada en tiempos por un centauro, la tomó por morada suya, y, haciendo una estera de juncos para acostarse, se convirtió en ermitaño. Y el ermitaño loaba á Dios á todas horas por haberle permitido conservar algún conocimiento de Él y de Su grandeza maravillosa.

Una noche, pues, que el ermitaño estaba sentado ante la caverna que había hecho su morada, vió á un joven de hermosa cara y maligna que pasaba junto á él pobremente vestido y con las manos vacías. Todas las noches pasaba con las manos vacías, y todas las mañanas volvía con las manos llenas de púrpura y de perlas. Era un ladrón que robaba las caravanas de mercaderes.

Y el ermitaño lo miró y tuvo piedad de él. Pero no le dijo palabra. Porque sabía que el que pronuncia una palabra pierde su fe.

Y una mañana, como el joven volvía llenas la manos de púr-

pura y de perlas, detúvose frunciendo las cejas, y golpeando con el pie en la arena, dijo al eremita:

"¿Por qué me miráis siempre de este modo cuando paso? ¿Qué es lo que veo en vuestros ojos? Porque nadie antes me ha mirado así. Y esto es para mí una espina y un tormento."

Y el ermitaño le respondió y le dijo:

"Lo que veis en mis ojos es la piedad. La compasión es la que os mira por mis ojos."

Y el joven lanzó una carcajada de desprecio y gritó amargamente al eremita, diciéndole:

"Tengo en mis manos púrpura y perlas, y vos no tenéis más que una estera de junco para acostaros. ¿Qué compasión podéis tenerme? ¿Y por qué razón me compadecéis?"

"Tengo piedad de vos—dijo el ermitaño—porque no tenéis conocimiento de Dios."

"¿Y es cosa preciosa ese conocimiento de Dios?"—preguntó el joven aproximándose á la entrada de la caverna.

"Es más preciosa que toda la púrpura y todas las perlas del mundo"—respondió el eremita.

"¿Y vos la poseéis?"—dijo el joven ladrón, y se acercó todavía más.

"Sí, en tiempos—respondió el ermitaño—poseía yo el perfecto conocimiento de Dios. Pero en mi locura me deshice de él compartiéndolo con otros. Ahora mismo, sin embargo, lo que de él me queda es más precioso para mí que la púrpura y las perlas."

Cuando esto oyó, el joven ladrón tiró la púrpura y las perlas que tenía en las manos, y sacando una corva espada de acero cortante, dijo al eremita:

"Dadme ahora mismo ese conocimiento de Dios que poseéis, ú os degüello en el acto. ¿Cómo no mataría yo al que tiene un tesoro más grande que mi tesoro?"

Y el ermitaño abrió sus brazos y dijo:

"¿No será mejor para mí ir á los secretos tabernáculos de Dios y alabarle que vivir en el mundo sin poseer ese conocimiento? Degolladme si queréis, pero no entregaré mi conocimiento de Dios."

Y el joven ladrón se hincó de rodillas y le imploró, pero el eremita no quiso hablarle de Dios ni darle su tesoro. El joven ladrón se levantó y dijo al eremita:

"Sea como vos queréis. Pero yo me voy á la Ciudad de los Siete Pecados, que sólo dista de aquí tres jornadas, y por mi púrpura me darán placer y por mis perlas me venderán alegría". Y recogió la púrpura y las perlas.

Y el eremita lanzó un grito y lo siguió suplicante. Por espacio de tres días siguió al joven ladrón en el camino implorándole para que volviese y no entrara en la Ciudad de los Siete Pecados.

Y de cuando en cuando, el joven ladrón, volviéndose al ermitaño, lo llamaba y decía:

"¿Queréis darme ese conocimiento de Dios que es más precioso que la púrpura y las perlas? Si me lo dais no entraré en la Ciudad."

Y siempre el ermitaño respondía:

"Todo lo que tengo te lo daré menos eso sólo. Porque eso no me es permitido entregarlo."

Y al crepúsculo del tercer día llegaron muy cerca de las grandes puertas escarlatas de la Ciudad de los Siete Pecados, y de la Ciudad venía el ruido de una risa enorme.

Y el joven ladrón respondió con una carcajada y se acercó á llamar á la puerta. Y yéndolo á hacer, acudió el ermitaño, lo agarró por la falda de la veste y le dijo:

"Tended vuestras manos, echadme los brazos al cuello, acercad vuestro oído á mis labios y os daré lo que me queda del conocimiento de Dios."

Y el joven ladrón se detuvo.

Y cuando el eremita hubo entregado su conocimiento de Dios, cayó al suelo llorando, y una gran obscuridad le ocultó la Ciudad y al ladrón, tanto que no los vió más.

Y, como yacía llorando allí, sintió que Alguien estaba á su lado, y Aquel que estaba á su lado tenía los pies de bronce y los cabellos como de lana fina. Y levantando al eremita, le dijo:

"Antes has tenido el perfecto conocimiento de Dios. Ahora tendrás el perfecto amor de Dios. ¿Por qué lloras?"

Y le dió un beso.

EL NIÑO-ESTRELLA

Hace ya mucho tiempo, dos pobres leñadores volvían á su casa al través de un vasto pinar. Era en invierno, una noche de picante brisa. Una espesa capa de nieve cubría el suelo, y las ramas de los árboles estaban completamente blancas; el hielo no cesaba de romper las varitas de ambos lados del camino mientras ellos pasaban; y cuando llegaron al torrente de la montaña, se lo encontraron suspendido en el aire, inmóvil, porque el Rey de los hielos le había dado un beso.

Tanto frío hacía, que los animales y hasta los mismos pájaros no sabían ya qué hacerse.

—¡Hu!—gruñía el lobo, renqueando por las malezas con el rabo entre piernas,—¡qué espantosa temperatura! ¿Por qué no cuida el Gobierno de que haga mejor tiempo?

—¡Uit, uit, uit!—gorjeaban los pardillos,—la vieja tierra ha muerto, y la han tendido en su blanco sudario.

—La tierra va á casarse, y esa es su vestidura de bodas—arrullaban entre sí las tórtolas. Sus patitas rosadas estaban, por decirlo así, resquebrajadas por el hielo, pero juzgaban de su deber considerar las cosas desde un punto de vista novelesco.

—¡Qué tontería!—exclamó gruñendo el lobo,—os digo que todo esto es por culpa del Gobierno; y si no me creéis, os devoro.—El lobo lo veía todo desde el punto de vista práctico, y jamás le faltaban argumentos.

—Por mi parte—dijo interviniendo el pico, que era filósofo en el alma,—me importan poco las teorías atómicas. Cuando una cosa es, lo es: por el momento hace un frío terrible.

Y era verdad: hacía un frío terrible. Las ardillas, que vivían en el hueco del gran abeto, se frotaban incesantemente las narices entre sí, para conservar el calor, y los conejos formaban una bola en sus madrigueras, no atreviéndose ni á echar una ojeada al exterior. Las únicas criaturas á quienes aquel frío parecía regocijar eran los grandes buhos cornudos.

Sus plumas estaban rígidas, pero no les importaba; giraban sus amarillos ojazos, y se llamaban unos á otros por todo el bosque:

—¡Tu uit, tu u, tu uit, tu u! ¡qué tiempo tan exquisito tenemos!

Y los dos leñadores continuaban marchando hacia adelante, soplándose fuertemente los dedos y dando patadas sobre la nieve endurecida, con sus zapatones claveteados. Una vez cayeron en un espeso montón de nieve, y salieron de él blancos como molineros cuando las ruedas trituran el grano; otra vez resbalaron sobre el hielo duro y liso de una charca, sus haces rompieron sus ligaduras, y tuvieron que recoger toda la leña y volverla á atar; otra vez creyeron que habían perdido el camino, y se apoderó de ellos un gran terror, porque sabían que la nieve es cruel para los que se duermen en sus brazos.

Pero se encomendaron á la intercesión del buen San Martín, que vela por los caminantes; volvieron sobre sus huellas, marchando con precaución, y concluyeron por llegar al lindero del bosque; vieron desde allí, á lo lejos, en el valle, debajo de ellos, las luces del pueblo en donde tenían su casa.

Estaban tan contentos de verse al final de sus penalidades, que se pusieron á reir á carcajadas; la tierra se les aparecía como una flor de plata, y la luna como una flor de oro.

Sin embargo, tras aquel acceso de alegría vino la tristeza, porque se acordaron de su pobreza, y uno de ellos dijo al otro:

—¿Por qué entregarnos á la alegría cuando vemos que la felicidad de la vida es para los ricos y no para gentes como nosotros? Hubiera valido más morir de frío en el bosque, ó que

alguna fiera se hubiese precipitado sobre nosotros y nos hubiera devorado.

—En verdad—respondió su compañero,—que se ha dado á algunos una gran parte y á los otros una pequeña. La injusticia ha formado los lotes en este mundo, y nada ha sido repartido por igual, como no sea la tristeza.

Pero, mientras que se lamentaban de su miseria, ocurrió una cosa extraña: cayó del cielo una estrella brillantísima y bellísima. Se deslizó de un lado del cielo, pasando en su carrera al lado de otras estrellas, y mientras ellos la miraban maravillados, les pareció que caía tras un grupo de sauces, muy cerca de un pequeño aprisco, á un tiro de piedra del lugar en que se encontraban.

—¡Ah, he ahí un tesoro para quien le descubra!—exclamaron, y echaron á correr febrilmente hacia el sitio en que acababa de caer lo que creían ser oro.

Y uno de ellos, corriendo más de prisa que su compañero, le adelantó, se abrió paso al través de las ramas de los sauces, llegó al otro lado, y... verdaderamente había allí en el suelo algo que brillaba como el oro. Fué en aquella dirección, se inclinó, y palpó aquella cosa con ambas manos: y era un manto tejido de oro curiosamente ornado de estrellas y plegado en numerosos pliegues. Y gritó á su compañero que había encontrado el tesoro caído del cielo; y cuando llegó aquél, se sentaron en la nieve y desplegaron los pliegues del manto para poder efectuar el reparto de las monedas de oro. Pero ¡ay! allí no había ni oro, ni plata, ni tesoro alguno de ninguna clase: solamente un niñito que dormía.

Y uno de los leñadores dijo al otro:

—¡He aquí toda nuestra esperanza por tierra! No tenemos suerte, porque ¿de qué sirve un niño? Dejémosle; continuemos nuestro camino, puesto que somos pobres y tenemos hijos nuestros, para quienes debemos reservar todo el pan ganado.

Pero su compañero le respondió:

—No; estaría mal el dejar perecer á este niño en la nieve;

y aunque yo soy tan pobre como tú y tengo muchas bocas á que atender con poca cosa en el puchero, me lo llevaré, sin embargo, á mi casa, y mi mujer cuidará de él.

Con ternura levantó al niño, y habiéndole envuelto en el manto á fin de preservarle del frío agudo, continuó su camino descendiendo de la montaña hacia el pueblo, mientras que su compañero trataba de locura su bondad de alma.

Y cuando llegaron al pueblo, su compañero le dijo:

—Tú tienes el niño; dame el manto, porque debemos repartir el hallazgo.

Pero él respondió:

—De ninguna manera, porque el manto no es mío ni tuyo: es del niño—y despidiéndose de él, se dirigió á su casa y llamó á la puerta.

Y cuando su mujer abrió la puerta y vió que su marido volvía sano y salvo, le echó los brazos al cuello y le dió un beso; le desembarazó de su haz de leña, quitó la nieve de sus zapatos y le invitó á entrar. Pero él le dijo:

—He hecho un hallazgo en el bosque, y te lo he traído para que cuides de él — y diciendo esto, no se movía del umbral.

—¿Qué es, pues?—exclamó ella.—Enséñame lo que es, porque la casa está desnuda y tenemos necesidad de muchas cosas.

Y él abrió el manto y apareció el niño dormido.

—¡Pero, hombre! — murmuró ella. — ¿No tenemos ya en casa bastantes hijos nuestros, para que traigas el hijo de otro? ¡Y quién sabe si nos traerá la desgracia! ¿Y cómo vamos á poder cuidarle?

Y ella estaba irritada contra él.

—No; es un Niño-Estrella—respondió él, y contó el extraño incidente.

Pero ella no se calmó: se burló de él; pronunció frases de cólera, exclamando:

—¿Cuando nuestros hijos carecen de pan, vamos á sostener

el del prójimo? ¿Quién, pues, se ocupará aquí de nosotros? ¿Quién nos proporcionará el alimento?

—¿No cuida Dios de los pajarillos y no los alimenta?—respondió él.

—¿No se mueren los pájaros de hambre en el invierno?—preguntó ella.—¿Y no es invierno ahora?

Y el marido permanecía mudo, y no dejaba el umbral. Y una brisa más aguda llegó del bosque, por la puerta abierta, é hizo temblar á la mujer, y ella se estremeció y dijo:

—Si cerraras la puerta... Llega por ella un frío glacial á la casa, y estoy transida.

—¿No llega siempre un aire glacial á una casa en que hay un corazón duro?

Y la mujer no respondió nada, pero se acurrucó cerca del fuego.

Y después de algunos instantes se volvió hacia su marido, y sus ojos estaban llenos de lágrimas. Y él se apresuró á entrar, y le puso el niño en los brazos; ella le dió un beso y le colocó en la camita en donde dormía el menor de sus hijos. Y al día siguiente el leñador cogió el curioso manto de oro y le metió en un armario; y su mujer cogió también un collar de ámbar que rodeaba el cuello del niño y lo depositó igualmente en el armario.

***

De esta suerte el Niño-Estrella fué criado con los hijos del leñador, y se sentó á la misma mesa que ellos, y fué su compañero de juegos. Y de año en año se ponía más hermoso, hasta tal punto que todos los habitantes del pueblo estaban maravillados, porque ellos eran atezados y tenían cabellos negros, mientras que él tenía el cutis blanco y fino como el marfil, y sus bucles se parecían á guirnaldas de asfodelos. Sus labios también eran como pétalos de una flor roja; sus ojos, como violetas al borde de un claro arroyuelo; y su cuerpo, como el narciso de una virgen pradera.

Sin embargo, su belleza le hacía malo. Porque se hizo orgulloso, egoísta, cruel. A los hijos del leñador, y á los otros niños del pueblo, los despreciaba, diciendo que eran de nacimiento bajo, mientras que él era noble, puesto que descendía de una estrella; había adquirido sobre ellos completa autoridad, y los trataba como á servidores. No tenía ninguna piedad por los pobres, los ciegos, los lisiados, ó, en general, por los desgraciados; antes por el contrario, les arrojaba piedras, les echaba de la carretera y les decía que se fueran á mendigar el pan á otra parte; no se les vió volver nunca á pedir limosna al pueblo aquel. No parecía conmoverse más que por la Belleza, mofándose de los débiles y de los contrahechos y riéndose de su debilidad y de sus achaques; se amaba á sí mismo, y durante el verano, mientras que los vientos reposaban, se echaba al lado de la fuente en el jardín del cura, y se inclinaba para contemplar la maravilla de su propio rostro, riendo de gusto ante el espectáculo de su propia belleza.

A menudo el leñador y su mujer le regañaban: «Nosotros no te tratamos como tú tratas á los que están solos, y son desgraciados, y no tienen á nadie que les asista. ¿Por qué eres tan cruel para los que tienen necesidad de compasión?»

A menudo el anciano cura le hacía buscar, y trataba de inculcarle el amor á las criaturas vivientes, diciendo: —La mosca es hermana tuya. No la maltrates. Los pájaros que vuelan por el bosque deben ser libres. ¿Por qué los coges con lazos, con el único fin de divertirte? Dios creó al gusano y al topo; les asignó á cada uno su papel. ¿Por qué quieres llevar el sufrimiento al reino de Dios? Hasta el ganado de los campos alaba al Señor.

Pero el Niño-Estrella no hacía caso de tales palabras, y tomaba un aire de zumba, se ponía á silbar, después iba á reunirse con sus compañeros y reanudaba su papel de déspota. Y sus compañeros le seguían porque era guapo y decidido, sabía bailar, tocar la zampoña y componer música. Y á todo lugar adonde les llevara le seguían, y cualquier cosa que les

ordenase la hacían. Y cuando pinchaba con una ramilla puntiaguda los ojos turbios de un topo, se reían; y cuando tiraba piedras á un leproso, se reían también. Y en todo les dominaba, y se hicieron duros de corazón como lo era él.

*
* *

Sucedió que un día pasó por el pueblo una mendiga anciana. Iba cubierta de harapos, y sus pies sangraban por la larga caminata que había hecho sobre el duro suelo de las carreteras: se encontraba en malísimo estado. Y, como no podía más de cansancio, se sentó bajo un castaño para descansar.

Pero en cuanto la vió el Niño-Estrella, dijo á sus compañeros:

—¡Mirad allá abajo! Hay una horrible mendiga bajo el hermoso follaje de aquel castaño. Venid; vamos á hacer que se largue, porque es fea y de mal aspecto.

Se acercó, pues, y le tiró piedras, burlándose de ella; la mendiga le miraba con ojos espantados, que no se apartaban de él. Y cuando el leñador, que estaba ocupado en partir leños en un cobertizo próximo, vió lo que hacía el Niño-Estrella, corrió hacia él y le apartó, diciendo:

—En verdad que tienes el corazón duro y desconoces la piedad; ¿qué daño te ha hecho esa pobre mujer para que la trates de esa manera?

Y el Niño-Estrella se puso rojo de cólera, dió una patada y respondió:

—¿Quién sois para atreveros á interrogarme sobre lo que yo hago? No soy vuestro hijo, y no os debo obediencia.

—Tienes razón—replicó el leñador;—pero ¿no tuve yo piedad de ti cuando te encontré en el bosque?

Y cuando la mujer oyó estas palabras dió un gran grito y cayó con un síncope. Y el leñador la transportó á su casa, y su mujer la atendió; y cuando la mendiga hubo recobrado el

sentido, le ofrecieron de comer y de beber, diciéndole que cobrara ánimos y fuerzas.

Ella no quiso ni beber ni comer, y preguntó al leñador:

—¿No decías tú que el niño ha sido encontrado en el bosque? Y ¿no hará diez años de esto?

Y el leñador respondió:

—Sí; le encontré en el bosque y hace diez años.

—Y ¿no tenía nada característico sobre él? ¿No llevaba al cuello un collar de ámbar? ¿No estaba envuelto en un manto tejido de óro, bordado de estrellas?

—Exactamente; así es en verdad—respondió el leñador.

Y sacó del armario, en donde los había guardado, el manto y el collar de ámbar, y se los enseñó.

Y cuando ella los vió, se puso á llorar de alegría, diciendo:

—Es mi hijito, el que perdí en el bosque. Te lo ruego: hazle venir al instante, porque para encontrarle he viajado por el mundo entero.

El leñador y su mujer salieron y llamaron al Niño-Estrella:

—Ven á casa; encontrarás en ella á tu madre, que te espera.

Él se precipitó á la casa, lleno de asombro, loco de contento. Pero cuando vió á la que le esperaba, se echó á reir desdeñosamente y dijo:

—Y ¿qué? ¿dónde está mi madre? Yo no veo aquí más que á esa vil mendiga.

Y la mujer le respondió:

—¡Yo soy tu madre!

—Tú estás loca al hablarme así—exclamó el Niño-Estrella con tono irritado;—yo no soy tu hijo, porque tú eres una mendiga, eres fea y estás llena de harapos. Vete de aquí, para que no vuelva á ver tu ridícula figura.

—No; porque, en verdad, tú eres mi hijo, mi hijo el que llevé al bosque—exclamó ella, cayendo de rodillas y tendién-

dole los brazos.—Los ladrones te robaron y te abandonaron luego para dejarte morir—dijo ella á media voz;—pero te he reconocido en cuanto te vi, y lo característico que tú llevabas lo he reconocido también: el manto tejido de oro y el collar de ámbar. Por eso te ruego que vengas conmigo, porque he viajado por el mundo entero para encontrarte. Ven conmigo, hijo mío, porque tengo sed de tu amor.

Pero el Niño-Estrella no se movió; cerró las puertas de su corazón, para que ella no entrase en él; no se oía otro rumor que el llanto de la mujer, presa de la pena.

Y, por fin, él le dirigió la palabra, y su voz era dura y amarga.

—Si verdaderamente eres mi madre—dijo,—hubieras hecho mejor quedándote donde estabas que viniendo aquí á humillarme, á mí que pensaba ser hijo de una estrella, y no el de una mendiga, como tú lo afirmas; por esto, vete, y que no te vuelva á ver.

—¡Ay, hijo mío!—exclamó ella,—¿no quieres abrazarme antes de que me vaya?

—No—dijo el Niño-Estrella;—tienes una cara demasiado repugnante: preferiría dar un beso á una serpiente ó á un sapo.

Y la mujer se levantó y se fué al bosque, llorando amargamente; y cuando el Niño-Estrella vió que se había marchado, se alegró y volvió con sus compañeros para jugar de nuevo con ellos.

Pero cuando le vieron acercarse se burlaron de él, diciendo:—¡Miradle! es horrible como un sapo y repugnante como una víbora. ¡Vete de aquí, porque no sufriremos que juegues con nosotros!—Y le echaron afuera del jardín.

Y el Niño-Estrella, despechado, pensó para sí: ¿Qué es lo que me dicen? Voy á mirarme en la fuente; ella me hablará de mi belleza.

Y fué á la fuente y se miró en ella, pero... su cara era como la cara de un sapo, y su cuerpo tenía escamas como el

de la serpiente. Y se dejó caer en la hierba y lloró, diciéndose: Seguramente éste es el castigo de mi falta. Porque he renegado de mi madre, la he echado, he sido con ella altivo y cruel. Me voy á marchar, voy en su busca por el mundo entero, y no descansaré hasta haberla encontrado.

Y entonces llegó la hija pequeña del leñador; le puso una mano en el hombro, y dijo:

—¿Qué nos importa á nosotros que hayas perdido la hermosura? Quédate: yo no me burlaré nunca de ti.

Y él respondió:

—No; he sido cruel con mi madre, y como castigo la desgracia ha caído sobre mí. Por eso me voy de aquí y viajaré por el mundo entero hasta que la encuentre y me otorgue su perdón.

Y huyó al bosque, llamando á gritos á su madre; pero no se oía ninguna respuesta. Durante todo el día la llamó, y cuando el sol se puso se tendió en un lecho de hojas, y los pájaros y los animales se apartaban de él porque se acordaban de su crueldad; y se quedó solo, con el sapo que velaba sobre él y la perezosa víbora que se estiraba á su lado.

Y al día siguiente por la mañana se levantó, cogió de los árboles algunas bayas amargas, que comió, y después se puso de nuevo en camino por el bosque, llorando desconsoladamente. Y á cada encuentro preguntaba si por casualidad no habían visto á su madre.

Dijo al topo:—Tú puedes ir bajo tierra. ¿Está mi madre allí?

Y el topo respondió:—Me dejaste sin ojos. ¿Cómo he de poder ver?

Dijo al pardillo:—Tú puedes volar por encima de los árboles y ver el mundo entero. ¿Ves á mi madre?

Y el pardillo respondió:—Por juego me cortaste las alas. ¿Cómo he de poder volar?

Y á la ardilla, que vivía en el abeto y estaba completamente sola, preguntó:—¿Dónde está mi madre?

Y la ardilla respondió:—Mataste á los míos. ¿Tratas de matar también á los tuyos?

Y el Niño-Estrella, llorando, inclinó la cabeza y pidió perdón á las criaturas de Dios; prosiguió su camino al través del bosque, buscando siempre á la mendiga. Y, al tercer día, llegó á la linde del bosque y descendió al llano.

Y cuando pasaba por los pueblos, los niños se burlaban de él y le tiraban piedras; los campesinos no permitían que se acostase en sus granjas por miedo que comunicase la roña al trigo recogido: hasta tal punto causaba horror el verle; y los criados le echaban: no había nadie que le compadeciera. Y en ninguna parte podía adquirir noticias de la mendiga, que era su madre, á pesar de haber viajado durante tres años por el mundo; y hubiese creído verla á menudo ante él en su camino; la llamaba, corría de tal manera hacia ella, que los cantos ensangrentaban sus pies. Pero nunca había logrado alcanzarla; y las gentes que habitaban á lo largo de los caminos decían siempre que no la habían visto, ni á ninguna mujer que se le pareciese, y se reían de su dolor.

Durante el transcurso de tres años viajó por el mundo, y en el mundo no hubo para él ni palabra de amor, ni muestra de bondad, ni piedad, sino que el vasto mundo fué como había sido él en otro tiempo, en sus días de desenfrenado orgullo.

*
* *

Y una tarde llegó á la puerta de una ciudad fortificada que se alzaba cerca de un río, y fatigado, con los pies llenos de sangre, quiso pasar. Pero los soldados que estaban de guardia le cerraron el camino con sus alabardas, y le dijeron con voz ruda:

—¿Qué tienes que hacer en la ciudad?

—Voy en busca de mi madre—respondió él,—y os ruego que me dejéis pasar, porque puede que se encuentre en esta ciudad.

Pero ellos se burlaron de él; y uno que tenía una barba negra flotante dejó su escudo y exclamó:

—Es verdad que tu madre no se alegrará mucho al verte, porque eres más feo que el sapo de las charcas ó la serpiente que se arrastra en el fango. ¡Fuera de aquí! tu madre no habita en la ciudad.

Y otro, que tenía en la mano una bandera amarilla, le dijo:

—¿Quién es tu madre, y por qué viajas tú en su busca?

Y él respondió:

—Mi madre es una mendiga, como mendigo soy yo. La he tratado mal, y os ruego que me dejéis pasar á fin de que pueda concederme su perdón si, por casualidad, habita en esta ciudad.

Pero ellos no quisieron, y le pincharon con sus armas.

Y mientras daba media vuelta para irse, llorando, llegó uno cuya armadura estaba ornada de flores y sobre cuyo casco tenía un león alado, y preguntó á los guardias quién era el que había pedido entrar en la ciudad. Y ellos le respondieron:

—Es un mendigo, hijo de una mendiga; le hemos echado.

—Pues no habéis hecho bien—exclamó él riendo;—vamos á vender como esclavo á esa horrible criatura y con el precio nos pagaremos un jarro de vino azucarado.

Y un hombre de edad, de mirada torva, que pasaba por allí, les llamó y dijo:—Os lo compro por ese precio.—Y después de haber pagado, cogió al Niño-Estrella de la mano y le llevó á la ciudad.

Y después que hubieron recorrido un gran número de calles, llegaron ante una puertecilla de una pared, que estaba cubierta por un granado. Y el viejo tocó la puerta con un anillo de jaspe grabado, y se abrió: bajaron por cinco escalones de bronce á un jardín lleno de adormideras y de jarras verdes de tierra cocida. Y entonces el viejo sacó de su turbante una venda de seda con dibujos, tapó con ella los ojos al Niño-Estrella y le empujó hacia adelante. Y cuando le quitaron la

venda, el Niño-Estrella se encontró en un calabozo alumbrado por una linterna.

Y el viejo puso ante él un poco de pan enmohecido en una escudilla de madera y le dijo:—Come,—y un poco de agua salobre en una taza y le dijo:—Bebe.—Y cuando hubo acabado de comer y de beber, el viejo salió, echó el cerrojo á la puerta y la afianzó con una cadena de hierro.

***

Y al día siguiente, el viejo, que era en realidad uno de los más expertos magos de Libia y había aprendido su arte de uno de los que habitaban en las tumbas del Nilo, entró en el calabozo y de mal modo le dijo:

—En un bosque situado muy cerca de la puerta de esta ciudad hay tres monedas de oro. Una de ellas es de oro blanco, la otra de oro amarillo y la tercera es roja. Hoy me traerás la moneda de oro blanco; si no, recibirás de mi mano un centenar de golpes. Vete en seguida, y á la puesta del sol te esperaré en la puerta del jardín. Recuerda que has de traerme la moneda de oro blanco, ó te irá mal, porque eres mi esclavo, al que he comprado por un jarro de vino azucarado.

Y vendó los ojos del Niño-Estrella con la venda de seda con dibujos y le condujo por toda la casa, por el jardín de adormideras, por la escalera de peldaños de bronce. Y habiendo abierto la puertecilla por medio de su anillo, le empujó á la calle.

***

Y el Niño-Estrella salió por la puerta de la ciudad y llegó al bosque de que le había hablado el mago.

Y aquel bosque era muy bello visto desde fuera y parecía lleno de pájaros cantores y de flores de suaves perfumes, y el Niño-Estrella entró en él con el corazón alegre. Sin embargo, su belleza le fué de poco agrado, porque por todas partes le

salían al paso cardos y espinas que embarazaban su marcha y le pinchaban: sentía una profunda angustia. Y en ninguna parte podía descubrir la moneda de oro blanco de que le había hablado el mago, aunque buscó desde la mañana hasta la tarde y desde la tarde hasta ponerse el sol. Entonces volvió hacia la casa, llorando amargamente, porque sabía lo que le esperaba.

Pero cuando llegó á la linde del bosque, oyó que desde una maleza salía un grito como de alguien que se quejara. Y olvidando su propia pena, corrió hacia el lugar de donde salía el grito, y vió una liebre que estaba cogida en un lazo tendido por algún cazador.

Y el Niño-Estrella se compadeció del animal, le libertó y le dijo:

—Yo no soy más que un esclavo, y sin embargo te doy la libertad.

Y la liebre respondió:

—Sí, me has dado la libertad; ¿qué puedo hacer yo ahora en pago?

Y el Niño-Estrella le dijo:

—Estoy buscando una moneda de oro blanco y no puedo descubrirla en ninguna parte; sin embargo, es preciso que se la lleve á mi amo; si no, me pegará.

—Ven conmigo—dijo la liebre;—te conduciré á la moneda de oro, porque sé dónde está oculta y para lo que ha de servir.

Y el Niño-Estrella siguió á la liebre y... en el hueco de una encina vió la moneda de oro blanco que buscaba. Y se llenó de alegría y la cogió, diciendo á la liebre:

—El servicio que te he prestado me lo has devuelto con creces; y si yo fuí bueno contigo, tú acabas de serlo cien veces más conmigo.

—De ninguna manera—respondió la liebre;—me he portado contigo como tú conmigo;—y huyó rápidamente, mientras el Niño-Estrella se dirigía á la ciudad.

Y á la puerta de la ciudad estaba sentado alguien que te-

nía lepra. Sobre su rostro tenía echado un capuchón de tela gris, y por los pequeños agujeros se veían lucir sus ojos como carbones ardientes. Y cuando vió llegar al Niño-Estrella, golpeó en un escabel de madera, agitó su campanilla y le llamó, diciendo:

—Dame algo, porque me muero de hambre; me han echado de la ciudad, y nadie se compadece de mí.

—¡Ay!—exclamó el Niño-Estrella,—no tengo más que una moneda de oro, y si no se la llevo á mi amo me pegará, porque soy su esclavo.

Pero el leproso le rogó, le suplicó de tal manera, que el Niño-Estrella tuvo compasión de él y le dió la moneda de oro blanco.

Y cuando llegó á la casa del mago, el mago le abrió la puerta, le hizo entrar y le dijo:—¿Tienes la moneda de oro blanco?—Y el Niño-Estrella respondió:—No.—Entonces el mago se precipitó sobre él y le pegó. Después colocó ante él una escudilla vacía y le dijo:—Come,—y una copa vacía y le dijo:—Bebe.—Y violentamente le arrojó de nuevo al calabozo.

Y al día siguiente, el mago fué á buscarle y le dijo:

—Si hoy no me traes la moneda de oro amarillo, seguramente te retendré como esclavo y te daré trescientos golpes.

Y el Niño-Estrella fué al bosque, y durante todo el día buscó la moneda de oro amarillo sin poder descubrirla en ninguna parte. Y á la puesta del sol se sentó y se puso á llorar; y mientras lloraba, llegó á él la liebre que había libertado del lazo.

Y la liebre le dijo:

—¿Por qué te lamentas, y qué buscas en los bosques?

Y el Niño-Estrella respondió:

—Estoy en busca de una moneda de oro que está oculta aquí; y si no la encuentro, mi amo me pegará y me mantendrá en cautiverio.

—Sígueme—exclamó la liebre, y echó á correr por el bosque hasta que llegó á un manantial. Y en el fondo del manantial estaba la moneda de oro amarillo.

—¿Cómo darte gracias?—dijo el Niño-Estrella,—porque, ya ves, es la segunda vez que vienes en mi ayuda.

—¡Qué importa eso! Tú me socorriste la primera—replicó la liebre; y se marchó rápidamente.

Y el Niño-Estrella cogió la moneda de oro y echó á correr á la ciudad.

Pero el leproso le vió llegar, salió á su encuentro y cayó de rodillas ante él, gritando:

—Dame algo; si no, me voy á morir de hambre.

Y el Niño-Estrella le dijo:

—No tengo más que una moneda de oro amarillo, y si no la llevo á mi amo me pegará y me mantendrá en el cautiverio.

Pero el leproso imploró tan ardientemente, que el Niño-Estrella tuvo compasión y le dió la moneda de oro amarillo.

Y cuando llegó á la casa del mago, el mago le abrió la puerta y le dijo:

—¿Tienes la moneda de oro amarillo?—Y el Niño-Estrella respondió—No.—Entonces el mago se arrojó sobre él, le pegó, le llenó de cadenas y le encerró de nuevo en el calabozo.

Y al día siguiente, el mago fué á buscarle y le dijo:

—Si hoy me traes la moneda de oro rojo, te devolveré la libertad; pero si no me la traes, seguramente es la muerte para ti.

Y el Niño-Estrella fué al bosque, y durante todo el día buscó la moneda de oro rojo, sin poderla descubrir. Y cuando llegó la noche, se sentó llorando; y mientras lloraba, llegó la liebre.

Y la liebre le dijo:

—La moneda de oro rojo que buscas está en esa gruta detrás de ti. Así, no llores más, y pon una cara alegre.

—¿Cómo podré recompensarte nunca?—exclamó el Niño-Estrella;—porque, ya ves, es la tercera vez que vienes en mi ayuda.

—¡Qué importa eso! Tú fuiste el primero en socorrerme—dijo la liebre; y se alejó rápidamente.

Y el Niño-Estrella entró en la gruta, y en lo más recóndito encontró la moneda de oro rojo. La cogió y echó á correr á la ciudad. Y el leproso, al verle venir, se puso en medio del camino y exclamó:

—¡Dame la moneda de oro rojo; si no, me es preciso morir!

Y el Niño-Estrella tuvo compasión una vez más, y le dió la moneda de oro rojo, diciendo:

—Tu angustia es mayor que la mía;—y, sin embargo, sentíase acongojado porque sabía lo que le esperaba.

*
* *

Pero, ¡ved! Al pasar por la puerta de la ciudad, los guardias se inclinaron ante él y le rindieron pleitesía, diciendo: «¡Qué hermoso es nuestro amo!» Y una multitud de personas se puso á seguirle, gritando: «¡Seguramente, no hay en el mundo entero nadie que sea tan hermoso!» El Niño-Estrella lloraba. «Se burlan de mí, sin duda; tratan ligeramente mi miseria». Y la muchedumbre era tánta, que perdió el camino, y por fin se encontró en una vasta plaza cuadrada, en donde se alzaba el palacio de un rey.

Y la puerta del palacio se abrió, y los sacerdotes y los altos funcionarios de la ciudad salieron á su encuentro, se inclinaron ante él y le dijeron:

—Tú eres el amo que esperábamos y el hijo de nuestro rey.

Y el Niño-Estrella les respondió:

—No soy hijo de un rey, sino el hijo de una pobre mendiga. ¡Y cómo se puede decir que soy hermoso, cuando sé lo horrible que soy!

Entonces, aquel cuya armadura estaba ornada de flores y que tenía en el casco un león alado, tendió hacia él su escudo y exclamó:

—¿Cómo puede decir eso vuestra majestad?

Y el Niño-Estrella miró en el escudo y... su rostro era el

que tuvo antes: había vuelto su belleza, y en sus ojos percibió algo que no había percibido nunca.

Y los sacerdotes y los altos funcionarios se pusieron de rodillas, diciendo:

—Una antigua profecía anunciaba para este mismo día la llegada del que debía reinar sobre nosotros. Que vuestra majestad tome, pues, esta corona y este cetro, y sea para nosotros el señor de justicia y de misericordia.

Y él respondió:

—No soy digno, porque he renegado de la mujer que me llevó en su seno, y no quiero detenerme hasta que la haya encontrado y me haya concedido su perdón. Por esto, dejadme marchar; porque es preciso que me ponga en camino por el mundo, y no puedo quedarme aquí aunque me traigáis el cetro y la corona.

Y mientras que hablaba, volvió la cabeza y miró hacia la calle que conducía á la puerta de la ciudad, y... entre la multitud que se agolpaba en torno de los soldados, vió á la mendiga que era su madre, y, al lado de ella, al leproso que había encontrado en su camino.

Y un grito de alegría se escapó de sus labios; corrió á su madre, se arrodilló ante ella, besó las heridas de sus pies y las bañó con sus lágrimas. Se inclinó en el polvo, sollozando como aquel cuyo corazón está próximo á romperse, y le dijo:

—Madre, renegué de ti en mis días de orgullo. Acógeme en mi día de humildad... Madre, te dí el odio. Te lo ruego, dame el amor. Madre, te rechacé. Recibe ahora á tu hijo.

Pero la mendiga no pronunciaba una palabra.

Y él tendió los brazos y estrechó los pies blancos del leproso.

—Tres veces me he mostrado piadoso contigo. Di á mi madre que me responda, te lo suplico.

Pero el leproso no pronunciaba una palabra.

Y él volvió á sollozar y dijo:

—Madre, mi sufrimiento es tal, que no lo puedo resistir. Concédeme tu perdón y déjame volver al bosque.

Y la mendiga le puso una mano en la cabeza y le dijo:

—¡Levántate!

También el leproso le puso una mano en la cabeza y también le dijo:

—¡Levántate!

Y él se levantó y los miró... y había allí, ante él, un rey y una reina.

Y la reina le dijo:

—He aquí á tu padre, á quien socorriste.

Y el rey le dijo:

—He aquí á tu madre, cuyos pies has lavado con tu llanto.

Y se arrojaron á su cuello y le besaron. Le condujeron al interior del palacio, le vistieron ricamente, pusieron sobre su cabeza la corona y en su mano el cetro, y sobre la ciudad que está á orillas del río reinó como señor. Fué un rey de justicia y de misericordia: al perverso mago le desterró; al leñador y á su mujer envió muchos y magníficos presentes, y á sus hijos colocó en grandes puestos. No toleró jamás que se hiciera daño á los pájaros ó á los animales; enseñó el amor, la bondad de corazón y la caridad; dió pan á los pobres y vestidos á los que iban desnudos, y hubo en todo el país paz y prosperidad.

Sin embargo, no reinó mucho tiempo: fueron tan grandes sus sufrimientos, tan ardiente el fuego de sus pruebas, que murió á los tres años. Y su sucesor fué un malísimo rey.

OSCAR WILDE

nazador, diciendo: «Si no os calláis, os rompo la crisma.» Tolstoi exigió explicaciones, y ante la negativa de Turguenieff, le desafió. El duelo, sin embargo, no llegó á efectuarse, porque Turguenieff, recobrada la calma, envió una carta de disculpa.

Los amigos de Turguenieff han negado que éste pronunciara la expresión soez que se le atribuye en el relato (suavizada en nuestra traducción), pero Tolstoi, según la *Revue Suisse*, ha confirmado la autenticidad de la narración.

*
* *

Un cuento de Oscar Wilde.—Andrés Gide, que ha dedicado á Oscar Wilde un interesante estudio lleno de recuerdos personales, reconoce que si no fuera por su conversación, Oscar Wilde hubiera quedado entre sus amigos con la consideración debida á un talento vulgar; sus escritos, en efecto, valen poco, y su prestigio es principalmente debido al encanto de su palabra hablada. Por eso su pensamiento revestía á veces bellos disfraces para encantar á su auditorio, como se ve en el cuento siguiente:

«Había en cierta ocasión un hombre á quien querían en su aldea porque contaba cuentos. Todas las mañanas salía del pueblo, y cuando volvía por la noche, todos los trabajadores del pueblo, fatigados de su labor diaria, se reunían en derredor suyo, y decían: Vamos, cuenta: ¿qué es lo que has visto hoy?—El contaba:—He visto en el bosque un fauno que tocaba la flauta y que hacía bailar á un corro de pequeños gnomos.—Sigue contando: ¿qué has visto?—decían los hombres.—Cuando llegué á la orilla del mar, vi tres sirenas, al borde de las olas, que peinaban con peines de oro sus verdes cabellos.—Y los hombres le querían porque les contaba cuentos.

»Una mañana dejó, como todas las mañanas, su aldea, y he aquí que cuando llegó á orillas del mar vió tres sirenas, tres

INDICE

Págs.



INDICE

